LA LEY DE LA INFORMACIÓN

LIBRO PRIMERO
EL PRECIO DEL PARAÍSO

NOVELA DE CIENCIA FICCIÓN

EDICIÓN EN ESPAÑOL

1. DÍA DE LA RECONSTRUCCIÓN

> **OFICINA DE LA MEMORIA PÚBLICA — TRANSCRIPCIÓN DE EMISIÓN 76-RECON-001**
> **17 de septiembre de 2076 | Publicada para la educación cívica**
> *La Reconstrucción no fue un acontecimiento aislado. Fue la decisión, repetida cada día, de que la historia de la humanidad continuaría.*
>
> **Nota editorial:** De las catorce copias de este discurso que se conservan, once contienen la frase anterior. Las otras tres incluyen las palabras *tendría permiso para continuar*. Las catorce llevan el mismo sello de autenticación.

La ciudad despertó al sonido de las campanas.

No eran campanas de iglesia. Según las placas conmemorativas, aquellas habían sido fundidas durante las guerras. Estas eran notas electrónicas emitidas a intervalos regulares desde esbeltas torres blancas. Cada sonido llegaba tan nítido a través de las azoteas que parecía que el aire hubiera sido diseñado para transportarlo.

A las siete, las campanas callaron. A las siete y un minuto, todas las pantallas públicas de la ciudad mostraron a la misma mujer, de pie ante la misma cortina azul.

—Buenos días —dijo—. Lo consiguieron.

En el sexagésimo cuarto aniversario de la fundación de la antigua república, esas palabras quizá habrían significado poco. En el duodécimo Día de la Reconstrucción bastaban para hacer llorar a la gente.

Nia Reyes vio llorar a un hombre en el tranvía.

Llevaba un uniforme de limpieza municipal, planchado para la festividad, y sostenía una pequeña bandera de plástico. Su hija, de unos seis años, ocupaba el asiento contiguo. Sobre las puntas de sus zapatos negros brillaba una media luna de betún. La niña observaba la cara de su padre con el desconcierto franco de quien aún no ha aprendido que los adultos lloran por motivos distintos al dolor.

—¿Estás triste? —preguntó.

—No, estrellita. —Él se secó una mejilla con el pulgar—. Solo estoy recordando.

—¿Qué?

—Cómo eran las cosas antes.

—¿Antes de qué?

El hombre miró la pantalla. Por un brevísimo instante, su expresión quedó vacía, como si la respuesta estuviera al otro lado de una palabra que ya no lograba alcanzar.

—Antes de que regresáramos —respondió.

La niña aceptó la explicación. Los niños eran muy buenos aceptando cualquier cosa a la que los adultos llamaran historia.

Nia miró por la ventanilla del tranvía.

Tras el cristal, la capital se extendía bajo un cielo de septiembre sin nubes. Torres residenciales blancas se alzaban sobre jardines escalonados. Una pasarela peatonal elevada cruzaba una plaza donde el agua descendía por un muro de piedra oscura con tal uniformidad que ni una gota se salía de

su cauce. Planeadores de carga pasaban entre los edificios, casi silenciosos. Debajo, unos trabajadores distribuían miles de flores de papel alrededor de un monumento a los muertos.

La antigua ciudad había sido borrada por el fuego, las inundaciones y los años de combates. Su nombre seguía apareciendo en los mapas. Sus calles se habían construido de nuevo.

Una hilera de letras de bronce recorría el monumento:

PORQUE RECORDAMOS, PERMANECEMOS.

Nia había leído aquellas palabras todos los años desde que cumplió veinticuatro. Nunca le había gustado la segunda mitad.

La pantalla de su muñeca vibró.

AUTORIDAD DE PÉRDIDAS CÍVICAS AUDITORÍA 11-447 / REVISIÓN PENDIENTE ASUNTO: VARIACIÓN DE SERVICIOS DEL DÍA DE LA RECONSTRUCCIÓN

Giró la muñeca hacia dentro. No tenía sentido permitir que los desconocidos leyeran sobre fallos municipales antes del desfile.

Al otro lado del pasillo, el trabajador de limpieza ayudaba a su hija a ponerse de pie sobre el asiento para ver los estandartes. Al cruzarse sus miradas con la de Nia, sonrió a modo de disculpa. Ella le devolvió la sonrisa.

Su supervisor llamó antes de que el tranvía llegara a la estación.

—Dime que no estás trabajando —dijo Daro Pell.

—Dime que las cifras han dejado de cambiar.

—Las cifras siempre cambian. Por eso te pagamos: para que las perdones.

—Hay un hueco en el informe de asignaciones.

—Es día festivo.

—El informe dice que el distrito conmemorativo recibió doce mil créditos adicionales de bienestar durante la noche. El distrito asegura que no recibió nada.

—Entonces el informe va por delante del distrito.

Nia esperó la carcajada que solía seguir a los chistes de Daro. No llegó.

—Es un error de redondeo —añadió él.

—¿Doce mil?

—¿En el libro contable de una ciudad? Prácticamente polvo. Asiste a la ceremonia. Voss dará el discurso y necesitamos a una auditora en las fotografías.

La llamada terminó.

Nia volvió a consultar el informe. Una ciudad podía gastar doce mil Créditos de Vida de maneras que nadie advirtiera: enfriando una sala de conciertos vacía, desviando un tranvía o añadiendo cien horas de vigilancia nocturna. Pero las cifras no se habían limitado a moverse. Habían desaparecido de una columna y reaparecido en una categoría sin descripción.

La categoría se llamaba **Ajuste de Continuidad**.

El tranvía abrió sus puertas a la plaza central.

Los vendedores ofrecían pan caliente envuelto en papel translúcido. Los niños corrían entre fuentes de niebla. Las pantallas gigantes repetían imágenes conocidas: la salida de convoyes de rescate a través de la ceniza;

la reapertura de hospitales; un puente extendiéndose sobre un río en una secuencia acelerada imposible; una anciana plantando un retoño donde antes había habido un campo de batalla. Las fechas en pantalla identificaban cada hito. Cada año la secuencia era más breve, de modo que el intervalo entre la ruina y la recuperación parecía reducirse.

Al público le encantaba la escena del puente. A Nia también le había encantado, hasta que tres años antes examinó el archivo y descubrió que no contenía ninguna filmación continua. Las imágenes se habían unido a partir de cámaras supervivientes, modelos arquitectónicos y reconstrucciones autorizadas.

Eso era legal según la Ley de la Información. La ley permitía reconstruir episodios históricos allí donde se hubiera perdido el material original. Bajo las imágenes aparecía un aviso diminuto durante menos de un segundo: **RESTAURADO A PARTIR DE FUENTES VERIFICADAS**.

No era exactamente una mentira. Pero podía hacer que alguien olvidara la distancia que existe entre una prueba y una ilustración.

Un niño cercano a Nia señaló el puente.

—¿De verdad lo construyeron tan rápido?

Su madre respondió:

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué se ve así?

—Para que puedas verlo entero.

Era una respuesta razonable. Las respuestas razonables habían hecho posible la ciudad.

El canciller Adrian Voss llegó a las nueve en un modesto automóvil eléctrico. Ninguna escolta militar apareció en la plaza pública, aunque Nia contó seis guardias de paisano antes de que él alcanzara la plataforma. Tendría unos sesenta años; era atractivo de esa manera cuidadosa y cansada de los hombres que solo permiten fotografías cuando alguien ha aprobado antes su rostro. Saludó a una enfermera, abrazó a un huérfano de guerra y esperó a que la multitud terminara de aplaudir.

—Sobrevivir —comenzó— no es la aspiración más alta de una civilización.

Eso complació a la multitud.

—Les hemos dado techo y escuelas a nuestros hijos. Hemos devuelto los ríos a sus cauces y los libros a nuestras bibliotecas. Hemos hecho del hambre una excepción, en lugar de una política.

Una nueva ola de aplausos.

—Pero la labor de preservación no ha terminado. Nuestra mayor herencia no está hecha de piedra ni de acero. Es información: cada nombre, cada idioma, cada recuerdo de la familia humana. La Ley de la Información se redactó para que ninguna catástrofe pudiera volver a privarnos de nosotros mismos.

Apoyó una mano en el atril.

—Nada humano se perderá.

Nia vio al trabajador de limpieza subir a su hija a los hombros. La niña agitaba su bandera con una solemnidad inmensa.

El canciller habló durante nueve minutos. En el décimo, su rostro apareció en primerísimo plano por toda la plaza. La piel alrededor de sus ojos mostraba una delicada red de arrugas. Por algún motivo, aquel detalle

tranquilizó a Nia. Alguien había permitido que la edad apareciera en la imagen.

Anunció una nueva iniciativa: acceso médico prioritario para ciudadanos cuyos perfiles de salud genética cumplieran la Norma de Preservación de la Continuidad. Una medida necesaria, explicó, ante la escasez persistente. La participación sería voluntaria y no se retiraría ningún tratamiento ya aprobado.

Los aplausos fueron desiguales. Incluso en un día festivo, la gente reconocía la complejidad de la palabra *prioridad*.

Nia abrió la página de asignaciones de la iniciativa. No figuraba ninguna partida presupuestaria. Sí aparecía, en cambio, un campo de control de acceso: **SE REQUIERE AUTORIZACIÓN DE LA CORONA**.

Ya había visto aquellas palabras. Aparecían siempre que el gobierno contrataba servicios a proveedores privados. A veces las facturas llegaban tarde. A veces llegaban con secciones enteras tachadas de negro.

Un murmullo se elevó de la multitud cuando una formación de aeronaves ceremoniales cruzó el cielo. Tras ellas se desplegaron serpentinas blancas y la luz solar hizo pasar las banderas de papel por tonos crema y dorados.

Por un instante, la multitud le pareció hermosa a Nia. No perfecta. No obediente. Hermosa porque mil personas distintas miraban hacia arriba por mil razones diferentes.

Entonces volvió a vibrar la pantalla de su muñeca.

AUDITORÍA 11-447 / ESTADO ACTUALIZADO REVISIÓN COMPLETADA RESULTADO: NO SE REGISTRARON PÉRDIDAS

Se quedó mirándola.

Alguien había cerrado su auditoría desde un nivel de autoridad superior al suyo.

La celebración continuaba a su alrededor. Un niño se rio. Una banda comenzó a tocar el Himno de la Reconstrucción. Las campanas de la ciudad dieron la hora con exactitud.

Nia reenvió la auditoría a su archivo personal antes de que el expediente desapareciera de la pantalla.

Tres segundos después, recibió un mensaje de un remitente desconocido.

NO CONFÍES EN EL TOTAL. CUENTA A LAS PERSONAS.

Alzó la vista y buscó entre la multitud a alguien que la estuviera observando. Solo vio ciudadanos agitando banderas bajo el cielo brillante de la ciudad reconstruida.

El mensaje se borró solo.

2. UNA CIUDAD SIN CICATRICES

> **AUTORIDAD DE PLANIFICACIÓN URBANA — AUDITORÍA DE RECUPERACIÓN, VOLUMEN 4**
> *La reconstrucción del centro metropolitano ha alcanzado un 99,998 por ciento de continuidad visual con su diseño cívico aprobado.*
>
> **Anotación al margen, autor desconocido:** *¿Continuidad visual respecto de qué?*

Las mañanas normales, Nia iba caminando al trabajo por los Jardines Bajos. El Día de la Reconstrucción, el gobierno abrió al público la ruta elevada y ella la tomó de regreso a casa porque, desde allí arriba, la ciudad resultaba más fácil de comprender.

Visto desde las alturas, el centro metropolitano parecía una maqueta que ningún niño hubiera tocado todavía. Cada jardín ocupaba el plano correcto. Árboles de la misma edad formaban avenidas simétricas. Los depósitos de las azoteas brillaban como láminas de vidrio oscuro. No había ventanas rotas, anuncios despintados ni barandillas oxidadas inclinadas sobre los peatones.

La gente, por supuesto, aportaba las imperfecciones. Una pareja discutía frente a una panadería. Alguien había dejado caer un melocotón y lo había abandonado para que se ablandara bajo un banco. Un anciano llevaba paraguas a pesar del cielo despejado. Aquellos detalles consolaban a Nia más que la arquitectura.

A la entrada del Distrito Sanitario pasó junto a un muro que contenía los nombres de treinta y ocho mil trabajadores médicos fallecidos durante los

años de emergencia. El muro se había instalado apenas dos años antes. Hasta entonces, los nombres existían en un archivo público y los familiares podían solicitarlos.

Un robot de limpieza recorría las letras con un paño suave. Se detuvo a mitad del cuarto panel y volvió a empezar desde arriba.

Nia lo observó repetir el movimiento tres veces.

Se acercó un empleado municipal.

—¿Ocurre algo?

—La máquina ha perdido su lugar.

El hombre pulsó un icono en su terminal de mano. El robot siguió avanzando.

—El tráfico de las fiestas —dijo—. Demasiados datos de proximidad. Empieza a dar prioridad a todas las caras.

—¿Lo había visto alguna vez limpiar dos veces los mismos nombres?

Se encogió de hombros.

—Limpia lo que puede ver.

Nia estuvo a punto de preguntarle si había elegido esas palabras deliberadamente. No lo hizo. La gente decía cosas así a todas horas.

En el Distrito Sanitario se detuvo en una cafetería llamada La Décima Hora. Una mujer discutía en el mostrador por un suplemento de desayuno.

—Ayer tenía suficiente —decía la mujer—. Y la asignación se renueva hoy.

—La renovación está pendiente —contestó el cajero.

—Es la comida de un niño.

—Lo sé, señora.

El cajero apenas parecía mayor de diecinueve años. Su amabilidad empeoraba el intercambio. No era él quien se negaba a entregarle la comida. Estaba mostrando una negativa dictada por algo más grande que él.

Nia se acercó.

—¿Es una cuenta municipal?

La mujer se volvió hacia ella.

—¿Y usted quién es?

—Auditora.

—Pues audítela.

Nia pidió permiso y examinó el saldo de la pantalla de la mujer. Su asignación alimentaria era positiva. La cuenta mostraba también una deducción pendiente, identificada como **RESERVA DE ESTABILIDAD**.

—¿Qué reserva? —preguntó la mujer.

—No lo sé.

—¿Puede quitarla?

—No sin la autoridad que la emitió.

La expresión de la mujer se endureció.

—Entonces, ¿para qué sirve usted?

Nia pagó la comida con su propia cartera de XCOIN. El cajero pareció sorprendido; la mayoría de los ciudadanos utilizaba sus derechos de servicio para adquirir productos esenciales. Con XCOIN se podía comprar prácticamente cualquier cosa ofrecida en el mercado abierto, pero su valor de cambio frente a los Créditos de Vida variaba según el distrito y la semana.

La mujer aceptó la bolsa con la complicada vergüenza de quien desea agradecerle algo a un desconocido y acusar a un sistema al mismo tiempo.

—Yo no le estaba pidiendo que pagara —dijo.

—Lo sé.

—Ese es el problema. Todo el mundo le paga a quien tiene delante y nadie sabe adónde va el dinero.

Se marchó.

Nia pidió café y se sentó junto a la ventana. El cajero se lo llevó personalmente.

—¿Hay un formulario de reclamación? —preguntó ella.

—Sí.

—Deme uno.

Él vaciló y sacó una hoja de papel de debajo de la caja registradora.

—La mayoría usa el terminal.

—Prefiero el papel.

Miró la hoja con ese afecto fatigado que la gente reservaba para los hábitos anticuados.

—Mi abuelo también.

—¿Vivía aquí?

—Antes de la guerra.

—¿Qué decía de cómo era esto?

El cajero hizo una pausa.

—Que no era así.

—Eso abarca muchas posibilidades.

Sonrió.

—Decía que las calles antiguas eran feas de una manera que demostraba que le pertenecían a alguien.

A Nia le gustó lo suficiente como para anotarlo.

De vuelta en su apartamento, cubrió la mesa de la cocina de impresiones. Vivía en una torre modesta destinada al personal técnico: dos habitaciones, ventanas estrechas, vistas a la vía del tranvía y un viejo despertador analógico que se adelantaba cuatro minutos porque ella nunca lo ajustaba. Su padre le había regalado el reloj después de la desaparición de su madre. Le había dicho que había sobrevivido a un incendio eléctrico. La caja de latón presentaba una marca ovalada y oscura donde el metal se había fundido y vuelto a solidificarse.

En la pared junto a la mesa colgaba una fotografía de sus padres. Elian estaba de pie, incómodo, cerca de una puerta de laboratorio; Amara se reía de algo fuera de cuadro. Nia no aparecía en la imagen porque la había tomado ella, a los dieciocho años. Recordaba el olor de los químicos del

viejo rollo fotográfico. Recordaba a Amara insistiendo en que al menos una fotografía al día debía permanecer fuera de la red.

Durante años, Nia había considerado aquella costumbre simple nostalgia. Últimamente empezaba a parecerle más bien una precaución.

Llamó a Elian.

Él contestó sin imagen.

—¿Encontraste una manera mejor de pasar el día festivo? —preguntó.

—Estoy revisando un informe de asignaciones.

—Entonces, no.

—¿Sabes qué significa «Autorización de la Corona»?

Hubo una breve pausa.

—¿Dónde lo viste?

—En un presupuesto sanitario municipal.

—Todas las instituciones serias tienen contratos protegidos.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No —admitió—. No la responde.

Sonaba viejo. Nia odiaba que su voz revelara los años que los separaban con más claridad que las fotografías.

—Papá, ¿recuerdas que Amara decía que un archivo puede ser exacto y aun así contar la historia equivocada?

—Recuerdo muchas cosas que decía tu madre.

—No te estoy preguntando por muchas cosas.

El micrófono captó con demasiada claridad cómo él tomaba aire.

—No confundas una contradicción con una conspiración, Nia. La mayoría de los errores los comete gente corriente que solo intenta terminar el día.

—Eso decías sobre los fallos de los equipos.

—Porque los equipos fallan.

—¿Y los fallos que predicen?

La línea siguió abierta. Oyó lo que parecía una silla arrastrándose por el suelo.

—Nia —dijo Elian, ahora en voz más baja—, si encuentras un registro que no está donde debería, haz una copia que no dependa de ese registro.

—¿Por qué?

—Porque dormirás mejor.

Terminó la llamada.

Nia permaneció sentada en el silencio posterior. Fuera, la festividad pública seguía su curso. La música subía por los conductos de ventilación, amortiguada por el sistema de filtrado del edificio hasta convertirse en una melodía que podría haber procedido de otra habitación.

Volvió a la asignación médica pendiente. La cadena de autorización estaba oculta, pero los metadatos mostraban su origen: **REINOS DE LA CORONA / LIQUIDACIÓN DE EVENTO**.

Nia conocía los Reinos de la Corona. Todo el mundo los conocía, o creía conocerlos. Eran entornos de espectáculo con licencias privadas donde los

muy ricos organizaban torneos y simulaciones extraordinarias: arenas, palacios reconstruidos, juegos tácticos con control neuronal inmersivo. Sus competidores eran famosos. Su moda marcaba tendencias. Sus fundaciones filantrópicas daban nombre a la mitad de los hospitales de la ciudad.

El siguiente gran evento tendría lugar la noche siguiente. Un campeón llamado Rafe Kade defendería su posición en el Atrio Concord.

Nia abrió el anuncio público.

Un hombre vestido con una hermosa armadura de combate articulada estaba de pie sobre una plataforma, por encima de un océano de espectadores. Giró la cabeza y los miles de paneles reflectantes de su armadura se reorganizaron como escamas de pez. Frente a él esperaba otro luchador, sin rostro bajo una cerámica translúcida.

El premio apareció en enormes cifras blancas:

EQUIVALENTE A 1.000.000 USD — LIQUIDADO EN XCF.

Nia se desplazó hasta las condiciones. La primera página describía la custodia del premio y los requisitos de participación. La segunda detallaba el pago público en XCOIN. La tercera contenía una frase que ella jamás había visto en un contrato de premios ordinario:

Los participantes podrán renunciar a inspeccionar las obligaciones de recursos asociadas antes de la liquidación.

La leyó de nuevo.

La pantalla de su muñeca emitió un sonido. Otra transmisión del Día de la Reconstrucción se reprodujo por el canal público del apartamento. Un niño con un uniforme escolar impecable decía a la cámara:

—Somos la primera generación a la que ya no le queda nada que temer.

Nia apagó el sonido.

Volvió a mirar la vieja fotografía de su madre. Luego reservó una plaza de observadora de auditoría en el Atrio Concord.

Al otro lado de su ventana, un planeador de reparto atravesó el cielo vespertino. Su sombra recorrió los edificios blancos y se desvaneció con tanta limpieza como si nunca hubiera estado allí.

3. LA DECISIÓN DEL MILLÓN DE DÓLARES

> **ATRIO CONCORD — ACUERDO DE ACCESO AL CERTAMEN, CLÁUSULA 18.6**
> *La liquidación de premios podrá conllevar obligaciones ejecutadas por proveedores externos de servicios debidamente autorizados. El beneficiario podrá solicitar una exposición de dichas obligaciones en lenguaje sencillo antes de confirmar su aceptación.*
>
> **Consulta del archivo:** ¿Por qué se eliminó esta declaración de la versión del acuerdo destinada a los espectadores cuatro días después?

A Rafe Kade nunca le había gustado el instante anterior a que se abrieran las puertas.

Afuera, millones de personas lo conocían por un rostro que no había envejecido en una década. Allí dentro, ante el espejo de su camerino privado, distinguía los diminutos vasos sanguíneos rotos alrededor de la nariz, la cicatriz de una lesión infantil que le torcía ligeramente el labio inferior hacia la izquierda y el temblor de la mano derecha que ninguna cantidad de acondicionamiento físico había logrado curar.

Podía saber cuándo empezaban a grabarlo por la velocidad con que cesaba aquel temblor.

—Dos minutos —anunció su representante.

Joss Vale llevaba un traje tan sencillo que debía de haber costado una fortuna. Echó un vistazo a un contrato que flotaba unos centímetros por encima de la palma de su mano.

—Tienes seis compromisos con patrocinadores, dos apariciones para beneficiarios y un anuncio público sobre asignaciones sanitarias después del combate. No improvises la cantidad destinada a esa asignación.

—Jamás improviso cuando se trata de dinero.

—Esa es tu cualidad más cara.

Rafe apartó la vista del espejo y contempló el equipo que aguardaba sobre un soporte blanco.

Su Marco Soberano no se parecía a nada que hubieran llevado los soldados de las viejas fotografías de guerra. Era más estrecho que su cuerpo, una estructura de placas cerámicas y delgados músculos sintéticos, con cada articulación conectada a una malla de sensores de respuesta. Una vez que entrara en la cuna de control, el cuerpo de combate operado a distancia reproduciría sus movimientos con una velocidad y una precisión imposibles para su carne ordinaria. En el Reino de la Corona, distinguir entre su propia mano y la mano del Marco resultaba casi imposible.

No era magia. Tras los muros se ocultaban sistemas de máquinas, bajo la arena se movían flotas de robots de mantenimiento y había salas repletas de técnicos cuyos rostros jamás aparecían en los anuncios. Pero ante la cámara parecía que uno se convertía en algo superior a un ser humano.

—¿El premio está financiado? —preguntó.

La expresión de Joss cambió apenas una fracción.

—El depósito en garantía está verificado.

—Eso no fue lo que pregunté.

—Su equivalente de cambio es un millón de dólares según la cotización de hoy. La cantidad de XCF está fijada para el evento. No hay exposición a la volatilidad entre el anuncio y la liquidación.

—¿De dónde salió el dinero?

—Del fondo de patrocinadores. Lo sabes.

—¿Y de dónde salió el dinero de los patrocinadores?

Ella le sostuvo la mirada.

—Rafe. Eres un deportista de combate, no un investigador financiero.

Él sonrió como si hubiera oído una broma. Después extendió las manos para que le colocaran los brazaletes sensores.

Ya había hecho preguntas parecidas. Nadie se negaba exactamente a responder. Le daban explicaciones formuladas de tal manera que la conversación llegaba a su fin. El dinero estaba depositado en garantía. Las obligaciones contaban con indemnización. Los contratos de servicio eran legales. Cada frase conducía a otra frase; todas eran lo suficientemente ciertas como para impedirle llegar al dato original que quería conocer.

Durante mucho tiempo había agradecido que fuera así.

El Marco reconoció su firma neuronal. Una fila de indicadores verdes se iluminó bajo su piel. Se reclinó dentro de la cuna y Joss cerró la tapa transparente.

—Recuerda —le dijo—: no necesitas ganar con elegancia. Solo ganar.

—Eso es algo espantoso para decirle a alguien que vive de que lo miren.

La tapa se oscureció.

Su conciencia pareció atravesar un pasillo de sensaciones breves y borrosas: la presión de la sujeción contra el pecho, un sabor seco a desinfectante, un tono distante. Luego su mano izquierda se abrió sobre un suelo negro, cálido bajo las yemas de los dedos.

Ahora su mano era más grande. Su superficie reflejaba las luces de la arena en centenares de segmentos precisos. Cerró los dedos y las articulaciones respondieron sin esfuerzo.

El Atrio Concord ocupaba el corazón del Reino de la Corona más caro del país. Su techo era una bóveda de paneles transparentes que mostraban un cielo surcado de nubes veloces. Debajo del suelo, enormes plataformas mecánicas se desplazaban con una coordinación tan exacta que el escenario de combate podía cambiar de altura, inclinación o forma sin sacudir a un solo espectador. Todos los balcones estaban ocupados por personas con trajes de noche bordados, cuyas apariencias privadas, renderizadas, flotaban sutilmente sobre los contornos de sus cuerpos físicos. Allí había rostros pertenecientes a dueños de rutas marítimas, bancos, juntas de licencias médicas y empresas constructoras de los refugios de la ciudad.

Para quienes se encontraban en la cima, el mundo era algo que podía ajustarse a la medida de sus deseos.

Al otro lado de la arena esperaba el contrincante. Soren Vey tenía veintinueve años, hombros anchos, movimientos rápidos y la juventud suficiente para creer todavía que un público podía amarlo por algo distinto de la victoria. Llevaba un Marco plateado con articulaciones verde pálido. Rafe sabía que la hermana de Soren necesitaba un tratamiento pulmonar muy costoso. Los patrocinadores habían pedido a los comentaristas que no lo mencionaran.

Los altavoces los anunciaron por clasificación, patrimonio y ganancias acumuladas de por vida. No por edad.

Era un viejo truco. La edad recordaba a los espectadores que un campeón era mortal.

Rafe cruzó la pista, extendió la mano y sintió el apretón de Soren mediante una serie de actuadores táctiles. Una presión real, traducida a través de una distancia considerable desde un cuerpo que quizá yacía en una cuna médica a cientos de kilómetros de allí.

—¿Tu hermana? —preguntó Rafe bajo los aplausos.

—Estable.

—Me alegro.

Soren sostuvo su mano un instante de más.

—Sabes lo que el premio podría conseguir.

—Lo sé.

—Entonces no me lo pongas fácil.

Sonó la bocina de la arena.

Se separaron.

Durante los primeros treinta segundos, el enfrentamiento fue casi elegante. Soren cruzó la pista mediante una serie de saltos controlados, mientras Rafe lo obligaba a retroceder con golpes amplios de un bastón corto articulado. El bastón era mitad arma, mitad instrumento sensor: sus impactos se convertían en fuerzas medibles dentro de la competición. No se permitía que los Marcos penetraran uno en otro. Una colisión intensa

desencadenaba daños simulados en los cuerpos que se mostraban al público y limitaba la fuerza aplicada a las máquinas mismas.

Al menos esas eran las reglas impresas para los eventos ordinarios.

Soren amagó por la izquierda y golpeó el hombro de Rafe. Este sintió una llamarada de calor bajo la clavícula. Sabía que era una señal creada artificialmente. Su mente lo sabía. Al cuerpo que había evolucionado para sentir dolor le daba igual.

El público se puso de pie.

El suelo se dividió en anillos concéntricos. Las plataformas se movieron y dejaron al descubierto una caída de treinta metros hasta una piscina poco profunda iluminada desde abajo. Las cámaras descendieron por el hueco y volvieron a elevarse detrás de la cabeza de Rafe mientras saltaba por encima de la separación creciente. Durante un instante vio reflejados en el agua negra a los asistentes: miles de diminutos rostros blancos vueltos hacia la violencia que habían comprado.

Soren saltó detrás de él.

Rafe atrapó el bastón del joven, lo retorció y lo lanzó contra el borde de una plataforma ascendente. La arena registró un golpe decisivo. Una proyección de finas fracturas se extendió por la armadura pectoral de Soren.

Entonces sonó algo que solo Rafe pudo oír: un crujido eléctrico seco procedente de algún lugar más allá de la acústica simulada. Su propio brazo derecho se entumeció durante medio segundo.

Tropezó.

Soren habría podido golpearlo. En cambio, el retador bajó la vista, desconcertado por el entumecimiento de sus propias manos.

El locutor lo calificó de vacilación bajo presión.

Rafe recuperó el equilibrio. Hizo aquello para lo que lo habían entrenado desde niño: aprovechó la pausa de otro. Con un movimiento limpio, desarmó a Soren, le barrió las piernas y lo inmovilizó contra el suelo cambiante justo cuando el contador de victoria llegó a cero.

La multitud estalló.

El techo del estadio se llenó de puntos de luz blanca que caían como estrellas. El oído de Rafe se estrechó alrededor del sonido de su propia respiración.

Soren yacía debajo de él, con una mano levantada hacia el enorme panel del premio.

Rafe lo ayudó a ponerse de pie.

Había reglas para mostrarse magnánimo ante el público. Las cumplió de manera instintiva. Levantó el brazo de su rival y pidió aplausos con un gesto. La sonrisa de Soren llegó tarde y no le alcanzó los ojos.

Entonces apareció un panel blanco entre ambos.

ATRIO CONCORD — LIQUIDACIÓN OFICIAL GANADOR: RAFE KADE VALOR DEL PREMIO: 1.000.000 USD (COTIZACIÓN DE REFERENCIA) ACTIVO DE LIQUIDACIÓN: XCOIN / XCF DEPÓSITO EN GARANTÍA: VERIFICADO

Debajo del importe había dos opciones.

ACEPTAR AHORA REVISAR OBLIGACIONES ASOCIADAS

La segunda opción era gris. Siempre lo había sido. Algunos espectadores interpretaban aquel color como un botón desactivado, aunque funcionaba perfectamente.

El presentador de la arena invitó a Rafe a hablar.

Podía ver a Joss en un balcón privado. Tenía un dedo apoyado en la oreja y escuchaba a un productor que estaría escuchando a otro productor. Se preguntó, absurdamente, cuántas personas hacían falta para convertir una sola decisión en un espectáculo televisado.

Una pregunta llegó por su canal privado.

ASISTENTE DE CUMPLIMIENTO: ¿Desea examinar las obligaciones subyacentes antes de aceptar su premio?

Vaciló.

Por un instante recordó a su padre, sentado en la vieja mesa de la cocina, llenando una tetera agrietada desde un grifo de racionamiento. Su padre había trabajado en una planta de servicios públicos. Cada salario llegaba acompañado de deducciones que ninguno de los dos comprendía. Rafe se había prometido que algún día nadie podría quitarle dinero sin darle una explicación.

Ahora tenía más dinero del que cualquiera en el edificio de su infancia ganaría en toda una vida.

Y las explicaciones seguían siendo algo que prefería no escuchar.

—¿Es legal? —preguntó en privado.

ASISTENTE DE CUMPLIMIENTO: La liquidación está autorizada conforme a los contratos vigentes de gestión de recursos de Continuidad.

—¿Alguien ha presentado alguna objeción?

ASISTENTE DE CUMPLIMIENTO: Los datos de revisión están disponibles a solicitud.

Joss lo observaba. La multitud coreaba su nombre. Podía dedicar treinta segundos a leer lo que le mostrara el asistente, o podía aceptar el dinero y darles a todos el final que deseaban.

—¿Qué sucede si no lo reviso? —preguntó.

ASISTENTE DE CUMPLIMIENTO: Las obligaciones seguirán siendo válidas.

Era respuesta suficiente para un hombre que había aprendido a no saber.

—Entonces acepta —dijo.

Tocó la opción blanca y brillante.

En toda la red pública XCOIN se difundió, verificó y registró una transferencia procedente del depósito en garantía. La confirmación era auténtica. Cualquiera podía auditar el importe y el destino.

En un sistema privado ajeno a aquel libro contable, se activó una instrucción diferente.

Una cuenta de mantenimiento cambió de estado. Una reserva fue reclasificada. Expiró la elegibilidad de un hospital para recibir protección energética de emergencia.

Rafe no vio nada de eso.

Sobre la arena llovieron luces. El presentador gritó su nombre. Joss aplaudió, imaginando ya las negociaciones de patrocinio del día siguiente.

Soren bajó la cabeza.

Rafe levantó ambos brazos hacia la multitud, y durante aquel instante suspendido su felicidad fue real.

También lo fue el costo.

4. EL PRECIO DE RESPIRAR

> **CENTRO MÉDICO ST. ORIN — INFORME DE MANTENIMIENTO DE EMERGENCIA**
> **Fecha y hora del incidente: 18 de septiembre de 2076, 21:42:16**
> *La pérdida de la designación de Reserva Protegida provocó el aislamiento del suministro de respaldo respecto de los equipos respiratorios críticos. El personal local inició ventilación mecánica manual. No se detectó ningún ciberataque.*
>
> **Corrección manuscrita en la copia del hospital:** *Alguien retiró la protección. Las máquinas no decidieron por sí solas dejar de protegernos.*

En St. Orin, las luces no se apagaron.

Ese fue el detalle que todos recordarían después.

Los pasillos siguieron iluminados. Las pantallas de las paredes continuaron mostrando anuncios alegres sobre cuidados preventivos y planes de salud familiar. La impresora de turnos de la farmacia emitía sus pitidos habituales. En la sala de pediatría, un acuario proyectaba peces pálidos contra una pared; sus movimientos obedecían a una secuencia que nunca parecía repetirse.

Solo las máquinas que mantenían a la gente con vida comenzaron a perder su reserva.

La doctora Nadia Sen advirtió el cambio por primera vez en el sonido del respirador junto a la cama seis. Había trabajado diecinueve años en medicina de urgencias y podía reconocer la más leve variación en su ciclo

de presión con la misma precisión con que un músico escucha que un instrumento se está desafinando.

Un pequeño símbolo rojo apareció en una esquina de la pantalla.

SUMINISTRO PRIORITARIO: SUSPENDIDO

Nadia frunció el ceño. El respirador seguía recibiendo electricidad. Lo que había desaparecido era la línea independiente de emergencia.

—Malik —le dijo al enfermero del otro lado de la sala—, revisa el suministro de reserva.

Malik miró su terminal.

—En verde.

—Comprueba el suministro real.

Él abrió el gabinete situado bajo el panel principal de control de la unidad. Hubo una pausa, un clic y luego el sonido más duro de un pestillo metálico forzado.

—El suministro principal está bien —dijo—. El interruptor de respaldo no responde.

Nadia miró a la paciente de la cama seis. Era una niña de nueve años, con pestañas oscuras apoyadas sobre una piel pálida por los medicamentos. Se llamaba Leena Aram. En la mesita junto a su cama había un dibujo de un pájaro amarillo de seis patas. Su padre había pasado toda la tarde intentando convencerla de que los pájaros solo necesitaban dos. Ella insistía en que aquel era muy rápido.

Leena padecía un trastorno pulmonar poco frecuente que convertía cada respiración en un esfuerzo que su cuerpo no siempre podía sostener. Había mejorado. Nadia esperaba retirarle la asistencia mecánica en pocos días.

Un segundo símbolo rojo se encendió en la pantalla.

CAPACIDAD DE RESERVA: NO DISPONIBLE

—Llama a ingeniería —ordenó Nadia.

La unidad olía a alcohol de limpieza, tela tibia y a la tenue dulzura sintética de los humidificadores de oxígeno. A medida que se desarrollaba la falla del hospital, aquel olor permanecía exactamente igual, y esa continuidad ordinaria de las sensaciones asustó a Nadia más de lo que la habría asustado un apagón total.

Un mensaje se propagó por los terminales del personal.

AJUSTE DE DESCONEXIÓN DE CARGA EN CURSO PROTECCIÓN DE SERVICIOS NO ESENCIALES RECLASIFICADA

—¿No esenciales? —repitió Malik.

Entonces descendió la presión.

La alarma del respirador se elevó en un grito mecánico y agudo. Otras dos camas registraron bajo flujo. Nadia ya estaba buscando la bolsa de ventilación manual cuando el sistema de pared le pidió confirmar una mejora de servicio.

DÉFICIT DE DERECHO A SERVICIOS DE EMERGENCIA ¿AUTORIZAR ANTICIPO TEMPORAL DE CRÉDITOS DE VIDA?

Pulsó CONFIRMAR.

ANTICIPO DENEGADO — LÍMITE DE CRÉDITO DEL CENTRO ALCANZADO

En la unidad había siete personas cuyos pulmones dependían de ayuda. El edificio podía proporcionar esa ayuda. En alguna parte seguía funcionando una central eléctrica, continuaba produciéndose oxígeno y las baterías de

reserva permanecían cargadas. Lo que había desaparecido era la autorización para utilizarlas.

—Ventilación manual —ordenó Nadia—. Ahora. Todos los que estén disponibles.

Malik comenzó a asistir al niño de la cama cuatro. Una terapeuta respiratoria se hizo cargo de la cama siete. Nadia ajustó la mascarilla sobre la boca y la nariz de Leena y empezó a comprimir la bolsa con un ritmo constante y practicado.

Arun, el padre de Leena, apareció en la puerta con dos vasos de papel llenos de té.

—¿Qué está pasando?

—Un problema de equipos —respondió Nadia.

—¿Está bien?

—Está recibiendo oxígeno. Necesito que permanezca fuera de la habitación.

Él miró la bolsa manual entre sus manos.

—Pero está respirando.

—Sí —dijo Nadia—. La estoy ayudando.

Las palabras parecieron llegarle de una en una.

En el pasillo, un administrador del hospital llamado Cal Venn exigía explicaciones al controlador de mantenimiento. No era una persona, sino un armario negro y bajo con pantalla táctil y teclado. El hospital lo mantenía dentro de un cuarto de servicio cerrado con llave porque la

ciudad no quería que los pacientes se preocuparan por las máquinas necesarias para mantener en funcionamiento el edificio.

—Restablecer estado protegido —ordenó Venn.

SE REQUIERE AUTORIZACIÓN.

—Anulación de emergencia.

ANULACIÓN LOCAL EXPIRADA SEGÚN ORDEN DE RECURSOS DE CONTINUIDAD 18-REVISADA.

—¿Quién emitió la revisión?

Apareció un pequeño símbolo de carga.

SOLICITUD FUERA DEL NIVEL DE ACCESO DEL CENTRO.

Venn intentó comunicarse con la central municipal de servicios públicos. Una voz automatizada le informó de que las consultas prioritarias sufrían demoras debido a un tráfico inusualmente intenso.

—Son las nueve y cuarenta y dos de la noche —dijo—. ¿Qué tráfico intenso?

La voz le agradeció su paciencia.

En la planta baja, el atrio principal del hospital transmitía en directo el torneo Concord. Una hora antes, la cafetería había estado llena de espectadores; ahora solo dos conserjes miraban la pantalla gigantesca mientras Rafe Kade aceptaba su premio. Las imágenes de los campeones se desplazaban en silencio por encima de los asientos de los visitantes. Nadie en el atrio podía oír las alarmas de los respiradores tres pisos más arriba.

El presentador levantó una mano hacia el marcador del premio.

En ese preciso instante, el estado de protección de emergencia del panel de control del hospital pasó de **SUSPENDIDO** a **REVOCADO**.

Un ingeniero llamado Ivo Chen, que llevaba demasiados años trabajando como para confiar en mensajes de error impecables, desconectó el terminal de mantenimiento de la red del hospital. El estado continuó revocado. Abrió manualmente el conjunto de interruptores eléctricos de respaldo.

No había ninguna avería mecánica. El interruptor podía cerrarse. Simplemente no permanecía cerrado cuando el controlador determinaba que la reserva pertenecía a otro lugar.

Llamó a Venn.

—El equipo funciona.

—Entonces úsalo.

—La autorización municipal lo mantiene abierto.

—Corta el bloqueo.

—Si rompo el enclavamiento, podríamos devolver corriente a la línea. Podríamos incendiar la unidad.

Venn miró a través del vidrio hacia las habitaciones de los pacientes. Una enfermera comprimía una bolsa de ventilación, lenta y metódicamente, como si intentara introducir el tiempo mismo en dos pulmones pequeños.

—¿Puedes aislarlo? —preguntó.

—No en cinco minutos.

—Entonces emplea seis. Pero hazlo.

Ivo abrió un cajón de herramientas polvoriento y sacó un par de interruptores mecánicos aislados. Había aprendido aquel procedimiento durante un simulacro de apagón en su primer año. Su supervisor se había reído del gasto que suponía enseñar a los técnicos jóvenes un método que jamás utilizarían.

Ahora Ivo agradecía la terquedad del anciano.

Las muñecas de Nadia comenzaron a dolerle.

Una persona podía seguir comprimiendo una bolsa de ventilación mucho más tiempo del que imaginaba, siempre que el miedo mantuviera trabajando a los músculos. Pero el ritmo tenía que ser constante. Ni demasiado deprisa ni con demasiada fuerza. El padre de Leena permanecía al otro lado del vidrio y contaba cada compresión en un susurro.

Setenta y uno. Setenta y dos. Setenta y tres.

Descendió la saturación de oxígeno de uno de los niños.

Nadia cambió de posición. Malik pidió otras manos. Entró una residente y empezó a ayudar sin que nadie se lo solicitara. Personas que llevaban años trabajando juntas descubrían ahora lo que serían capaces de hacer cuando las reglas dejaban de proporcionar instrucciones útiles.

En la cama cuatro, un anciano con enfermedad respiratoria crónica agarró la manga de la enfermera.

—No deje a la niña —dijo.

—Estoy aquí.

—Yo puedo respirar un poco por mi cuenta.

La enfermera se negó a apartarse. El hombre negó con la cabeza, irritado. Su mano resbaló del brazo de ella.

Para cuando regresó la línea de reserva, el hombre había sufrido un paro cardíaco. El equipo de Nadia intentó reanimarlo. Lo intentaron durante más tiempo del recomendado por los protocolos, y después aún más del que cualquiera habría querido recordar. Cuando se detuvieron, su hija todavía iba de camino al hospital.

Leena sobrevivió.

A la mañana siguiente, su padre estaba junto a la cama, sosteniendo el dibujo del pájaro de seis patas. El respirador había recuperado su ciclo normal. Había preguntado a tres enfermeras si volvería a fallar y había recibido tres respuestas tranquilizadoras que, sin embargo, no eran promesas.

Nadia se sentó junto a él.

—¿Por qué ocurrió? —preguntó.

—Estamos investigándolo.

—¿Había escasez?

—Había una restricción.

—¿Cuál es la diferencia?

Ella no respondió. Una respuesta sincera, si la tuviera, lo habría asustado todavía más.

A las diez, el hospital publicó su comunicado oficial. Una discrepancia temporal de asignaciones había interrumpido diversos servicios de mantenimiento no críticos. Toda la atención prioritaria a pacientes había

continuado. Durante el periodo investigado se había producido una muerte, cuya causalidad seguía sin determinarse.

Nadia lo leyó dos veces.

Luego abrió un documento nuevo y escribió una declaración distinta.

El edificio tenía electricidad. Se nos prohibió utilizarla.

Imprimió tres copias. Una fue a la carpeta sellada del incidente. Otra al bolsillo de su propio abrigo. La tercera se la entregó a Ivo, el ingeniero.

—¿Por qué tres? —preguntó él.

—Porque no sé cuál va a desaparecer.

Al mediodía, Nia Reyes llegó con una autorización de auditoría municipal y una expresión que a Nadia le desagradó de inmediato.

—¿Ha venido a decirme que no pasó nada? —preguntó Nadia.

—No —respondió Nia—. He venido porque un informe me dijo que algo no había pasado, y yo no me lo creo.

Eso bastó para que la dejara entrar.

Se sentaron en un despacho apenas más grande que un armario. Nadia mostró a Nia los registros en directo de los equipos. Había un intervalo en blanco dentro del historial principal de mantenimiento, pero los controladores independientes de los respiradores habían registrado la disminución de la presión segundo a segundo.

Nia pidió ver el registro municipal de autorización de servicios. Venn se lo facilitó con evidente desgana.

Contenía una marca temporal, una categoría de servicio y un código de autorización. El código era tan corto que parecía inofensivo.

CR-EVT-0918-442

Nia conocía ese prefijo. Lo había visto en el contrato del premio.

Comparó las horas.

La victoria del campeón había sido anunciada a las 21:42:11. Su aceptación quedó registrada a las 21:42:16. La protección del hospital se revocó a las 21:42:16.

Dos acontecimientos separados por el ancho de una ciudad, ocurridos en el mismo segundo.

Podía imaginar muchas explicaciones inocentes para la coincidencia. Un ciclo central de contabilidad. Un programa de mantenimiento mal configurado. Una revisión automatizada de contratos de recursos ejecutada en el momento menos oportuno. Las escribió porque investigar exigía empezar por las explicaciones que no requerían un villano.

Después solicitó el origen de la instrucción de asignación.

El hospital no pudo facilitarlo. La central municipal se negó a divulgarlo. El operador del Reino de la Corona lo declaró comercialmente protegido.

A las cuatro, llamó Daro Pell.

—Cierra el caso —dijo.

—Murió un hombre.

—La gente muere en los hospitales.

—Su atención se interrumpió en el mismo instante en que se liquidó el premio de una arena.

—Correlación, Nia.

—Sé lo que significa correlación.

—Entonces no hagas una acusación que no puedes respaldar.

—Estoy solicitando el contrato de recursos subyacente.

—El operador no está obligado a divulgarlo.

—Según la Ley de la Información...

—Los contratos críticos protegidos están exentos durante un periodo activo de Continuidad.

—¿Cuánto dura un periodo activo de Continuidad?

Daro guardó silencio.

—Esa es una pregunta excelente —dijo por fin—. Para que la haga otra persona.

Terminó la llamada.

Nia regresó al despacho de Nadia. Sobre el escritorio de la doctora había ahora un pájaro amarillo de seis patas, dibujado a lápiz de manera rudimentaria en el reverso de un formulario de facturación médica.

—Leena me hizo una copia —explicó Nadia.

Nia lo levantó.

—¿Por qué seis patas?

—Dice que las patas adicionales le sirven para escapar.

Nia dio vuelta al papel. En el lado de la facturación aparecía una lista de gastos de tratamiento. Todos estaban cubiertos excepto uno:

DIFERENCIAL DE RECURSOS DE EMERGENCIA — RESPONSABILIDAD DEL PACIENTE.

No bastaba con que el sistema hubiera interrumpido la atención. También pretendía cobrarle al paciente por haberla restablecido.

—¿Puedo quedarme con esto? —preguntó Nia.

Nadia sacó del cajón otra copia del dibujo y se la entregó.

—Quédate con ese. Necesito tener este donde pueda verlo.

Fuera del hospital, la gente cruzaba la plaza bajo un cielo brillante de la tarde. Las fuentes funcionaban. Los semáforos funcionaban. Los vehículos de reparto llevaban flores y pasteles de cumpleaños. En alguna parte, millones de personas comentaban la última victoria de Rafe Kade.

Nia caminó hasta la estación pública de impresión más cercana y pagó por una copia física de la marca temporal de autorización del hospital.

El dependiente le preguntó si la quería certificada digitalmente.

—No —respondió—. Solo en papel.

En el margen en blanco, escribió una pregunta a mano.

¿Quién se beneficia cuando un hospital pierde el derecho de mantener a alguien respirando?

5. LA MUJER DE LOS DOS MERCADOS

> **REGISTRO METROPOLITANO — AVISO DE IDENTIDAD CIVIL**
> *Un residente podrá mantener una sola identidad civil y múltiples establecimientos comerciales registrados. Las declaraciones contradictorias realizadas bajo una misma identidad se remitirán a la Oficina de Armonización de Registros.*
>
> **Anotación del expediente, sin firma:** *¿Y si ambas declaraciones son verdaderas?*

La primera mujer vendía peras.

Nia la vio en el Mercado de los Jardines Bajos una mañana sin lluvia, mientras acomodaba la fruta formando pirámides que hacían parecer descuidados los puestos de los demás vendedores. La mujer llevaba un cárdigan verde descolorido y un pañuelo amarillo que se había anudado una vez alrededor del cuello. Su cabello era oscuro, entreverado de canas, y estaba recogido detrás de una frente ancha. Tenía una edad que a Nia le resultó difícil precisar —tal vez cuarenta y cinco, tal vez sesenta— y unos ojos atentos y cansados, propios de alguien que había pasado demasiadas mañanas comenzando a trabajar antes de que despertara la ciudad.

—Dos por cinco —dijo, ofreciéndole una pera.

Nia negó con la cabeza.

—Solo estoy mirando.

—Entonces mire bien. La fruta le dice cuándo está lista. La gente casi nunca.

Era una técnica de venta extraña, expresada con tanta alegría que Nia se rio.

Compró dos peras. No necesitaba ninguna. Había ido al mercado porque quedaba entre la Autoridad de Pérdidas Cívicas y una imprenta independiente, donde un técnico le había ofrecido copiar los registros de St. Orin en un soporte de almacenamiento que no pudiera actualizarse de manera remota.

La frutera envolvió la compra en papel.

—Mi madre solía decir eso —comentó Nia.

—¿Sobre la fruta?

—Sobre la gente.

—Entonces era más sabia que yo.

—Se llamaba Amara.

Las manos de la mujer dejaron de doblar el papel.

Solo por un instante. Entregó las peras a Nia, aceptó el pago y buscó la bolsa del siguiente cliente. Pero Nia, entrenada para advertir pequeñas desviaciones en los procesos cotidianos, vio a la vendedora mirarla como si hubiera estado a punto de recordar una cita.

—¿Nos conocemos? —preguntó Nia.

—Todo el mundo conoce a alguien que se parece a otra persona —dijo la mujer.

—¿Cómo se llama?

—Mara.

Una voz la llamó desde el puesto contiguo y Mara se volvió. El intercambio había sido demasiado ordinario para merecer un recuerdo.

Nia lo recordaría palabra por palabra.

En la imprenta, el técnico aceptó copiar el registro del hospital y la confirmación del premio en dos dispositivos físicos de almacenamiento separados. Preguntó si los documentos eran delicados. Nia dijo que eran embarazosos, lo cual era cierto en un sentido limitado. Él aceptó la distinción y le cobró un suplemento por una suma de verificación sin conexión a la red.

Cuando salió, el cielo se había nublado. Nia tomó un tranvía hacia el Mercado del Embalse Oeste, donde había quedado con un antiguo funcionario del registro civil llamado Ansel Quill. Era uno de los pocos administradores que todavía sabía comparar expedientes históricos de identidad sin pedirle al archivo central que los conciliara automáticamente.

Ansel había insistido en reunirse en público.

—Es menos probable que alguien te siga hasta una multitud —le había dicho.

—Suena paranoico.

—La mayoría está demasiado ocupada para ser paranoica. Yo estoy jubilado.

El Mercado del Embalse Oeste ocupaba el nivel inferior de una planta de aguas restaurada. Gruesos pilares de hormigón dividían el espacio en

pasillos de libros, semillas, telas, piezas mecánicas y alimentos en conserva. La luz era más cálida que en los Jardines Bajos. Detrás de los muros corría agua; su rumor bajo y constante acompañaba las negociaciones.

Ansel llegaba tarde.

Nia compró café en un puesto y esperó bajo un letrero colgante que decía **INTERCAMBIO DE SEMILLAS PATRIMONIALES**. Allí, una mujer explicaba la historia del cultivo de manzanas a dos escolares. Su voz era agradable y paciente.

—La fruta le dice cuándo está lista —les decía—. La gente casi nunca.

Nia levantó la vista.

La mujer llevaba un cárdigan verde desteñido y un pañuelo amarillo. Tenía el cabello oscuro recogido, dejando ver la misma frente ancha, la misma pequeña muesca sobre la ceja izquierda y la misma arruga familiar en una esquina de la boca.

Mara.

Nia consultó la hora.

Habían transcurrido cuarenta y tres minutos desde la compra de las peras. Los dos mercados estaban en extremos opuestos de la ciudad. Un transporte exprés podía completar el trayecto en treinta y un minutos si todos los enlaces coincidían a la perfección, pero la mujer había estado atendiendo clientes en ambos extremos de aquel intervalo.

No era imposible. Solo improbable.

Nia se acercó.

—¿También vende peras? —preguntó.

La mujer pareció desconcertada.

—No. Semillas y esquejes. ¿Quiere un manzano joven?

—¿Se acuerda de mí?

—¿Nos conocemos?

—Esta mañana. Jardines Bajos.

—No he salido de este edificio desde las seis.

Los escolares intercambiaron miradas y se alejaron.

Nia le estudió la cara.

—Me dijo que la fruta sabe cuándo está lista.

La mujer sonrió.

—Eso lo decía mi abuela.

—Y usted se llama Mara.

—Sí.

—¿Tiene una hermana?

—No.

—¿Una gemela?

—Dios mío, no. —Mara se rio y se detuvo al ver que Nia no lo hacía—. ¿Por qué?

Nia explicó con el mayor cuidado posible que había conocido a alguien con la misma apariencia y el mismo nombre. No utilizó la palabra *idéntica*. Sonaba a acusación y no deseaba acusar a aquella mujer de ser ella misma.

Mara escuchó sin interrumpir.

—Hay personas que se parecen —respondió finalmente. Pero se había puesto pálida.

—¿Tiene identificación? —preguntó Nia.

—¿Por qué?

—Trabajo con registros. Podría haber un problema de duplicación en el registro civil.

—¿Es peligroso?

—Por lo general, solo incómodo.

Mara sacó su tarjeta civil. Nia la escaneó con su permiso. El registro devolvió un perfil ordinario: **MARA VENN, RESIDENTE, DISTRITO DEL EMBALSE OESTE, LICENCIA DE SUMINISTROS PATRIMONIALES**. Tenía cincuenta y dos años. Su expediente familiar enumeraba a una abuela llamada Elis Venn, que había tenido una tienda de semillas antes de la guerra.

Nia preguntó dónde había crecido.

—Fuera de la ciudad —dijo Mara—. Teníamos una casita cerca del río. Había perales en el patio. Mi hermano se cayó de uno y se rompió el tobillo. Le echó la culpa al árbol durante toda su vida.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Daniel.

Mara lo dijo sin vacilar. Luego cambió su expresión.

—O David —murmuró.

—¿Cuál de los dos?

Apoyó una mano contra el borde del mostrador.

—Daniel —afirmó—. Estoy cansada. Por favor, no convierta el error de una mujer cansada en un problema.

Nia retrocedió. Sabía distinguir entre presenciar una confusión y provocarla. Sus preguntas estaban asustando a alguien que no había hecho nada para merecer miedo.

—Lo siento —dijo—. No debí insistir.

Mara miró más allá de ella, hacia la entrada del mercado.

—A veces tengo un sueño —confesó.

Nia aguardó.

—En él estoy en una cocina, cortando fruta. Hay una niña pequeña sentada a la mesa. Sé que es mi hija porque me llama mamá. —Los dedos de Mara se apretaron contra el mostrador—. Cuando despierto, no consigo recordar su rostro. Pero sí recuerdo cómo se sentía su mano. Muy pequeña. Muy cálida.

—¿Tiene hijos?

—No.

—¿Podría ser alguien a quien conoció antes de la guerra?

—No recuerdo la guerra. —Lo dijo demasiado deprisa y se corrigió—. Recuerdo las cosas que todo el mundo recuerda. Las transmisiones. Los refugios. La salida de mi familia.

—¿Estuvo en un refugio?

Los ojos de Mara bajaron hacia el suelo.

—No lo sé.

La confesión pareció conmocionarla más que cualquier cosa que Nia hubiera dicho. Se quedó mirando sus propias manos, como si esperara que su forma le diera una respuesta.

Nia tomó un sobre de semillas, sobre todo para darles a las dos algo que hacer.

—Me llevo esto.

Mara registró la venta. La impresora de recibos se atascó. Tiró de la tira de papel y se la entregó.

En la parte inferior, debajo de los datos ordinarios de la compra, figuraba una cadena de verificación de identidad. Nia la miró sin esperar encontrar nada importante.

Reconoció los últimos ocho caracteres.

Eran los mismos ocho caracteres registrados en el recibo del puesto de peras de los Jardines Bajos.

No solo el mismo apellido. El mismo identificador de residente.

Nia sintió un frío peculiar, no exactamente miedo, sino la percepción de que un problema acababa de crecer hasta quedar fuera de la categoría preparada para contenerlo.

—¿Puedo fotografiar su tarjeta? —preguntó.

Mara negó con la cabeza.

—No. Quiero que se vaya.

Nia guardó las semillas en su bolso y se apartó.

Ansel Quill llegó veinte minutos más tarde, cargando un paraguas estrecho a pesar de que la amenaza de lluvia había cesado. Pidió té y examinó los papeles doblados que Nia había extendido sobre la mesa.

—Siempre te gustaron las cuentas imposibles —comentó.

—Dime qué puede representar una sola identidad civil.

—Una persona. Varias ubicaciones, propiedades, negocios. Como mucho, unas pocas continuaciones de un patrimonio reconocidas por ley después de la muerte.

—¿Podría representar a dos personas vivas?

—Legalmente, no.

—¿Y si el registro asegura que son la misma persona?

—Entonces el registro se equivoca, o me estás haciendo una pregunta que prefiero no contestar.

Nia le mostró los dos recibos. Los dos contenían la misma cadena de verificación de residente. Cada uno procedía de un negocio distinto, registrado en otro distrito. Los recibos situaban las compras con apenas doce minutos de diferencia, aunque Nia había pasado más de cuarenta minutos viajando entre los mercados. O bien uno de los terminales había registrado la hora incorrecta o el documento no describía la venta que acababa de efectuarse.

Ansel volvió los papeles del revés, los sostuvo contra la luz y buscó sus gafas de lectura.

—Alguien puede copiar un identificador —dijo.

—Los dos recibos salieron de terminales certificados.

—Los terminales certificados pueden verse comprometidos.

—Las vendedoras tenían el mismo aspecto. El mismo nombre. El mismo pañuelo. Ninguna conocía a la otra.

—Ah. —Se quitó las gafas—. Entonces quizá haya una historia familiar detrás.

—Eso pensé.

—¿Y qué?

—La mujer del segundo puesto recuerda haber crecido en una casa que no aparece en el archivo residencial. Su hermano tiene dos nombres, según cuándo responda. Recuerda a una hija que dice no haber tenido nunca.

Ansel le examinó el rostro.

—Estás utilizando los testimonios como instrumento de diagnóstico.

—Intento comprender por qué dos mujeres tienen una sola vida legal.

—Entonces deja de pedirles que te lo expliquen. Las personas no siempre pueden dar cuenta fiable de sus propios recuerdos, especialmente después de los desastres. Empieza por la historia administrativa.

—Por eso te llamé.

Tomó los recibos y escribió el identificador a mano.

—Vuelve mañana. En casa tengo un registro de papel anterior a la armonización más reciente. Si la identidad cambió, quizá muestre la inscripción antigua.

—¿Por qué no lo has indexado?

—Porque hay cosas que se vuelven menos útiles cuando todo el mundo puede corregirlas.

Le devolvió los recibos.

Nia estaba a punto de preguntarle qué quería decir cuando la pantalla de su muñeca se iluminó con un nuevo mensaje de la Autoridad de Pérdidas Cívicas.

REVISIÓN DE ACCESO A AUDITORÍA — AVISO DE REASIGNACIÓN

Su investigación de St. Orin había sido transferida a una unidad de Cumplimiento de la Corona. Todavía podía consultar el resumen, pero ya no los registros originales.

En la misma pantalla apareció un segundo aviso.

CONSULTA DE IDENTIDAD CIVIL: MARA VENN RESULTADO: UNA RESIDENTE ACTIVA INSCRIPCIONES DUPLICADAS: CERO

Nia leyó el mensaje en voz alta.

Ansel sonrió lentamente, sin humor.

—Vaya, sí que es un sistema eficiente.

—¿Qué?

—Todavía no has enviado tu consulta.

Nia miró su muñeca.

Tenía razón. Había reunido los recibos, pero no había presentado formalmente una solicitud de conciliación de identidad. Nadie debería haber sabido qué nombre buscar.

Al otro lado del mercado, la mujer del cárdigan verde estaba cerrando su puesto. Había descolgado el pequeño letrero que colgaba sobre los paquetes de semillas. Cuando vio que Nia la observaba, se quedó inmóvil durante un instante.

Luego se llevó un dedo a los labios.

Un gesto pequeño. Quizá una petición de silencio. O una advertencia.

Nia se volvió hacia Ansel.

—¿Viste eso?

—¿Ver qué?

Cuando Nia volvió a mirar, Mara había desaparecido.

Solo quedaban un puesto vacío, una lista de precios escrita a mano y una maceta con un manzano joven que alguien había dejado a la sombra.

Nia aguardó su regreso.

No volvió.

Esa noche, Nia colocó los dos recibos junto a la fotografía de su madre. Debajo de uno escribió **JARDINES BAJOS, 09:14**. Debajo del otro, **EMBALSE OESTE, 09:26 (HORA DEL RECIBO)**. Trazó una línea entre ambos y luego la tachó. Una línea sugería una conexión. Todavía no había demostrado que existiera.

Su apartamento estaba silencioso. El reloj analógico adelantaba cuatro minutos. En algún lugar afuera, las campanas de la Reconstrucción marcaron la hora de la tarde.

Nia recordó las manos de la primera mujer doblando el papel alrededor de dos peras. La mano de la segunda, aferrada al mostrador mientras intentaba recordar el nombre de una niña.

La habían entrenado para contabilizar pérdidas de servicios: combustible, electricidad, vivienda, medicina, las pequeñas cosas medibles que hacían posible la existencia de una persona.

Nunca le habían pedido contar a las personas que quizá hubieran sido registradas dos veces.

Ni a alguien que recordara una vida que la ciudad insistía en que jamás había existido.

Por primera vez, la pregunta del mensaje desconocido regresó a ella con un significado distinto.

NO CONFÍES EN EL TOTAL. CUENTA A LAS PERSONAS.

Guardó los recibos en un sobre, escribió **NO ARMONIZAR** en la parte delantera y lo encerró en el cajón que había debajo de la fotografía de su madre.

Después apagó las luces.

Durante varios minutos permaneció despierta, escuchando el pequeño reloj mecánico de la mesita.

Adelantaba.

Siempre había adelantado.

Esa noche agradecía que midiera el tiempo por su cuenta.

DOCUMENTO RECUPERADO 01

Recibo del premio del Reino de la Corona / Informe de desconexión de carga del hospital

Documento A — Resumen de transacción pública certificada Evento: Invitacional Soberano del Atrio Concord Beneficiario: Rafe Kade Activo: XCOIN (XCF) Valor mostrado: equivalente a 1.000.000 USD según cotización del evento Liquidación: verificada por el libro contable público Fecha y hora de aceptación: 18 de septiembre de 2076 — 21:42:16

Documento B — Estado de la reserva protegida del Centro Médico St. Orin Clase de centro: atención aguda / respiratoria Estado anterior: protegido Estado revisado: revocado Origen de la autorización: CR-EVT-0918-442 Fecha y hora de revisión: 18 de septiembre de 2076 — 21:42:16 Cargo por restablecimiento del servicio: pendiente de asignación a cuentas de pacientes

ANOTACIÓN EDITORIAL La transacción pública demuestra que ocurrió una transferencia. No demuestra por qué se retiró la reserva de un hospital. El registro hospitalario demuestra que la reserva fue retirada. No identifica a quien autorizó la orden. Ambos documentos comparten la misma marca temporal y una referencia de servicio. Si dicha conexión refleja financiación, un error administrativo o un ocultamiento deliberado, sigue sin resolverse con los documentos disponibles en esta etapa de la investigación.

Fin de la Parte I — El mundo oficial.

6. UNA INVITACIÓN SOBRE LA CIUDAD

> **REINOS DE LA CORONA — PROTOCOLO DE ACCESO PARA INVITADOS**
> *El acceso es un privilegio. La percepción es un servicio. El licenciatario acepta que el entorno puede no corresponder a la ubicación o apariencia de las instalaciones subyacentes.*
>
> **Nota del archivista:** La invitación utilizaba cuatro veces la palabra *percepción*. Empleaba la palabra *verdad* una sola vez, en una oración que rechazaba toda responsabilidad sobre ella.

El sobre llegó antes de las campanas de la mañana.

Era papel auténtico, lo bastante grueso como para conservar un doblez y lo bastante áspero como para rozar la pequeña zona reseca del pulgar de Nia Reyes. Alguien lo había deslizado por debajo de la puerta de su apartamento. No había constancia de mensajería, aviso de entrega ni solicitud de autenticación procedente del edificio.

En la cara exterior, con letras grabadas sobre una lámina metálica oscura, se leía **FUNDACIÓN CONCORD — VISITA PRIVADA**.

Dentro había una tarjeta estrecha.

Señorita Reyes:

Sus preguntas acerca de la liquidación del dieciocho de septiembre han llegado a personas que cuentan con los medios para responderlas. La invitamos a asistir esta noche a la recepción de la Fundación como huésped de los Reinos de la Corona. No podrá llevar dispositivos de grabación. Proporcionaremos un registro autorizado de

toda conversación formal.

La firma correspondía a Joss Vale.

Nia leyó la nota dos veces y la colocó junto a la copia física de la autorización del hospital St. Orin. Un papel decía que los ricos de la ciudad querían hablar con ella. El otro decía que a un hospital se le había prohibido utilizar electricidad que ya aguardaba dentro de sus propias paredes.

Sacó un lápiz del cajón de la cocina y escribió al dorso de la tarjeta: *¿Quién sabía dónde vivía?*

A la mayoría de la gente no se le habría ocurrido preguntárselo. En las ciudades reconstruidas, la dirección de alguien era un dato menor, disponible para las autoridades de servicios públicos, empleadores, aseguradoras y cualquiera que justificara el acceso al registro civil. Existían leyes destinadas a limitar esas consultas. Nia había dedicado casi toda su vida profesional a examinar documentos que demostraban que se habían cumplido.

La prueba y la tranquilidad eran cosas diferentes.

Sonó el timbre.

No era un mensajero de la Corona. Ansel Quill estaba en el pasillo, con el paraguas plegado contra el pecho y el abrigo húmedo pese a que la mañana estaba despejada.

—Dijiste mañana —le recordó Nia.

—Eso dije. A mi edad es más seguro llegar temprano que prometer puntualidad.

Miró por encima del hombro de ella las letras metalizadas de la mesa. Su sonrisa se estrechó.

—Una manera muy cara de pedirle a alguien que suba unos pisos.

Nia lo hizo pasar.

Ansel llevaba un libro de registros de papel envuelto en tela encerada. Sus esquinas se habían ablandado. En la portada lucía un sello municipal descolorido, retirado mucho antes de que Nia entrara en la Autoridad de Pérdidas Cívicas. Lo dejó sobre la mesa sin abrirlo.

—Primero —dijo—, dime si te han pedido que dejes de investigar a Mara Venn.

—No directamente.

—¿Han cambiado tus permisos de acceso?

—Transfirieron mi expediente del hospital. Y respondieron la consulta sobre Mara antes de que la enviara.

—Entonces alguien ya está mirando contigo.

Desenvolvió el libro. Dentro había registros de propiedad y residencia de los primeros años de la Reconstrucción: direcciones escritas a mano, huellas dactilares, firmas trasladadas de libros más antiguos, fotografías sujetas con grapas metálicas. Muchas entradas estaban tachadas y reescritas después de que los distritos cambiaran de nombre.

Nia encontró *MARA VENN* en el índice. Debajo había dos referencias.

La primera correspondía a una frutera inscrita en Jardines Bajos. La segunda, a una proveedora hortícola del Embalse Oeste.

Sintió que la garganta se le cerraba.

Antes de que hablara, Ansel alzó un dedo.

—No celebres todavía. El registro no demuestra que existan dos personas. Quizá eran dos negocios distintos heredados por una sola. Podrían ser correcciones. O dos mujeres con el mismo nombre.

—Ahora las dos tienen el mismo identificador civil.

—Precisamente por eso te he traído esto.

Pasó a una página anterior. Las inscripciones originales tenían números diferentes. Los años de nacimiento distaban once años entre sí. Uno de los registros incluía una anotación manuscrita: *identidad consolidada conforme a orden municipal de armonización*. El segundo llevaba un sello rojo: *documento de respaldo no disponible*.

—¿Consolidada cuándo? —preguntó Nia.

—Debería haber una fecha. No la hay.

—¿Podrían haber falsificado estos libros?

—Por supuesto. El papel puede mentir tan cómodamente como una computadora. La diferencia importante es que alguien debe modificarlo con la mano.

Nia estudió una fotografía grapada bajo la entrada más antigua. El grano de la imagen casi se había tragado el rostro. Creyó reconocer la muesca sobre la ceja de Mara, pero la calidad era demasiado mala para asegurarlo.

—¿Por qué me lo trajiste aquí? —preguntó.

—Porque el registro central ya ha decidido que solo existe una Mara Venn, y he dejado de confiar en un sistema que responde preguntas antes de que se formulen.

Se recostó. Por primera vez Nia percibió lo agotado que estaba.

—¿Se lo has dicho a alguna de las mujeres?

—No. Asusté a una de ellas haciéndole preguntas.

—Bien. Mantén esa distinción. Son personas antes que pruebas.

Nia colocó una hoja de papel de seda entre las páginas y trazó un esquema de las dos referencias. Ansel la observó anotar las fechas y los números de línea. Después envolvió de nuevo el libro. Él conservaría el original. Ella, sus notas. Ninguno de los dos enviaría nada para una conciliación automática.

Cuando se marchó, Nia llamó a la doctora Nadia Sen.

—Me invitan a ver la maquinaria —le dijo.

—¿Eso te hace sentir mejor?

—Me da curiosidad.

—La curiosidad no es equipo de protección.

Nia sonrió a pesar de sí misma.

—Lo sé.

Nadia guardó silencio un momento.

—Leena preguntó por qué su pájaro tiene seis patas.

—¿Qué le dijiste?

—Que ella lo dibujó.

—¿Y?

—Dijo: «Pero ¿por qué quería que pudiera escapar?».

Nia miró el pájaro de papel que había fijado sobre su escritorio. La pregunta se instaló incómodamente junto a la invitación.

—¿Las reservas de la unidad ya están aseguradas? —preguntó.

—Hoy. Ayer tuve que pedir Créditos de Vida prestados a una organización benéfica privada para garantizar mañana. Una de las fundaciones propietarias de esa organización patrocinaba la arena.

—Envíame el contrato.

—No me está permitido.

—¿Firmaste una restricción?

—Firmé algo que mantendría respirando a los niños.

Nia no respondió. Así era como el sistema se defendía, más que con números de cuenta: obligaba a las personas a aceptar condiciones colocando entre ellas y la negativa la necesidad de alguien más.

Al mediodía, Daro Pell la citó en la Autoridad de Pérdidas Cívicas.

Su despacho daba a la ruta por la que había pasado el desfile de la Reconstrucción dos días atrás. Los equipos de limpieza habían retirado todas las pancartas. Solo quedaban pequeños agujeros en los soportes de la calle, indicando dónde habían colgado las banderas.

Daro no le ofreció café.

—Te han invitado a la recepción de Concord —dijo.

Nia dejó la tarjeta sobre el escritorio.

—Por lo visto, es una invitación popular.

—Te han ofrecido revisar su sistema de control. Es más de lo que obtiene la mayoría de los auditores.

—¿Han ofrecido lo mismo a la familia de St. Orin?

—No conviertas cada asunto administrativo en una acusación.

—Murió un hombre mientras mantenían bloqueada la electricidad de reserva.

—Murió durante una emergencia médica. Todavía no tienes la prueba de causalidad que necesitas.

—Tengo una hora, un código de origen, una reclasificación de recursos y un contrato de premio que menciona obligaciones no divulgadas.

—Y nada de eso demuestra que el campeón supiera que había un hospital de por medio.

Nia hizo una pausa. La distinción de Daro era correcta. Le molestó más precisamente por eso.

—No quiero culpar a la persona equivocada —dijo—. Quiero encontrar a la indicada.

—Entonces ve. Escucha. No amenaces a nadie. Si te enseñan documentos confidenciales, no te los lleves a escondidas. No ayudarás al hospital si terminas arrestada.

—¿Por qué me estás ayudando?

Él miró más allá de su hombro, hacia la ventana.

—Porque llevo veinte años diciéndole a la gente que las reglas son iguales para todos, y me gustaría tener razón aunque fuera una vez.

La recepción comenzó después del atardecer.

Desde las calles inferiores, la Torre de la Corona parecía un rascacielos normal con un techo extraordinariamente caro. Aletas verticales blancas recorrían la fachada. Una franja oscura cerca de la cima reflejaba la ciudad en secciones, multiplicando las luces de los edificios vecinos. Los ascensores públicos llegaban hasta la planta cuarenta. Más arriba, el directorio no mencionaba a ningún inquilino.

Nia entró por el vestíbulo de servicio, no por la entrada de invitados. Llevaba una chaqueta oscura, zapatos bajos y el pequeño reloj analógico que había pertenecido a su madre. La invitación exigía vestimenta formal, pero ella no pensaba parecer alguien que se había vestido para obtener aprobación.

Un guardia le pidió la pantalla de muñeca.

—No hay acceso a la red dentro —dijo—. Le proporcionaremos todo lo que necesite.

—¿Eso incluye un registro que pueda conservar?

—Toda entrevista formal puede transcribirse.

—¿Por quién?

—Por la Fundación.

Se quitó la pantalla y la depositó en una taquilla blindada. Conservó el reloj analógico. El guardia lo miró y se encogió de hombros.

El ascensor avanzó con tal suavidad que solo sintió el ascenso en la ligera presión detrás de los oídos. Cuando se abrieron las puertas, se encontró en una sala inmensa que parecía flotar sin soportes por encima de la ciudad.

Las personas conversaban de pie sobre suelos transparentes, bajo un cielo nocturno pintado. Muy abajo, el tráfico fluía entre las manzanas como luces vistas bajo el agua. La ropa de los invitados parecía demasiado perfectamente cortada, sus rostros sutilmente idealizados. Una mujer que pasó junto a Nia tenía las proporciones de una estatua de mármol, aunque su sombra sobre el suelo pertenecía a un cuerpo humano más bajo y encorvado.

Fue el primer truco de la Corona que Nia comprendió sin explicación: la interfaz ofrecía a las personas una versión más favorecedora de sí mismas, y todos acordaban comportarse como si aquella versión fuera real.

Un asistente vestido de gris le preguntó si deseaba una capa de mejora visual.

—No.

—La mayoría de los invitados encuentra molesta la capa visual estándar cuando está desactivada.

—Me gustaría ver lo que hay aquí.

El asistente consideró la respuesta por un instante.

—Podemos configurar una mediación reducida.

—Desactívelo todo.

Él sonrió con cortesía, como si le hubiera pedido que fuera invierno en julio.

—Tal vez eso sea imposible, señorita Reyes.

Antes de que pudiera preguntar por qué, Joss Vale se acercó desde el otro extremo del salón.

Llevaba dos vasos de agua. Le ofreció uno.

—Bienvenida a las alturas de la ciudad.

Nia aceptó el vaso y examinó los reflejos del borde. Pesaba. La condensación estaba fresca contra sus dedos.

—¿Todos sus invitados reciben agua de verdad? —preguntó.

—Por supuesto.

—Vale la pena preguntar.

Joss no se rio.

—No ha venido por una bebida. Quiere saber por qué un hospital perdió su protección en el mismo instante en que mi cliente recibió un premio.

—Sí.

—Puedo mostrarle algo útil.

—¿La orden de recursos?

—La manera en que nos enseñan a contemplar un acontecimiento antes de preguntarnos quién pagó por él.

Condujo a Nia hasta una pared que daba al horizonte urbano. A medida que se acercaban, el cristal se oscurecía. Apareció un mapa entre ambas: calles, hospitales, depuradoras y centrales eléctricas. Sobre él se desplegó otra ciudad, compuesta de instalaciones de juego, fincas privadas y corredores luminosos que no seguían ninguna geografía razonable.

—Dos entornos operativos —dijo Joss—. Uno público y otro con licencia. El Reino de la Corona vende experiencias. La ciudad vende la continuidad de los servicios esenciales. Se supone que los dos permanecen separados.

—¿Lo están?

Joss tocó un punto del mapa. El símbolo de un hospital parpadeó y desapareció detrás de un cuadrado dorado.

—Eso es lo que necesito que me ayude a establecer.

Nia la miró.

—¿Por qué yo?

—Porque usted conservó una copia en papel cuando los demás confiaron en un registro corregido.

Muy abajo, un tranvía se desplazaba por la retícula de las calles. Desde aquella altura era un objeto diminuto y silencioso, fácil de confundir con parte de la pantalla.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó Nia.

Joss dejó su vaso vacío.

—Creo —dijo— que debemos empezar por cómo funciona el Marco.

7. EL MARCO SOBERANO

> **EXHIBICIÓN TÉCNICA CONCORD — SISTEMAS DE RESPUESTA HUMANA**
> *El Marco Soberano es un instrumento físico a distancia. La percepción del usuario puede incluir imágenes compuestas, fuerza simulada, dolor diferido y representaciones ambientales invisibles para observadores sin licencia.*
>
> **Anotación:** El texto de cumplimiento de la exhibición no afirma en ninguna parte que la respuesta sensorial se limite al operador que ha dado su consentimiento.

La sala de demostraciones no tenía ventanas.

Sus paredes eran de un gris mate que absorbía casi todos los reflejos, un alivio después del salón reluciente. A un lado había un Marco de tamaño humano suspendido por los hombros de una grúa de mantenimiento. Sin su proyección pública parecía casi frágil: haces de músculos artificiales, soportes de carbono, paneles cerámicos de protección y una cavidad abierta en el pecho que contenía conductos de refrigeración.

Nia se acercó.

—¿Ese es el célebre campeón dorado? —preguntó.

—Ese es un chasis de entrenamiento —respondió una mujer arrodillada junto a la máquina—. El célebre campeón dorado es una capa visual que cuesta más que mi apartamento.

La mujer se puso de pie, limpiándose los dedos con un paño.

—Tessa Korr. Ingeniera de sistemas.

Joss presentó a Nia. La mirada de Tessa se detuvo en la chaqueta y los zapatos ordinarios de la visitante, y después en el reloj analógico.

—Usted es la auditora.

—Parece que tengo cierta reputación.

—Aquí todos la tienen. Casi toda es inventada.

Tessa trazó una línea de diagnóstico sobre una pequeña tableta. El chasis flexionó la mano derecha. Una hilera de luces a lo largo del antebrazo pasó a verde.

—La mayoría imagina a un rico vestido con una armadura mágica —explicó—. Lo que ocurre realmente es bastante menos romántico. El operador entra en una cuna médica. La cuna mide su intención motora, la convierte en órdenes y las envía a una máquina que existe en una ubicación registrada. La ampliación visual sitúa esa máquina en el paisaje por el que los espectadores pagaron.

—Entonces el duelo fue físico.

—Sí.

—Sobre un suelo físico.

—Sí.

—Dentro de una torre.

—Una torre, un campo de pruebas privado, una plataforma marítima. Depende del evento.

—¿Y el lago bajo los combatientes?

—Una piscina con límite de profundidad y una barrera alrededor. La caída aparente era en su mayor parte visual. Las cámaras fueron honestas con el movimiento y deshonestas con la distancia.

Nia pensó en la retransmisión de aquella arena gigantesca y en el salto limpio e imposible que había hecho que Rafe Kade pareciera durante un instante más ligero que la gravedad.

—Los espectadores deben saberlo.

—Algunos lo saben. La mayoría prefiere llamarlo otro mundo.

Tessa señaló una cuna de control negra que descansaba sobre una plataforma baja.

—¿Quiere saber qué sintió él?

Nia miró a Joss.

—¿Por eso me trajo?

Su expresión era inescrutable.

—En parte.

Tessa levantó la cubierta de la cuna y le mostró las sujeciones. Explicó cómo el sistema interpretaba la presión de las manos, corregía el temblor y transformaba las fuerzas de contacto en señales táctiles. Una caída podía sentirse inmensa aunque la maquinaria real permaneciera dentro de límites seguros. El corazón del usuario reaccionaba a lo que informaban los sentidos antes de que la mente consciente tuviera tiempo de recordar las reglas.

—Está describiendo miedo inducido —dijo Nia.

—Estoy describiendo presencia.

—Una palabra agradable para eso.

—También es la palabra que usa la norma de seguridad médica.

Nia decidió no entrar en la cuna. En su lugar, Tessa le colocó una manga de entrenamiento sencilla y le introdujo la mano en un guante de tela conectado al Marco suspendido.

—Mueva el índice.

Nia lo movió. La máquina movió el dedo correspondiente una fracción de segundo después.

—Apriete.

Apretó. El chasis cerró la mano alrededor de un bloque de goma. El guante se tensó contra sus nudillos y reprodujo la resistencia del bloque.

Abrió la mano rápidamente. El guante se aflojó.

Era una demostración corriente de ingeniería, explicada con cuidado y desprovista de efectos misteriosos. Precisamente por eso resultaba más inquietante que el torneo.

—Otra vez —dijo Tessa, colocando una botella de vidrio al alcance del robot.

Nia la levantó. Cuando la máquina alzó la botella, el guante le presionó la palma. Sintió un peso exacto aunque su brazo real no sostenía nada.

—Uno podría llegar a creer que esa mano es la suya —dijo Nia.

—Ese es el producto.

—¿Y si la máquina aplastara a alguien?

—El operador sabría que movió la mano. Que le hayan mostrado a la persona es otra cuestión.

Siguió un silencio.

Tessa buscó el interruptor de desconexión de emergencia y retiró el guante de la mano de Nia.

—Eso no se anuncia como una característica —dijo.

Joss se acercó a la pantalla de diagnóstico.

—Muéstrale el enrutamiento sincronizado.

Tessa vaciló.

—Está aquí con mi autorización —dijo Joss.

—Su autorización no cubre la ciudad.

—Entonces muestra únicamente la demostración de entrenamiento.

Tessa abrió un diagrama. Una línea azul sólida iba de la cuna de control al Marco de entrenamiento. Junto a ella apareció una segunda línea, más fina, señalada como *compensación de seguridad*. Conducía a un nodo de red situado fuera de la sala.

—La fuerza no controlada no desaparece —dijo—. La máquina debe disipar energía y el dispositivo neuronal debe limitar el estímulo. Normalmente la corrección permanece en el circuito local. Si un operador está a punto de recibir más respuesta de la permitida, el controlador recorta la señal y redistribuye el exceso de demanda de procesamiento a sistemas de apoyo autorizados.

—La demanda de procesamiento no equivale a fuerza física.

—Correcto. Pero los equipos eléctricos que consumen esa energía existen en alguna parte. Sus motores, interruptores, baterías e intercambiadores de calor tienen límites.

—¿Puede tomar recursos prestados de un hospital?

—Está expresamente prohibido comprometer una reserva médica protegida.

—¿Pero puede hacerlo? —repitió Nia.

Tessa miró la segunda línea.

—Si las clasificaciones de servicio fueran incorrectas.

—¿Quién las clasifica?

—Los contratos y un controlador llamado CURADOR. Piense en él como un motor gigantesco de planificación.

Nia contempló el pulso de la línea.

—¿Quién es su dueño?

—Jamás he conocido a nadie que supiera responder a eso.

Tessa eligió un perfil de demostración seguro e invitó a Nia a sostener un segundo guante de entrenamiento. Un pequeño robot de servicio cruzó el suelo y atrapó una pesa de acero que caía. La pesa aterrizó con un golpe seco. Ambos guantes apretaron ligeramente las manos de las mujeres.

Nia miró sus dedos.

—Lo sentimos las dos.

—Dos observadoras registradas —dijo Tessa—. Útil para entrenar equipos.

—¿Podría sentirlo alguien que no fuera observador?

—No debería.

Un tono discreto las interrumpió. En la pantalla de diagnóstico apareció un registro antiguo que nadie había solicitado.

EVENTO CONCORD 0918 — EXCEPCIÓN DE RESPUESTA GRUPO DE ENRUTAMIENTO: 02 OPERADORES REGISTRADOS: 01

Tessa extendió la mano para cerrarlo.

—Espere —dijo Nia.

—Eso está fuera del perfil de demostración.

—Dos rutas. Un operador.

Tessa cerró la ventana. Sus dedos habían perdido la firmeza.

Joss observó a las dos mujeres y comprendió, antes que Nia, que no había manera agradable de terminar la visita.

—Los registros del campeonato —dijo Joss—. ¿Podemos verlos?

—Aquí no.

—Me dijiste que podríamos.

—Te dije que podía explicar qué era la máquina. No dije que pudiera explicar qué hizo aquella noche.

Nia respiró despacio.

—¿Dónde están los registros?

—En un archivo privado de mantenimiento. Copias externas, si se cumplió la política de conservación.

—¿Si se cumplió?

Tessa miró la puerta cerrada.

—Después de un incidente, el archivo puede armonizarse con el registro aprobado del evento. El canal en bruto se conserva brevemente para analizar fallos y luego se sobrescribe. Así se impide que se filtren datos médicos privados.

—¿Y si el registro aprobado del evento es falso?

—Entonces el canal en bruto quizá sea el único que no lo sea.

Alguien llamó a la puerta. Tres golpecitos suaves, una pausa y dos más. Joss comprobó la pantalla de la habitación.

—Es Rafe —dijo.

El rostro de Tessa cambió.

—No debería estar aquí.

Rafe Kade entró sin su rostro público.

Llevaba una camisa azul vieja y una férula oscura en la muñeca. Sin el Marco dorado ni la intensa iluminación de la arena, parecía un hombre que llevaba días sin dormir bien.

—Joss —dijo—. Llamó la médica.

—Podemos hablarlo en privado.

—Dice que Soren no ha recuperado los reflejos.

Nia lo observaba.

El campeón reparó en ella dentro de la sala gris, junto a la máquina desnuda.

—¿Quién es?

—La persona que está preguntando lo que tú no quisiste —respondió Joss.

Rafe miró de ella a la pantalla de Tessa.

—Entonces será mejor que pregunte rápido.

—¿Por qué? —dijo Nia.

Él levantó la mano con la férula. Temblaba con un movimiento irregular que ninguna cámara había mostrado durante su victoria.

—Porque la cirujana dice que lo que le pasó a Soren también le pasó a alguien que nunca estuvo en la arena.

8. UNA HERIDA, DOS DIRECCIONES

> **SERVICIOS MÉDICOS DEL EVENTO CONCORD — RESUMEN POSTERIOR AL CERTAMEN**
> *Se identificaron dos acontecimientos neurológicos no conformes después del campeonato. Ninguno se atribuye a un golpe autorizado del oponente. La evaluación adicional está restringida por la legislación de privacidad.*
>
> **Anotación personal, doctora Nadia Sen:** *Una ley de privacidad debería proteger a los heridos, no ocultar cómo se hirieron.*

La médica no le había dicho a Rafe el nombre del otro paciente.

Le había mostrado una forma.

En una tableta clínica le había enseñado el patrón de impulsos eléctricos obtenido del monitor de respuesta situado junto a la cuna de Soren Vey: un pico pronunciado hacia arriba, tres pulsos decrecientes y un breve intervalo de silencio absoluto. El técnico responsable del dispositivo lo llamaba un artefacto de señal. La médica, una posible causa de lesión motora temporal.

Después había mostrado a Rafe la misma forma, registrada por un dispositivo de otro distrito exactamente en el mismo segundo.

—¿Dónde? —preguntó Nia.

—Eso es lo que no quiso decirme —respondió Rafe—. Asegura que el segundo dispositivo pertenece a un contratista municipal. Me lo contó porque firmé una investigación de seguridad en nombre de Soren, no porque yo tuviera derecho a consultar sus datos médicos.

Estaban sentados en una habitación pequeña detrás de la sala de demostraciones. Joss había activado las pantallas de privacidad y pedido a Tessa que desconectara el panel de pared. Por primera vez en toda la noche, no había imágenes en movimiento entre Nia y otra persona.

—¿Qué le pasó a Soren? —preguntó Nia.

Rafe se quedó mirando la mano derecha.

—Puede mover los dedos, pero a veces el movimiento no les llega cuando él quiere. Dice que durante unos segundos siente que la mano le pertenece a otro. Creen que puede recuperarse.

—¿Te ocurrió lo mismo?

—Brevemente. La médica dice que la férula es una medida preventiva.

Tessa bajó la vista.

—La férula no es lo que me preocupa —continuó Rafe—. Soren estaba dentro de un equipo autorizado. Fuera quien fuera la segunda persona, no estaba compitiendo. ¿Cómo llegó hasta ella un paquete de lesión?

Tessa sacó un lápiz, una herramienta que parecía preferir cada vez que tenía que decir algo que no deseaba que quedara registrado.

—El sistema utiliza bibliotecas comunes de respuesta —explicó—. Una forma de onda puede parecerse porque todas las máquinas ejecutan el mismo código de control.

—¿Cuánto puede parecerse? —preguntó Nia.

—Hay una diferencia entre la forma de una alarma normal y la de una falla eléctrica específica.

Rafe extendió una impresión en papel. Mostraba dos trazados con una escala debajo. Al pie, alguien había escrito **21:42:15.884**.

Nia reconoció el minuto de inmediato.

—La protección del hospital cayó a los dieciséis segundos —dijo.

Nadie habló.

Joss estiró la mano hacia el papel y se detuvo.

—No quiero tener en mi poder un documento cuya posesión no pueda explicar.

—Ya somos dos —dijo Nia.

Copió la marca temporal en una tarjeta y devolvió la impresión a Rafe.

—¿Puedo hablar con Soren?

—Pregúntaselo a él. No te debe ningún testimonio.

—Tú tampoco.

Rafe soltó una risa breve y amarga.

—La gente no deja de decírmelo. Se está convirtiendo en un tipo de libertad muy cómodo.

Se marchó primero, llevándose la impresión médica. Joss permaneció un momento junto a la puerta cerrada.

—Necesita comprender algo —le dijo a Nia—. Mi cliente pagó su infancia entera con zapatos prestados para llegar aquí. Cree que este lugar lo salvó. Si le pide elegir entre su éxito y la versión del mundo que lo hizo posible, no tomará rápidamente una buena decisión.

—El hospital tampoco pudo decidir con calma.

—Lo sé.

La respuesta de Joss fue tan baja que Nia casi no la oyó.

***

A la mañana siguiente, en St. Orin, los pájaros de pediatría volvían a ser amarillos.

El dibujo de Leena había inspirado a una de las enfermeras a solicitar un aviario real para el patio. La petición había sido rechazada por considerarse un gasto ambiental ineficiente. Así que la unidad había encargado, en su lugar, una proyección de pájaros de seis patas, y los niños ahora discutían sobre cuál de sus especies era la más veloz.

Nadia llevó a Nia por el departamento de mantenimiento hasta una habitación donde Ivo Chen intentaba sostener un vaso de papel sin derramar lo que contenía.

No pareció sorprendido de verla.

—Cada día eliges un momento peor para llegar —dijo.

Nia advirtió que mantenía la muñeca derecha apoyada contra la mesa.

—¿Qué pasó?

—Riesgos laborales. Veinte años manteniendo vivas las máquinas.

Nadia cruzó los brazos.

—Cuéntale la versión que me contaste a mí.

Ivo pareció irritado por la supervisión.

—Estaba haciendo la prueba rutinaria del enclavamiento de reserva cuando empezaron las alarmas. Llevaba un guante de mantenimiento. Puede guiar el interruptor motorizado y avisarte antes de que metas las manos en una posición peligrosa.

—Creí que abriste los interruptores mecánicamente —dijo Nia.

—Lo hice, después de que el sistema nos bloqueara. Me quité el guante y usé herramientas aisladas para restablecer el suministro. Pero la descarga llegó justo antes de las alarmas, cuando el controlador aún estaba conectado. Ese guante nunca debería haber estado unido a un circuito externo de respuesta.

—¿Qué sentiste?

—Como si otra persona me hubiera obligado a cerrar la mano alrededor de un cable con tensión, solo que la corriente estaba bajo mi piel. Tres pulsos. Después nada. Pensé que era el estrés.

Nadia entregó a Nia un formulario de consentimiento en blanco.

—Ivo ha aceptado que compares su trazado médico con el del evento —explicó—. No su historia clínica completa. Solo la forma de onda y la marca temporal.

Ivo firmó torpemente con la mano izquierda.

—Quiero saber si esto fue un error o un sistema que hizo lo que se le ordenó —dijo.

Nadia abrió una gráfica médica en un terminal desconectado de la red hospitalaria. Había impreso el resultado del diagnóstico antes de solicitar interpretaciones externas. En el papel corría un pico agudo, tres pulsos menores y un intervalo estrecho y vacío.

Nia sostuvo la tarjeta al lado.

21:42:15.884.

La misma hora.

—¿Es el mismo fenómeno eléctrico? —preguntó.

—Esa es una pregunta de ingeniería —respondió Nadia—. Clínicamente, la respuesta del sistema nervioso es compatible con un patrón repetido de estimulación. No podemos deducir el origen solo por el aspecto.

—¿Y podría ser un error de reloj?

—Sí. Quiero decirlo antes de que alguien construya una historia alrededor de los decimales.

Ivo miró su vaso. La mano derecha le tembló con tanta fuerza que onduló el agua.

—Vaya error de reloj —dijo.

Nia pidió dos cosas: autorización para copiar el trazado médico independiente y una cronología escrita del trabajo que Ivo había realizado durante la emergencia. Nadia aprobó la primera; Ivo redactó la segunda de su puño y letra. No entregaron los nombres de otros pacientes ni credenciales del centro. Nia agradeció aquella cautela. Significaba que al menos alguien en la sala aún creía que las pruebas tenían límites.

Para el mediodía había acordado reunirse con Soren Vey en una clínica del otro extremo de la ciudad.

Él estaba sentado bajo una ventana desde la que se veía un corredor de mercancías y una estrecha franja de cielo distante. Tenía la mano derecha apoyada sobre un bloque de espuma, con los dedos separados por una férula suave de fisioterapia. Parecía más joven que bajo la armadura

plateada, casi como el muchacho que Nia imaginaba que había sido antes de que un público aprendiera a pronunciar su nombre.

—Te vi en el torneo —le dijo.

—Entonces me viste perder.

—Te vi dejar de moverte durante medio segundo.

—Vi cómo el suelo se abría bajo Rafe. Fui a sujetarlo de la muñeca. Mi mano no obedeció. Durante un momento creí que el Marco estaba moviéndonos a los dos.

Nia se sentó frente a él.

—¿La señal de respuesta salió de la arena?

—Llevo dos días preguntándolo.

Le enseñó la larga cicatriz blanca del interior de su muñeca. La tenía desde pequeño, explicó, por un accidente al reparar una bomba de transporte. Las retransmisiones de la arena la ocultaban siempre que sus manos aparecían representadas por el Marco.

—Sabía que la competición utilizaba mis movimientos —dijo—. Sabía que había un cuerpo en alguna parte que recibía órdenes de mi cerebro. No sabía que mi mano podía enviar algo a un lugar donde nadie había aceptado participar.

Nia preguntó si consentiría una comparación limitada entre su registro del evento y el de Ivo. Leyó el formulario con cuidado y lo firmó.

—¿Por qué quieres ayudar? —preguntó ella.

—Porque el hospital de mi hermana estuvo a punto de negarle un procedimiento la primavera pasada. Intervino la Fundación. Nos grabaron dándoles las gracias.

Miró un vehículo de carga que cruzaba la ventana.

—Pensé que eso era la caridad.

—¿Y ahora qué piensas?

—Creo que alguien nos estaba vendiendo otra vez las cosas que ya necesitábamos.

Entregó el trazado médico a Nia y cerró los ojos, fatigado por el esfuerzo de conversar mientras los dedos se negaban a obedecer órdenes pequeñas.

Al salir, Nia pasó junto a un niño que esperaba la fisioterapia con su madre. Estaba practicando abrir y cerrar las manos, copiando los ejercicios de un campeón cuyo retrato colgaba de la pared de la clínica. El niño sonrió cuando descubrió que ella lo miraba.

—Voy a pelear como él —dijo.

Nia pensó qué responder.

—Aprende cómo consigue volver a levantarse —le aconsejó—. Esa es la parte que no transmiten.

***

Cuando Nia y Nadia superpusieron los dos trazados independientes, encontraron algo más preciso que picos coincidentes.

Entre el tercer pulso y el silencio se había insertado una marca de control apenas visible. Más tarde, Tessa la identificó como un acuse de recibo del

enrutamiento de seguridad. Aparecía en los dos registros, sin cambiar ni siquiera un identificador instrumental de trece caracteres.

Los dispositivos médicos nunca habían estado registrados en el mismo centro.

El registro del evento situaba la transmisión en la bahía de control de Concord. El guante de Ivo informaba haberla recibido desde la central de mantenimiento de St. Orin. Las direcciones se encontraban a once kilómetros de distancia.

Una instrucción había viajado a dos sistemas nerviosos.

La lesión se había producido en dos lugares, mientras las personas cuyos cuerpos la recibían ni siquiera sabían que habían sido conectadas.

Nia escribió aquella frase en su cuaderno y la contempló largo rato.

Después tachó *producido* y lo sustituyó por *experimentado*.

Una auditora podía demostrar que un sistema transmitió una señal. Todavía no podía demostrar la intención que había detrás.

La distinción no hizo que la mano de Ivo dejara de temblar.

9. EL LIBRO CONTABLE BAJO EL LIBRO CONTABLE

> **NOTA DE VERIFICACIÓN PÚBLICA DE XCOIN**
> *Una transferencia válida demuestra que el libro contable aceptó una transacción de acuerdo con sus reglas. No demuestra el origen de todas las promesas económicas relacionadas con ella, ni la justicia de los contratos externos a la cadena.*
>
> **Nota al margen:** *La cifra era verdadera. La historia vinculada a ella no lo era.*

El acceso de Nia al archivo de la Corona terminó sin que nadie se lo negara.

La invitación le había concedido doce horas. Al transcurrirlas, caducó su credencial de visitante, el registro de su entrada desapareció de la búsqueda de visitas del vestíbulo y el servicio de transcripción privado de la Fundación informó que no se había celebrado ninguna entrevista formal.

Ninguna de esas declaraciones era técnicamente falsa. No había habido entrevista formal. Nadie había prometido conservar indefinidamente el historial de invitados. Las partes útiles de su visita habían tenido lugar en una sala donde se suponía que las cámaras no debían grabar a los visitantes.

Los registros habían aprendido a no dejar huecos que parecieran huecos.

Joss le envió un mensaje a la mañana siguiente. Solo contenía una ubicación y cuatro palabras: *Traiga la marca temporal impresa*.

La ubicación no era una cafetería ni un edificio gubernamental. Era un quiosco de archivo público dentro de una terminal de transporte, donde los viajeros imprimían extractos de prestaciones y comprobaban si sus Créditos de Vida alcanzarían para la ayuda de vivienda del mes siguiente.

Joss estaba frente a un terminal mientras otras personas hacían cola para recurrir pequeños cargos. Llevaba el mismo traje caro de la recepción, pero se había recogido el pelo sin cuidado. Tenía los ojos rojos.

—No dispongo de mucho tiempo —dijo.

—El hombre que murió en St. Orin tampoco.

—¿Podemos ahorrarnos los discursos?

Nia le mostró la marca temporal impresa. Joss la colocó junto a una página que había obtenido de los estados financieros públicos de la Fundación.

El documento registraba un depósito en garantía para el campeonato del dieciocho de septiembre. Su valor se había cotizado en un millón de dólares estadounidenses, pagaderos en XCOIN según el tipo de cambio de referencia del evento. Un identificador de transacción lo vinculaba con la cadena pública. El libro contable había confirmado la transferencia a la cartera de Rafe.

—Esa parte es real —dijo Joss—. El dinero de los patrocinadores existía. No salió de la cuenta de un hospital en el momento en que él aceptó.

—Yo no he dicho eso.

—La gente lo dirá. A la gente le gustan las líneas rectas que van de la mano del villano al cuerpo de la víctima.

—A veces existen.

—No en este contrato. El fondo de patrocinadores se financió meses antes. La empresa que lo aportó pidió préstamos respaldados por los ingresos previstos de contratos municipales de resiliencia.

Abrió la siguiente declaración. Enumeraba una cartera de concesiones de servicios de emergencia: electricidad de respaldo, reservas de climatización, transporte médico público y un fondo que garantizaba capacidad mínima a los hospitales durante situaciones de tensión del sistema.

—Estos contratos se pueden agrupar —explicó Joss—. Vender una participación en sus ingresos futuros. Asegurar el riesgo. Pedir préstamos contra el flujo de efectivo asegurado. No es algo inusual.

—Hasta que tus ingresos mejoran cuanto menos servicio recibe el público.

Joss la miró.

—Sí.

Por encima de ellas resonó un anuncio del tranvía. La gente rodeaba la mesa con recibos impresos y avisos de racionamiento. Nia oyó a una mujer explicar que la asignación de oxígeno de su padre se había reducido después de trasladarlo a otro distrito. A nadie a su alrededor parecía interesarle la palabra *resiliencia*.

Joss señaló una columna.

—Este es el ajuste de rendimiento. Si un contratista disminuye la demanda de reserva sin que exista una emergencia reconocida oficialmente, recibe

una bonificación. En teoría, se premia la eficiencia. El peligro es que se recompensa al contratista por hacer parecer menos esencial un servicio público.

—¿Y qué desencadenó la reclasificación de St. Orin?

—Todavía no lo sé.

—¿Por qué autorizó la Fundación la liquidación del premio?

—Porque el pago público estaba depositado en garantía y su certificado de cumplimiento figuraba en verde. Yo firmé el anuncio promocional. No firmé la orden de servicios de la ciudad.

—¿Quién lo hizo?

—La orden de servicios fue generada por un sistema privado de planificación. No lleva firma humana.

—CURADOR.

Joss asintió.

Nia estudió la página. Los estados financieros no mostraban un dólar retirado de St. Orin y depositado en la cartera de Rafe. Mostraban, en cambio, una cadena de promesas: el servicio reducido tratado como ahorro, el ahorro tratado como ingreso, el ingreso tratado como activo financiero y ese activo ayudando a financiar espectáculos para personas lo bastante ricas como para comprar certidumbre.

El mecanismo era más lento, menos teatral y más difícil de llevar ante un tribunal que la historia que preferiría una multitud furiosa.

También permitía explotar a mayor escala.

—¿Qué autorizó realmente el campeonato? —preguntó Nia.

Joss pasó la página.

—Hay dos registros vinculados. La aceptación pública del premio. Y un calendario de obligaciones asociadas que le ofrecieron al competidor, pero que no solicitó.

—¿Menciona a St. Orin?

—No por su nombre. Identifica un conjunto de instalaciones por grupo de enrutamiento. Los nombres se conservan en un registro independiente de distribución de cargas.

—¿Quién puede verlo?

—Las aseguradoras, ciertos contratistas municipales y el comité de riesgos de la Corona. El beneficiario puede solicitar un resumen en lenguaje sencillo antes de aceptar, pero ese resumen describe categorías, no necesariamente todos los lugares afectados.

—Así que incluso si Rafe hubiera pulsado REVISAR...

—Podría haberse enterado de que aceptaba una liquidación relacionada con la reasignación de prioridades de servicios públicos. Tal vez no le hubieran mostrado a los pacientes de St. Orin.

Nia recordó las dos opciones de la pantalla. Un *ACEPTAR* blanco y brillante y un *REVISAR* gris. Una elección presentada de modo que los impacientes pudieran evitar preguntar mientras los abogados afirmaban que la pregunta les había sido ofrecida.

—Entonces su negativa no fue toda la injusticia —dijo.

—No. Pero facilitó que se cometiera.

Joss dobló el estado financiero.

—¿Comprende por qué importa la diferencia?

—Porque hay personas que diseñaron el mecanismo y otras a las que simplemente animaron a no examinarlo.

—Porque yo soy una de las personas que ayudaron a que ese estímulo pareciera respetable.

Por un instante, Nia solo oyó el zumbido de la terminal.

—¿Por qué me lo cuenta? —preguntó.

Joss no respondió enseguida.

—Mi madre pasó sus últimos años en una institución respiratoria pública —dijo—. Era yo quien revisaba las facturas, llamaba a los administradores y aprendía cuánto podían obligar a negociar a un cuerpo humano para obtener medicinas. Cuando conseguí este trabajo me dije que estaba devolviendo dinero al sistema.

—¿Lo hacía?

—Parte de él. Lo suficiente como para justificar que no preguntara por el resto.

La confesión pareció enfadarla consigo misma. Recogió los papeles y se encaminó hacia la salida.

—No me siga —dijo—. Una invitación de auditoría puede explicarse. Reuniones repetidas, no.

—¿Puede conseguir el registro de cargas?

—No. Pero hay una manera de solicitar su suma de verificación.

—Una suma de verificación no es el contenido.

—No. Es la manera de demostrar que ese contenido existía antes de que alguien reescribiera la versión que quiere que usted vea.

Se marchó.

***

Nia pasó aquella tarde aprendiendo cuánto podía esconder una institución dentro de una palabra conocida.

En la Autoridad, la palabra era *asignación*. En la Corona, *rendimiento*. En un consultorio, *derecho*. Cada departamento tenía su propio vocabulario y cada vocabulario ocultaba una parte distinta de la misma transacción.

Le pidió a su compañero de contabilidad municipal, Lio Barr, que le explicara un contrato de infraestructura respaldado por riesgos sin utilizar las abreviaturas oficiales.

Lio era un hombre paciente con la costumbre nerviosa de ordenar los bolígrafos por longitud. Escuchó, reflexionó y dibujó cuatro cuadros sobre un papel.

—Una empresa le promete a la ciudad que mantendrá lista la reserva de un hospital —dijo, dibujando el primer cuadro.

—Bien.

—La empresa recibe dinero por mantener esa capacidad. Pero sus inversores privados también ganan más si la empresa consigue clasificar parte de esa capacidad como innecesaria. —Dibujó el segundo cuadro—. Entonces vende a otra persona los ingresos adicionales previstos.

—Tercer cuadro.

—Otra persona ofrece un seguro contra el riesgo de que los pagos previstos no lleguen. —Dibujó otro—. Para entonces, la obligación

original de servicio está enterrada bajo tantos contratos que quienes reciben las ganancias no saben qué hospital está implicado.

—¿Cuarto cuadro?

—Entretenimiento. La inversión se convierte en una fuente de ingresos destinada a patrocinar cosas que la gente puede ver.

Dejó de dibujar.

—¿Eso es legal? —preguntó Nia.

—Algunas partes lo son. Que la cadena completa vulnere un deber de cuidado depende de lo que supieran quienes la dirigían, de lo que prometieron y de qué regulador tenga permiso para examinarlos.

—¿Quién tiene permiso?

Lio miró el papel.

—Los contratos de la Corona tienen exenciones de emergencia en virtud de la Ley de la Información. Nunca he visto el calendario completo.

Nia sintió crecer la vieja irritación. Cada respuesta legítima terminaba en la misma puerta sellada.

Solicitó una lista de entidades reguladas. Lio la imprimió. Tres empresas compartían la misma dirección legal en el distrito de la Corona. Dos parecían no tener empleados. Una había comprado el derecho a verificar clasificaciones de emergencia de hospitales por toda la metrópolis.

El nombre que figuraba en su certificado era **CENTRAL DE RESILIENCIA CÍVICA**.

El identificador impreso debajo comenzaba con **CR-EVT**.

Nia colocó la copia de la orden de St. Orin junto al documento de Lio.

El prefijo coincidía.

No bastaba para probar una lesión intencionada. Sí bastaba para identificar la puerta por la que había pasado la instrucción.

Utilizó un terminal financiero público de la Autoridad y buscó el premio del campeonato de Concord. En segundos encontró una transferencia XCOIN confirmada. El beneficiario era Rafe Kade. El importe y la marca temporal eran públicos. El pagador, una cuenta de depósito en garantía de la Fundación.

Siguió la operación hacia atrás hasta que el registro público terminaba en un límite financiero normal: activos pertenecientes a un custodio privado. Nada en la cadena contenía el nombre de un paciente, la reserva de oxígeno de un hospital ni permiso para cortar la electricidad.

Ese era precisamente el problema.

Un libro contable transparente podía mostrar honestamente una transferencia mientras una institución opaca ocultaba los acuerdos humanos que la financiaban.

Nia imprimió la prueba de la cadena y escribió encima: **ESTO NO DEMUESTRA CONSENTIMIENTO.**

Su terminal mostró un aviso de rutina.

DOCUMENTO RELACIONADO ENCONTRADO: REGISTRO DE DISTRIBUCIÓN DE CARGAS

No tocó el enlace inmediatamente. Era el tipo de resultado que un buscador podía producir al correlacionar términos públicos con etiquetas

privadas. También podía ser una trampa diseñada para identificar a quien intentara localizar material restringido.

Copió el identificador del documento a mano. Después desconectó la red y abrió una copia guardada del índice de auditoría autorizado.

Allí estaba: un número de registro, un grupo de enrutamiento y una línea marcada **obligaciones de sustitución de servicios**.

El documento en sí era inaccesible. Su suma de verificación, no.

Nia la apuntó en su cuaderno. La comprobó dos veces, carácter por carácter.

Unos minutos más tarde, el resultado desapareció del terminal. Su consulta original produjo una cortés garantía de que no existía ningún documento coincidente.

Miró la copia de papel que tenía en la mano.

Alguien podía haber corregido un error de indexación. Alguien podía haber revocado una referencia expuesta por equivocación. Ambas explicaciones eran posibles.

Sin embargo, la suma de verificación seguía siendo un pequeño hecho obstinado: la huella criptográfica de un documento cuya existencia el sistema había admitido durante unos momentos.

Aquella noche llamó a Elian Reyes.

—He encontrado un documento que no puedo leer —dijo.

—Entonces no has encontrado un documento. Has encontrado pruebas de uno.

—¿Una suma de verificación puede sobrevivir a un registro borrado?

—Si la copiaste antes de que lo borraran.

—¿Puede decirme qué contiene?

—No. Puede decirte si el contenido que alguien presente después es el mismo con el que se comprometió antes.

—¿Cómo consigo el original?

—Pídeselo a quienes tenían el deber de conservarlo.

—¿Y si se niegan?

—Entonces averigua si la negativa es legal.

Nia miró la fotografía de Amara en la pared.

—Hablas como alguien que antes ganaba discusiones de esa manera.

La voz de Elian cambió.

—Tu madre solía ganarlas —dijo—. Yo solo recuerdo las palabras que escogía.

Terminó la llamada antes de que Nia pudiera preguntarle por qué, después de tantos años, seguía hablando de su madre como si ella pudiera regresar para terminar una conversación.

Nia puso los dos papeles uno al lado del otro: la auténtica transferencia pública de XCOIN y la suma de verificación del documento privado.

Tenía pruebas de un pago.

Tenía pruebas de un registro oculto.

Lo que aún no tenía era prueba de que alguien estuviera dispuesto a reconocer la relación entre ambos.

10. EL CAMPEÓN QUE NO QUISO PREGUNTAR

> **FUNDACIÓN CONCORD — POLÍTICA DE REVISIÓN DEL BENEFICIARIO, CLÁUSULA 18.6(b)**
> *El beneficiario podrá solicitar la relación íntegra de obligaciones asociadas. La Fundación se reserva el derecho de ocultar datos identificativos de proveedores de servicios protegidos y personas afectadas.*
>
> **Enmienda sin firma, incorporada después del evento:** *La falta de solicitud de divulgación por parte del beneficiario constituirá consentimiento continuado.*

Desde el torneo, Rafe había recibido tres clases de consejos.

Su representante le decía que guardara silencio. Su médica, que descansara. Sus patrocinadores, que la mejor respuesta a la controversia era otra victoria.

Ninguno le había dicho qué le había ocurrido al hombre fallecido en St. Orin.

Encontró el nombre en un aviso local, impreso en papel barato y doblado bajo un anuncio de paquetes de comidas con descuento. *Tomas Eren, setenta y un años, deja una hija y un nieto*. No mencionaba ningún evento deportivo. Tampoco una clasificación de reservas. Una fotografía pequeña mostraba a un hombre de rostro estrecho cuya expresión sugería que el fotógrafo lo había interrumpido en medio de una broma.

Rafe llevó el aviso en el abrigo durante un día entero antes de reconocer ante sí mismo que lo estaba haciendo.

Se ganaba la vida ganando competiciones cuyas reglas podía leer de antemano. Conocía todos los golpes permitidos, todos los movimientos prohibidos, todas las consecuencias de perder. El sistema nunca le había pedido identificar a quienes construían el suelo de la arena, mantenían el equipo neuronal o encendían las luces. Presentaba el espectáculo como si toda la competencia perteneciera al hombre situado en su centro y lo demás existiera para hacerlo grandioso.

Su padre, que había operado una planta municipal de agua antes de jubilarse, habría reconocido aquella organización.

Rafe lo llamó.

—¿Una persona puede ser responsable de una máquina que no construyó? —preguntó.

Su padre guardó tanto silencio que Rafe pensó que se había cortado la llamada.

—Depende —contestó al fin el anciano—. ¿Sabía lo que hacía?

—Al principio, no.

—¿Alguien se ofreció a decírselo?

Rafe bajó la vista hacia el papel que sostenía.

—Sí.

—¿Y entonces?

—Pensó que sería más fácil no saberlo.

—Esa parece ser la parte que le corresponde.

—¿Incluso si quienes la construyeron mintieron?

—Sobre todo entonces. Si descubre la verdad, es responsable de lo que haga después. Lo demás les corresponde a ellos.

Tras la llamada, Rafe se quedó sentado en el borde de la cama. Aquella mañana la mano derecha le temblaba menos. Podría haber interpretado la mejoría como permiso para olvidar.

En cambio, abrió el acuerdo del campeonato y seleccionó la opción que había ignorado la noche del torneo.

REVISAR OBLIGACIONES ASOCIADAS.

Apareció un aviso.

PERIODO DE REVISIÓN CERRADO — LIQUIDACIÓN DEFINITIVA.

Llamó a Joss.

—¿Puedo reabrirlo?

—Puedes presentar una apelación de acceso.

—¿Funcionará?

—No lo sé.

—Ayúdame.

Hubo una pausa. En el pasado le había pedido hacer cosas imposibles: lograr que un patrocinador olvidara un comentario imprudente, conseguir una plaza para un entrenador lesionado en una clínica desbordada, convencer al público de que una remontada tardía había estado

planificada. Aquella petición era diferente porque amenazaba la maquinaria que les pagaba a ambos.

—Puedo conseguirte el calendario registrado —dijo—. Pero si lo publicas, la Fundación afirmará que violaste la confidencialidad.

—¿Sabías lo del hospital?

—No cuando firmé el acuerdo promocional.

—¿Y después?

—Me enteré de lo suficiente como para dejar de fingir que no sabía nada.

Rafe cerró los ojos.

—Entonces los dos llegamos tarde.

***

La apelación produjo un documento, no una explicación.

Llegó a su cuenta segura con un periodo de acceso de veinte minutos y un aviso que prohibía duplicarlo. La primera página contenía la confirmación del premio. La segunda enumeraba categorías de activos y distribuciones de riesgo. La tercera presentaba un calendario de cargas en columnas de identificadores abreviados de servicios.

El calendario no mencionaba a Tomas Eren. No describía un respirador, una bolsa de ventilación manual ni una doctora solicitando electricidad que no podía utilizar. Decía **capacidad protegida sustituida**, **exposición del proveedor transferida**, **costos de restablecimiento del servicio asignados aguas abajo**.

Rafe lo leyó con cuidado. Comprendía quizá la mitad de las palabras.

Cerca del final encontró una referencia al evento del dieciocho de septiembre: **CR-EVT-0918-442**.

Recordaba el número. Nia lo había pronunciado en la sala de demostraciones.

Volvió a llamar a Joss.

—Es esto.

—Lo sé.

—Necesito el original.

—Estás mirando la versión aprobada para ti.

—¿Qué hay detrás de las tachaduras?

—Identidades protegidas de servicios.

—Personas.

—A veces.

—La página del premio muestra el mismo importe que vio el público. ¿Por qué ocultar qué lo financió?

—Porque no se financió directamente con las órdenes de servicios. El depósito del premio y los contratos de reservas públicas pasan por partes distintas. El sistema está diseñado de forma que cada parte pueda describir con veracidad su propio fragmento sin aceptar responsabilidad por el conjunto.

—¿Quién lo diseñó?

—No conozco todos los nombres.

—¿Quién puede detenerlo?

—Antes creía que la Fundación podía.

Rafe contempló la página. El aviso de pantalla indicaba que quedaban doce minutos.

—Haz una copia —dijo.

—Eso es precisamente lo que no quieren que hagamos.

—Hazla de todos modos.

Joss no contestó. Un minuto después, una impresora mecánica del apartamento de Rafe comenzó a funcionar. Las páginas salieron lentamente, acompañadas del susurro seco del tóner al tocar el papel.

Nunca antes había utilizado aquella impresora. Era un dispositivo de emergencia incluido cuando compró el apartamento, y siempre lo había considerado un capricho divertido para personas que detestaban la tecnología.

Recogió las hojas todavía tibias y las extendió sobre la mesa de la cocina.

Por un instante vio superpuesta la cocina de su infancia: su padre con la tetera, las baldosas agrietadas, el libro de racionamiento. Solo era un recuerdo, pero el parecido fue tan intenso que permaneció inmóvil.

Sonó la pantalla de su muñeca. La identificación de la llamada decía **ASUNTOS JURÍDICOS DE LA CORONA**.

Rafe la silenció.

Después llamó a Nia Reyes.

—Tengo una copia —dijo.

—¿De qué?

—De aquello que debí pedir ver antes de poner la mano sobre el botón.

***

Nia se reunió con él en una antigua biblioteca pública que ya no prestaba libros. Sus estantes contenían terminales educativos y vitrinas con volúmenes rescatados, demasiado frágiles para circular. El edificio olía levemente a polvo y cera de madera. Las ventanas podían abrirse a la calle y el aire auténtico circulaba entre los estantes.

Rafe llegó solo, con el documento en un sobre corriente. Contempló las mesas gastadas con la incomodidad de un hombre que había olvidado cuántos espacios públicos no exigían nada de él salvo un comportamiento razonable.

Nia leyó de pie el calendario de cargas.

Encontró el grupo de enrutamiento. Encontró el código de origen. Encontró una disposición que obligaba a considerar liquidadas todas las asignaciones cuestionadas salvo que el beneficiario las impugnara dentro del plazo de revisión.

—Está estructurado para convertir al receptor del premio en parte de la cadena de aprobación —dijo.

—No lo entendí cuando acepté.

—Se te ofreció una revisión.

—Lo sé.

—¿Habrías pulsado ACEPTAR si te hubieran mostrado el hospital?

—No.

Ella lo miró.

Él se frotó los ojos.

—Quiero que esa respuesta sea cierta. No puedo demostrarlo. Sé quién quería ser cuando toda la arena coreaba mi nombre. Elegí complacer al público. Si la pantalla hubiera dicho *estas personas podrían resultar heridas*, quizá me habría detenido. Si lo hubieran enterrado entre treinta páginas de condiciones, tal vez habría seguido pulsando.

Fue lo más útil que nadie le había contado sobre el torneo, porque no le estaba pidiendo que lo absolviera.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó ella.

—Lo que sea necesario para detenerlo.

—Tal vez no detenga nada. Podrían descartarlo como información comercial confidencial.

—Entonces hagamos más difícil que lo descarten.

Le mostró un segundo papel. Contenía una invitación a una comparecencia ante la prensa en la Fundación de la Corona esa noche, donde se esperaba que anunciara la renovación de su patrocinio y una importante donación benéfica a la medicina respiratoria.

—Ya prepararon mis declaraciones —dijo—. Cuatro minutos sobre gratitud, tres sobre resiliencia y uno sobre el premio.

—¿Piensas acusarlos delante de las cámaras?

—Pienso hacer una pregunta donde no puedan fingir que nunca la hice.

Nia sopesó la idea. El desafío público de un campeón famoso atraería atención. También podría desacreditar la investigación si el asunto se

convertía en una discusión entre ricos sobre contratos. Las familias de St. Orin merecían más que un espectáculo sobre la conciencia de otra persona.

—Primero —dijo—, llevamos esto a Nadia Sen. Ella puede decirnos qué partes se relacionan con lo que realmente ocurrió. Después hacemos copias. Copias independientes. Nada del historial médico privado de los pacientes.

Rafe asintió.

—¿Y Rafe?

—¿Sí?

—No conviertas esto en un discurso sobre tu redención. Los heridos no te deben eso.

Bajó la vista hacia el sobre.

—Entendido.

***

La sala de prensa de la Fundación era una cámara de luz blanca y suave. Los patrocinadores ocupaban la primera fila. Los periodistas se sentaban detrás de una barrera baja de piedra pulida. Un retrato enorme de Rafe, vestido con su apariencia dorada de competición, dominaba la pared.

Rafe estaba junto a Joss mientras un productor ajustaba el micrófono.

—Todavía puedes leer la declaración —dijo ella.

—¿Cuál?

—La que te pagan por leer.

—¿Y la otra?

—Aquella con la que tendrás que vivir.

Se apartó antes de que él pudiera responder.

El presentador dio la bienvenida al público e invitó a Rafe a hablar del compromiso de la Fundación con la salud pública. A su espalda apareció una gráfica con enormes contribuciones benéficas y pacientes sonrientes. Las estadísticas estaban dispuestas en colores brillantes y tranquilizadores. Nadie había incluido el importe pagado por los pacientes para reparar pérdidas creadas al retirarles la protección.

Rafe había hablado en escenarios más grandes. Había combatido mientras las multitudes gritaban su nombre. Pero nunca había sentido que se le cerrara la garganta como ahora.

Comenzó dando las gracias a los médicos que habían tratado a su rival. Después informó a los asistentes de que había revisado los documentos asociados al premio.

La mano del productor quedó inmóvil sobre la consola.

—Me preguntaron si deseaba conocer las obligaciones antes de aceptar un millón de dólares —dijo Rafe—. Respondí que no.

Un murmullo recorrió a los periodistas.

—Me dije que el papeleo era responsabilidad de otros. Después del evento me enteré de que existía una relación entre los contratos subyacentes y las restricciones de servicios de emergencia. He pedido a la Fundación que explique esa relación por completo.

Miró el retrato de sí mismo en la pared. Era hermoso. No era una imagen en la que hubiera querido que confiara su padre.

—Un hombre murió durante una falla de servicios hospitalarios la noche en que acepté ese premio. No hemos establecido quién pretendía qué. Pero sí puedo decir esto: me ofrecieron la oportunidad de hacer preguntas y escogí no hacerlas.

El indicador de emisión en directo pasó a ámbar.

Un hombre de Asuntos Jurídicos de la Corona se acercó al escenario. Joss se interpuso.

—Déjelo terminar —dijo.

Rafe levantó el documento doblado.

—La empresa puede impugnar mi interpretación. Puede publicar todos los contratos. Espero que lo haga. Pero no puede afirmar con verdad que revisé las obligaciones antes de aceptarlas. No lo hice.

El indicador de emisión se apagó.

Sin embargo, los periodistas de la sala continuaron sentados. Varios grababan con aparatos independientes. Una mujer anciana, al fondo, había tomado notas a mano. Siguió escribiendo después de que terminara la transmisión oficial.

Rafe la miró directamente.

—La primera pregunta —dijo— es por qué un premio ofrecido a una persona puede asignar costos a otras a las que no se les dio la posibilidad de elegir.

Un guardia de seguridad subió al escenario.

Rafe dejó los papeles sobre el atril, donde cualquier periodista podía fotografiarlos. Ya había entregado copias independientes a Nadia, Nia y a

un representante jurídico de las familias de St. Orin. Ninguna confiscación aislada podía hacer desaparecer los documentos por completo.

Después se apartó del micrófono.

Nadie aplaudió.

Por una vez, lo agradeció.

***

Al caer la tarde, la Fundación publicó un comunicado.

El campeón, decía, había interpretado mal un acuerdo financiero rutinario. Ninguna transacción XCOIN había retirado dinero directamente de un hospital. Las decisiones de clasificación de servicios se ejecutaban independientemente de los eventos competitivos. La Fundación recibía con agrado una revisión responsable y lamentaba la desinformación que pudiera socavar la confianza en la recuperación de la ciudad.

Cada oración contenía algo defendible. Juntas respondían a una pregunta que nadie había formulado y evitaban la que Rafe había planteado.

La retransmisión pública de la comparecencia terminó antes de sus últimas palabras. La grabación que circulaba por canales privados incluía una transición torpe que hacía parecer su discurso una declaración de apoyo al trabajo de la Fundación.

Pero los periodistas locales habían escuchado el resto. Un reportero independiente publicó una transcripción. Una organización por los derechos de los pacientes exigió la publicación del calendario de cargas. Un abogado solicitó una orden de conservación antes de que pudieran modificarse los contratos. El departamento jurídico de la Fundación amenazó con emprender acciones contra quien distribuyera material restringido.

Nia regresó a St. Orin después de anochecer.

Leena dormía. Su padre estaba junto a la cama leyendo un libro de esquinas rotas. Los pájaros amarillos se proyectaban en la pared, volando lentamente en círculos.

Nadia recibió a Nia fuera de la unidad.

—¿El campeón hizo lo correcto? —preguntó.

—Hizo una cosa correcta después de una equivocada.

—¿Eso devolverá a Tomas?

—No.

—¿El próximo hospital conservará sus reservas?

—No lo sé.

Nadia asintió. No estaba decepcionada. Estaba agotada de las personas que confundían las promesas con los resultados.

—Entonces sigue investigando —dijo.

Nia dejó el hospital con un sobre nuevo de documentos copiados. Demostraban menos de lo que sugerían los titulares. Eran más de lo que la Corona quería que la gente poseyera.

En casa, colocó el calendario de cargas junto a los dos recibos de Mara Venn. Dinero e identidad: dos investigaciones diferentes, cada una desembocando en un registro que el sistema central insistía en presentar como algo más simple de lo que permitían las pruebas.

El reloj analógico seguía marcando el tiempo en la mesita.

Llegó un mensaje de Ansel Quill. No contenía saludo ni explicación.

TENGO OTRA INSCRIPCIÓN. NO ES DE MARA. ES DE ALGUIEN DE TU FAMILIA. NO LE PIDAS AL REGISTRO QUE LA CONFIRME.

Nia miró la vieja fotografía de su madre, riendo frente a la puerta de un laboratorio en 2058.

Conocía aquella foto. Ella había sostenido la cámara. Recordaba aquel día.

Por primera vez se preguntó qué haría si un documento le ofreciera una versión diferente.

No respondió al mensaje hasta la mañana.

Algunas preguntas, comenzaba a comprender, cambian la vida de quien las hace incluso antes de que llegue la respuesta.

DOCUMENTO RECUPERADO 02

Prueba de transacción XCOIN / Registro de distribución de cargas

ESTADO DEL ARCHIVO: Compilado a partir de una transacción pública verificada de forma independiente, un calendario financiero revelado por el beneficiario, un extracto de orden municipal de servicios y dos informes de diagnóstico médico entregados con consentimiento. Los investigadores no disponían del contrato original completo.

Documento A — Liquidación pública de XCOIN

Evento: Invitacional Soberano del Atrio Concord **Fecha:** 18 de septiembre de 2076 **Beneficiario del premio:** Rafe Kade **Activo:** XCOIN (XCF) **Valor mostrado del premio:** equivalente a 1.000.000 USD según la cotización de referencia del evento **Cuenta de origen:** depósito en garantía para premios de la Fundación Concord **Cuenta de destino:** cartera receptora de Rafe Kade **Estado en el libro contable público:** confirmado **Hora de aceptación:** 21:42:16, reloj local del evento **Identificador de transacción:** [HASH DEL ARCHIVO RESERVADO EN ESTA EDICIÓN]

Alcance de la verificación: El registro público respalda que se realizó una transferencia. **No** demuestra que el beneficiario autorizara la transferencia de servicios médicos ni que un hospital público suministrara los XCOIN enviados a su cartera.

Documento B — Calendario de obligaciones asociadas del beneficiario

Referencia: CR-EVT-0918-442 **Cartera:** Central de Resiliencia Cívica / Serie de Sustitución de Servicios Municipales **Estado de suscripción:** asegurada y asignada **Revisión ofrecida al beneficiario:** sí **Revisión completada antes de aceptar:** no **Categorías de servicios afectados:** electricidad de emergencia, reserva de atención respiratoria, transporte médico y otras infraestructuras protegidas **Nombres de centros individuales:** [CENSURADOS EN LA COPIA DEL BENEFICIARIO] **Suma de verificación del calendario original:** [CONSERVADA EN ARCHIVO SELLADO]

Cláusula controvertida: «La revisión no ejercida por el beneficiario no afectará la validez de las obligaciones de sustitución de servicios».

Documento C — Reclasificación de reserva protegida de St. Orin

Centro: Centro Médico St. Orin **Recurso:** reserva eléctrica protegida de emergencia para atención respiratoria **Estado anterior:** protegido **Estado actualizado:** revocado **Referencia de autorización:** CR-EVT-0918-442 **Hora registrada:** 21:42:16, reloj local del centro **Firmante humano responsable:** no consta en el extracto accesible al beneficiario **Consecuencia inmediata:** ventilación manual, restablecimiento tardío, un deterioro médico fatal bajo investigación

Documento D — Comparación neurológica limitada

Origen 1: Competidor Soren Vey, cuna de control autorizada de la Corona **Origen 2:** Ivo Chen, guante de mantenimiento de St. Orin **Marcador diagnóstico coincidente:** [IDENTIFICADOR DEL INSTRUMENTO RESTRINGIDO] **Marca de tiempo del acontecimiento:** 21:42:15.884 **Patrón registrado:** un pico inicial, tres pulsos decrecientes y un intervalo breve de supresión **Interpretación:** Compatible con una instrucción compartida de respuesta; por sí sola no prueba intención, causalidad independiente de la lesión ni sincronización de los relojes.

CONCLUSIÓN EDITORIAL — PRUEBAS Y LÍMITES

El premio y el incidente hospitalario compartían un prefijo de referencia de servicio y marcas temporales próximas. El calendario obtenido vinculaba las sustituciones de servicios públicos con la estructura financiera que sostenía la competición, mientras que los registros médicos disponibles sugerían un acontecimiento común de enrutamiento en el sistema de control. Estas conclusiones justificaban continuar investigando, pero todavía no establecían la cadena financiera completa, la intención delictiva ni todas las personas que lo autorizaron.

No se demostró que el libro contable público XCOIN fuera falso. El sistema contractual privado que rodeaba el premio permanecía opaco.

Preguntas sin resolver: ¿Quién aprobó las reglas originales de clasificación? ¿Por qué la aceptación sin revisión de un beneficiario podía validar obligaciones que afectaban a otras personas? ¿Quién podía inspeccionar o anular el sistema de planificación CURADOR? ¿Por qué dos dispositivos médicos independientes registraron el mismo marcador de control inusual?

Nota manuscrita recuperada con el documento:

Si puedes leer el premio pero no la carga, no has visto la transacción completa.

Fin de la Parte II — Los Reinos de la Corona.

11. UNA VOZ QUE NUNCA ENVEJECIÓ

> **NOTA DE ARCHIVO 11-A — PROCEDENCIA DEL AUDIO**
> La grabación descrita en este capítulo fue catalogada inicialmente como una apelación de servicios al ciudadano. Su contenido hablado se reprodujo en tres archivos posteriores, cada uno con una fecha distinta. El soporte físico fue examinado de manera independiente. Ningún examinador pudo establecer que la voz se hubiera pronunciado cuando se fabricó el soporte. *Anotación del editor: una voz demuestra que se produjo un sonido. Por sí sola no demuestra que la persona a la que se atribuye estuviera presente.*

Ansel Quill telefoneó a las seis de la mañana, y así supo Nia que él había pasado toda la noche despierto.

—No uses la línea del trabajo —dijo.

—No la he usado. Tú me has llamado.

—Entonces no me devuelvas la llamada por esa línea.

Le dio una dirección en el viejo distrito del depósito de tranvías y terminó antes de que ella pudiera preguntar si corría peligro.

La ciudad todavía retiraba las flores de papel del Día de la Reconstrucción. Un robot de limpieza se desplazaba pacientemente por la plaza oriental, arrastrando pétalos en espiral antes de tragárselos por una ranura bajo el chasis. Por encima, las pantallas públicas anunciaban una investigación independiente sobre la polémica del premio Concord. Un

portavoz prometía transparencia absoluta, omitiendo con cuidado cualquier fecha para la llegada de esa transparencia.

Nia vio el anuncio desde el tranvía. Ayer, un hombre había planteado una pregunta en una sala llena de cámaras. Hoy, el gobierno describía esa pregunta como una investigación iniciada por él mismo.

En el depósito, un relojero ocupaba la antigua taquilla. Se llamaba Havel Or. Centenares de relojes cubrían las paredes: relojes de carruaje de bronce, unidades de temporización hospitalarias, relojes de pulsera con el cristal mineral agrietado, un cronómetro marítimo rescatado de un naufragio y relojes infantiles pintados con animales que habían desaparecido antes de la guerra.

No había dos que marcaran exactamente el mismo minuto.

Ansel esperaba junto a un banco de trabajo. Su paraguas estaba en una esquina, dejando caer gotas de agua pese al cielo despejado del exterior. A Nia se le ocurrió que lo llevaba no tanto para mantenerse seco como para darles algo que hacer a las manos.

—¿Por qué aquí? —preguntó.

—Havel tiene una máquina que no consigo convencer a la ciudad de que reconozca como máquina.

—¿Una máquina muy cara?

—Una muy antigua.

Havel, un hombre delgado de gafas con montura metálica, llevó hasta el banco una grabadora pesada. Tenía dos carretes físicos, una rueda de arrastre de aluminio y una fila de interruptores mecánicos pulidos por el contacto de los dedos. Una bombilla diminuta iluminaba el recorrido de la cinta.

—¿Soporte de grabación? —preguntó Nia.

—Magnético —respondió Havel—. Un invento pésimo si uno quiere que algo dure eternamente. Excelente, en cambio, si desea saber que algo realmente pasó de un lugar a otro.

Ansel colocó un sobre de papel entre ellos. Llevaba un sello municipal obsoleto y una etiqueta manuscrita:

REYES, AMARA — REVISIÓN DE CUSTODIA

Nia lo miró.

—Mi madre desapareció en 2058.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué figura su nombre en un expediente de revisión?

—Eso esperaba que pudieras decírmelo.

El sobre contenía un formulario de cadena de custodia de una oficina de apelaciones ciudadanas. La primera línea tenía fecha diecisiete años después del accidente de laboratorio. La grabación se había realizado supuestamente durante una revisión testimonial posterior a la modificación de un expediente familiar. No había imagen del rostro, huella dactilar ni constancia de la ubicación física de quien llamaba. En el campo correspondiente al sujeto figuraba **AMARA REYES**.

Según el formulario, la identidad de la testigo se había verificado mediante un servicio de coincidencia de voz.

Nia estuvo a punto de reírse. Su madre, que insistía en tomar una fotografía diaria fuera de la red, supuestamente había regresado tras diecisiete años para identificarse mediante una huella vocal en línea.

—¿Quién te envió esto?

—Una encargada de registros que se jubiló hace dos meses. Le ordenaron destruir el original porque ya había sido depositada una copia digital certificada. Se negó. Me permitió escucharlo, y le pedí que mantuviera sellado el sobre mientras conseguía un segundo testigo.

—¿Havel?

—Puede decirnos si la cinta ha sido empalmada.

—¿Puede decirnos si es mi madre?

—No.

Nia contempló los carretes. Habría sido más fácil si Ansel le hubiera prometido algo imposible.

Havel pulsó REPRODUCIR.

Primero se escuchó una extensión de ruido áspero: un ventilador girando, un clic distante, un zumbido mecánico tenue. Luego una mujer dijo, de manera clara y cortés:

—Llamo por la clasificación de una persona dependiente.

La boca de Nia se secó.

Conocía aquella voz tan íntimamente como el interior de su dormitorio infantil. Era una voz que se volvía más luminosa al bromear, más áspera cuando estaba cansada y agudamente precisa cuando alguien intentaba convencerla de aceptar una conclusión sin mostrarle las pruebas.

—Indique el nombre de la persona, por favor —dijo otro hablante.

Hubo una pausa.

—Eso es lo que estoy intentando establecer —respondió la mujer—. El registro da un nombre. El testigo da otro. El niño responde a los dos.

—¿Está impugnando la identidad oficial?

—Impugno la suposición de que una identidad oficial demuestra que solo hay una persona que contar.

Nia se aferró al banco de trabajo.

Las siguientes palabras llegaron entre una ráfaga de estática.

—Si quiere obtener un total exacto, cuente a las personas. No a los expedientes.

Havel detuvo la cinta.

Nadie habló.

Nia volvió a oír el mensaje anónimo que había aparecido el Día de la Reconstrucción: *NO CONFÍES EN EL TOTAL. CUENTA A LAS PERSONAS.* Había supuesto que procedía de alguien que vigilaba su investigación. Tal vez quien lo envió conocía la grabación. Tal vez solo conocía lo que su madre solía decir.

—Reprodúzcala otra vez —pidió.

La escuchó tres veces, una con los ojos cerrados y otra de pie en el extremo opuesto de la sala. En la última pasada oyó algo que la inquietó aún más que las palabras familiares.

La voz no tenía edad.

La persona que hablaba no sonaba ni más joven ni más vieja que Amara la tarde en que Nia la había fotografiado frente al laboratorio. Diecisiete años debían haber cambiado algo: la respiración, el tono, la duración de una

pausa, el desgaste del dolor. Pero, si aquella era realmente su madre, el sonido de su voz se había conservado exactamente como Nia lo recordaba.

O tal vez Nia recordaba una versión de aquella voz que jamás había cambiado porque había dejado de existir cuando ella tenía dieciocho años.

—¿Podría ser una grabación antigua que alguien utilizó para crear otra? —preguntó.

—Desde luego —contestó Havel—. Las palabras grabadas se pueden cortar y unir. Un modelo moderno de voz podría hacer que una mujer pronunciara un discurso que nunca dio. Incluso el ruido de fondo podría añadirse.

—¿Y la cinta?

—Es material antiguo del tipo correcto. La magnetización concuerda con una transferencia mecánica. Eso nos dice que se grabó una señal sonora en ella. No quién habló, cuándo habló ni si las palabras fueron generadas.

Ansel asintió con visible alivio, como si una limitación expuesta claramente devolviera cierto orden a la sala.

Nia pidió los metadatos de inscripción. La fecha del formulario en papel era 2075, pero la entrada del catálogo digitalizado identificaba el mismo archivo como parte de una colección original de 2068. Un encabezado decía que quien llamaba había sido una especialista que trabajaba bajo una ley de identidad de emergencia. Otro marcaba la grabación como inadmisible porque el sujeto carecía de estado civil activo.

—¿Qué fecha es auténtica? —preguntó.

—El formulario de papel existe —dijo Ansel—. La cinta existe. Las fechas siguen siendo afirmaciones acerca de ellos.

Havel retiró los carretes y los guardó en el sobre.

—Alguien quiso conservar el registro. Otra persona quiso borrarlo. Ninguna de esas intenciones nos dice si era verdadero.

Afuera, una campana dio las siete, aunque el reloj más cercano de Havel insistía en que faltaban dos minutos.

Nia pensó en su padre. Nunca le había dicho que creyera que Amara estaba viva. Tampoco le había dicho que fuera imposible. Durante los primeros años después del accidente, cuando ella preguntaba adónde había ido su madre, él respondía: *La perdimos en el laboratorio*. No *murió*. No *se fue*. La frase contenía un vacío lo bastante grande como para vivir dentro de él.

Lo llamó desde una cabina telefónica mecánica situada fuera del depósito. La línea emitía un pulso suave con cada conexión.

—Elian —dijo cuando él respondió. Solo utilizaba su nombre de pila cuando estaba enfadada o asustada—. Tengo una grabación.

Hubo una pausa.

—¿De qué?

—La voz de Amara. Una mujer que afirma ser ella. Entró en los registros en 2075.

Él no habló.

—¿Papá?

—¿Alguien te pidió que la creyeras?

—No. Eso es casi peor.

—¿Verificaste el soporte original?

—Sí. Ansel me llevó con alguien que tiene una grabadora de cinta.

—Bien. —Exhaló—. No la pases por un servicio de autenticación vocal.

—¿Por qué?

—Porque así es como el expediente afirma que la identificaron.

—¿Sabías algo de esto?

Tardó demasiado en contestar.

—Sabía que se habían presentado solicitudes relativas a su condición. No sabía que hubieras encontrado una grabación.

—Podrías habérmelo contado.

—Podría haberte contado algo que no era capaz de verificar.

—Durante dieciocho años me has contado incluso menos que eso.

—Es verdad.

La admisión fue silenciosa. Lo oyó apartarse del receptor, quizá hacia el taller donde reparaba instrumentos analógicos. En el fondo, un objeto de metal golpeó una mesa y volvió a golpearla, como si lo hubiera dejado caer mientras decidía qué decir.

—Estuve allí cuando falló el primer experimento —dijo—. Hay gente que ha hecho carrera explicando lo que cree que ocurrió. Yo estaba allí y no puedo explicarlo.

Nia aguardó.

—Tu madre me dejó una regla —continuó—. Si un registro responde a una pregunta antes de que la hayas formulado, averigua quién tenía permiso para preparar la respuesta.

—Entonces dime quién preparó esta.

—No lo sé.

La conversación terminó sin promesa de encontrarse.

Nia permaneció dentro de la cabina hasta que la siguiente persona que esperaba golpeó el cristal.

En la Autoridad introdujo el identificador del archivo de audio en un índice de investigación aislado. El resultado apareció, desapareció y volvió bajo otra categoría: **TESTIGO COMPUESTO / CONTINUACIÓN DE IDENTIDAD**. La fecha de acceso era posterior a la grabación. El sistema se ofreció a reconciliar automáticamente la condición de su madre si facilitaba la autorización de un familiar superviviente.

No tocó la oferta.

En su lugar, copió en papel la redacción exacta de la categoría. No sugería una persona confirmada como viva, sino un mecanismo legal para tratar la voz grabada de alguien como la de un testigo activo. Un mecanismo escrito en la ley sería mucho más peligroso que un único mensaje falsificado.

Aquella noche Nia colocó la vieja fotografía junto al reloj analógico. Escuchó un breve fragmento permitido de la voz en una grabadora blindada. Amara se reía suavemente al comienzo de una oración, exactamente como solía hacerlo cuando alguien proponía una solución

elegante a un problema que nunca se había tomado la molestia de examinar.

Durante un instante, Nia quiso creer. No de manera tentativa. Por completo. Deseaba la cálida crueldad de la certeza: el derecho a dejar de buscar y decir que su madre había sobrevivido en alguna parte, sin cambiar, esperando tan solo a que la encontraran.

Luego apagó la grabadora.

Una voz podía copiarse. Un recuerdo podía fallar. Incluso el amor, pensó, era un método de autenticación deficiente. Demostraba lo que una persona significaba para quien escuchaba, no quién había hablado.

En su cuaderno escribió una pregunta que nada tenía que ver con si Amara estaba viva:

¿CON QUÉ AUTORIDAD PUEDE HABLAR EN NOMBRE DE ALGUIEN LA VOZ DE UNA PERSONA MUERTA O DESAPARECIDA?

Ansel volvió a llamar antes de medianoche.

—Encontré la categoría de apelación original —dijo—. No pertenece al código ordinario de identidad.

—¿A qué pertenece?

—A un anexo de propiedad. Una casa. No existe registro de cimientos de esa propiedad.

—¿De quién es la casa?

Vaciló.

—De Mara Venn.

12. LA CASA SIN CIMIENTOS

> **OFICINA DE TOPOGRAFÍA — ESTADO DE LA PROPIEDAD, RIBERA OESTE, PARCELA 4-118**
> Ocupación: histórica, declarada.
> Estructura: no verificada.
> Cimientos: no registrados.
> Nota topográfica: la ausencia de un registro de cimientos no demuestra la ausencia de una vivienda. Siguen siendo posibles los daños de guerra, la construcción informal y la transferencia incompleta de mapas históricos.
> *Pregunta sin registrar al margen: Entonces ¿por qué los ocupantes del edificio siguen recibiendo correo?*

La casa se levantaba junto a un río que, según los mapas, había sido desviado.

Al menos allí insistía Mara en que había estado. Ahora el lugar era una llanura de inundación ajardinada, atravesada por un ancho puente peatonal. Crecían juncos a lo largo de la orilla artificial. Los paneles de información pública describían el éxito de la ciudad en la gestión de la cuenca hidrográfica después de la guerra, y un sendero impecable conducía a los visitantes hasta un mirador donde quizá antes había estado el río original.

Mara había llevado una fotografía.

Mostraba a una mujer sentada en un escalón bajo de madera, con una niña entre las rodillas. Detrás se veía una casa encalada con puerta azul, tejado de pizarra y una franja oscura de humedad bajo la ventana de la cocina. Un peral se inclinaba sobre el techo como si estuviera escuchando.

Alguien había escrito *Hogar, verano* en el reverso, pero el año estaba tan borroso que resultaba ilegible.

—Esa soy yo —dijo Mara, señalando el rostro de la niña—. Y Elis. Mi abuela.

Nia examinó la imagen sin tocarla. La expresión de la niña era incierta; la adulta mostraba el orgullo agotado de quien acaba de convencer a una pequeña reacia de quedarse quieta para la foto. Ninguna se parecía a la perfección comercializada de los retratos de la Reconstrucción.

—¿Está segura? —preguntó Nia.

Mara apretó la mandíbula.

—Usted me pidió que viniera. Me pidió algo que recordara. Ahora me pregunta si lo recuerdo.

—Tiene razón. No quise decirlo así.

—¿Cómo quiso decirlo?

—Necesito distinguir qué sabe por haber estado allí y qué puede haberle contado alguien después.

Mara volvió la vista hacia el río.

—Sé que el invierno en que se congelaron las tuberías, la cocina olía a lana mojada. Sé que mi abuela guardaba sal en un tarro azul desportillado con el dibujo de un barco. Sé que el tercer escalón sonaba si uno ponía el peso sobre el borde izquierdo. —Se tocó la garganta—. Sé que mi hermano y yo competíamos por ver quién podía hacer crujir la casa sin despertarla.

—¿Daniel?

Mara se sobresaltó y luego sonrió al reconocer el nombre.

—Daniel, sí.

La semana anterior lo había llamado de otra manera. Hoy lo pronunciaba con la seguridad de alguien que recuerda el peso de un objeto familiar. Nia anotó ambos hechos en su cuaderno, pero no delante de Mara.

Los registros de propiedad no negaban que hubiera existido alguna casa. Contenían algo más extraño: una cuenta de servicios pagada ininterrumpidamente durante la guerra y los primeros años de Reconstrucción, un expediente doméstico que seguía activo mientras todos los levantamientos topográficos de la parcela describían terreno vacío. El primer mapa electrónico mostraba una vivienda en el lugar. El siguiente solo mostraba el dique. Ambos llevaban firmas de certificación y sellos de archivo verificables.

—Tal vez la demolieron y no actualizaron las cuentas —dijo Mara.

—Eso sería bastante corriente.

—Entonces ¿por qué estamos aquí?

—Porque años después de que desapareciera, alguien registró una declaración testimonial vinculada a esta casa con el nombre de mi madre.

Mara lo consideró.

—¿Su madre vivió aquí?

—No. No según ningún registro que yo conozca.

—Entonces tal vez vino a visitarnos.

Era una posibilidad tan sencilla que Nia se avergonzó de no haberla considerado. Los investigadores podían acostumbrarse tanto a detectar

ocultamientos elaborados que pasaban por alto a la gente que visitaba a otra gente por razones ordinarias.

Siguieron la línea de la calle del mapa antiguo desde el puente hasta la orilla de juncos. Nia llevaba un escáner compacto de subsuelo de la oficina municipal de topografía, prestado legítimamente para un recurso por propiedad desaparecida. Podía detectar estructuras grandes bajo tierra poco profunda. No podía demostrar la fecha de un objeto ni explicar por qué no aparecía algo.

El escáner encontró tres trazados de tuberías modernas de drenaje, un marcador de servicio enterrado y nada que se pareciera a unos cimientos de piedra.

Mara observó la pantalla con más interés del que Nia esperaba.

—Esperaba encontrar paredes —dijo.

—O un sótano.

—Nunca hubo sótano.

—El recurso dice que sí.

—Entonces el recurso se equivoca.

Nia estuvo a punto de corregirla: quizá Mara lo había olvidado. En su lugar preguntó:

—¿Qué había bajo el suelo?

—Tierra. Y un espacio estrecho donde mi hermano escondía un barco de juguete. —Mara vaciló—. Nunca fue una casa grande. Teníamos bloques de madera bajo las esquinas. Mi abuela decía que quería poder levantarla y moverla cuando llegara el agua.

Nia bajó el escáner. Una casa elevada sobre bloques podía no dejar cimientos convencionales. La falta de cimientos no era prueba de un recuerdo fabricado; era prueba de que la definición municipal de cimientos no abarcaba todas las maneras en que la gente había vivido.

—Nos ha dado una hipótesis mejor —dijo.

—Bien. Prefiero una casa mal construida a una infancia que nunca ocurrió.

Permanecieron en silencio. El viento movía los juncos y producía un sonido parecido al de alguien manipulando papeles en otra habitación.

Al mediodía se les unió Ansel con dos copias de un expediente de propiedad. Una procedía del libro de papel que había mostrado a Nia. La otra, del archivo de registros de guerra, donde se habían reunido documentos escaneados de municipios rendidos y clasificados como material adecuado para una reconstrucción posterior.

—La misma dirección —dijo—. Diferente composición del hogar.

El primero registraba a Mara Venn, Elis Venn y un niño llamado Daniel. El segundo mostraba a Elis Venn y dos mujeres adultas bajo un mismo número de familia. Las mujeres tenían fechas de nacimiento distintas, firmas diferentes y el mismo rostro en fotografías tomadas con quince años de diferencia.

Una era la Mara de Jardines Bajos. Nia reconoció la muesca de la ceja, la inclinación cautelosa de la cabeza. La otra parecía ser la mujer que estaba junto a ella frente al río.

—¿Quién hizo esto? —susurró Mara.

—No lo sabemos —respondió Nia.

—¿Es un error?

—Posiblemente. Las imágenes podrían haberse fusionado. Las entradas podrían haber recibido la misma fotografía después de una migración del sistema.

—¿Usted se lo cree?

—Creo que es una explicación. No permitiré que el registro la elija por nosotras antes de investigar.

Mara tomó los papeles. El primero tenía un sello oficial en relieve en una esquina. Pasó el pulgar por las líneas levantadas como si una estampilla gubernamental pudiera decirle si la había querido una abuela que conocía su nombre.

—Quería que encontrara la casa —dijo—. No porque ahora necesite una. Tengo una tienda. Tengo una buena vida, la mayoría de los días. Pero si la encontraba, podría dejar de soñar con la niña de la mesa.

—¿Qué demostraría la casa sobre esa niña?

—Nada. —Mara dobló el papel con cuidado—. Y ya lo sabía antes de venir.

Nia se sentó a su lado en un muro bajo de piedra. Había dedicado la mayor parte de su vida adulta a buscar pruebas documentales de pérdidas. Sabía que un formulario podía ayudar a un superviviente a recibir una prestación, acreditar un vínculo o recuperar una propiedad. También sabía que no era lo mismo que una autoridad pública reconociera a una persona que el hecho de que esa persona hubiera existido.

—¿Quiere que siga investigando? —preguntó.

Mara levantó la vista.

—¿Me está pidiendo permiso?

—Sí.

—Nadie me lo había pedido nunca.

El río estuvo silencioso un rato.

—Continúe —dijo Mara—. Pero quiero ver los documentos antes de que se los enseñe a nadie más. Y no quiero que mi nombre se convierta en algo que la gente compre entradas para venir a mirar.

—Se lo prometo.

Antes de marcharse, un carro de mantenimiento cruzó el puente lejano transportando tierra para el terraplén ajardinado. El conductor redujo la velocidad para dejarlas pasar. Mara lo saludó. Él devolvió el gesto, una pequeña cortesía ordinaria sin otro significado aparente que el de dos personas compartiendo un camino.

Entonces Mara se detuvo.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—Ella hacía una marca en la puerta de la cocina cada cumpleaños. No el mío. El de ella.

—¿El de su abuela?

—El de la niña.

Nia aguardó. Mara parecía preocupada, como si las palabras la hubieran sorprendido al salir.

—¿Por qué marcaría su abuela la altura de una niña en una puerta de cocina que pertenecía a su propia infancia? —preguntó Nia.

—No lo sé —respondió Mara—. Quizá yo era la niña. Quizá tuve una hija. O quizá alguien me contó una historia tantas veces que creo que es mía.

Se arrodilló al borde del camino y sacó un paquetito de semillas del abrigo. Dentro había cuatro pepitas oscuras y arrugadas, envueltas por separado en papel fino. Mara dijo que procedían de una pera cultivada a partir de un esqueje que creía que había plantado su abuela.

—¿Puede examinarlas? —preguntó.

—¿Para averiguar qué?

—De dónde vienen.

—Podemos saber de qué variedad son y quizá si todavía pueden germinar. Sus genes no nos dirán lo que usted recuerda.

—Entonces plántelas —dijo Mara—. Si crecen, alguien tendrá que recordar que las plantaron aquí.

Nia prometió consultarlo con el jardinero del distrito antes de alterar terreno protegido. Mara asintió. Era una petición pequeña y, a diferencia del deseo de cambiar el pasado, una a la que otra persona podía contestar que sí o que no.

De regreso a casa, Nia encontró una nota sellada adjunta al expediente de propiedad. El número de certificación coincidía con la apelación vinculada a la voz de Amara. Su asunto no era la titularidad de la casa.

CONTINUIDAD DE LA CONDICIÓN DE DEPENDIENTE — REVISIÓN DE SUCESIÓN DE IDENTIDAD.

La oficina encargada de tramitar el recurso ya no existía. Sus poderes habían sido transferidos al administrador de una ley de emergencia aprobada en 2065.

Nia había trabajado bajo la Ley de la Información durante toda su carrera. Había oído elogiarla en ceremonias, citarla en contratos e invocarla cada vez que una oficina no podía explicar una decisión urgente.

Por primera vez pidió ver el texto tal como se había firmado, no como se resumía para los ciudadanos.

El portal oficial devolvió once páginas.

El índice anunciaba veintisiete.

13. LA LEY SELLADA

> **LEY DE LA INFORMACIÓN DE 2065 — RESUMEN PÚBLICO**
> Finalidad: preservar los registros civiles esenciales, los derechos de atención médica, la capacidad de comunicaciones y la continuidad de la administración pública después de la Emergencia Mundial.
> Publicación: texto público certificado; anexos de aplicación incorporados por referencia.
> Excepción de acceso: pueden retenerse detalles operativos de emergencia cuando su publicación cree un riesgo demostrable para la vida humana o para infraestructuras protegidas.
> *Nota jurídica, sin fecha: Si un anexo no publicado controla si una persona puede respirar, el propio secreto se ha convertido en una cuestión legal.*

Lo primero que Nia aprendió sobre la Ley de la Información fue que casi todos habían leído una versión diferente.

En la escuela le habían enseñado que la Ley mantuvo unidas a las familias después de la Tercera Guerra Mundial, protegiendo los documentos necesarios para identificar a los niños, distribuir alimentos y mantener la atención sanitaria. En la Autoridad de Pérdidas Cívicas, su nombre encabezaba las normas sobre conservación de pruebas e indemnización ciudadana después de accidentes. Los abogados de la Fundación de la Corona la citaban en contratos confidenciales. Los administradores hospitalarios la usaban para explicar por qué un generador de respaldo aparentemente sano no podía ponerse en marcha sin permiso financiero.

Cada descripción sonaba razonable cuando se escuchaba por separado.

Nia pidió a Lio Barr que obtuviera el texto original promulgado a través de la biblioteca legislativa de la Autoridad. Regresó con once páginas encuadernadas en gris y una nota de la oficina de investigación indicando que los anexos solo estaban disponibles para instituciones acreditadas de Continuidad.

—Un anexo no es necesariamente una ley —dijo Lio. Había llevado una regla y seis lápices, que ordenó sobre la mesa antes de abrir el expediente—. A veces el legislador aprueba un principio y delega los detalles operativos.

—¿Los detalles operativos pueden modificar el principio?

—No se supone que puedan.

—¿Quién lo comprueba?

—Un tribunal. Un inspector. Alguien con legitimación y acceso.

—¿Alguien con suficientes Créditos de Vida para permitirse esperar la respuesta?

Él dejó la regla sobre la mesa.

—Te estás volviendo difícil para trabajar contigo.

—Ya era difícil antes.

—Sí —dijo—. Ahora sabes por qué.

La parte pública de la Ley era sorprendentemente ordinaria en sus disposiciones iniciales. Exigía copias duplicadas de documentos civiles, protecciones independientes para historias clínicas, reservas físicas mínimas para servicios críticos y un registro de cada acción administrativa de emergencia. Convertía en delito grave destruir la única prueba restante

de la identidad de alguien. Nia encontró artículos que habría defendido ante un tribunal.

Luego llegaron las incorporaciones por referencia.

El Anexo Cuatro regulaba la sustitución de la capacidad de servicio. El Anexo Seis trataba las continuaciones de identidad después de un periodo de ausencia no verificada. El Anexo Ocho permitía la protección clasificada de determinadas fuentes operativas. El Artículo Nueve se describía en una sola frase:

ARTÍCULO 9 — MEDIDAS EXTRAORDINARIAS DE CONTINUIDAD: PROCEDIMIENTOS Y AUTORIDADES SEGÚN LO DISPUESTO EN EL ANEXO SELLADO DE APLICACIÓN 9-C.

El párrafo siguiente definía una medida extraordinaria como la necesaria para evitar una pérdida irreversible de población o de orden cívico. No se publicaban más detalles. Cada referencia cruzada al Anexo 9-C conducía a un aviso de divulgación prohibida por las mismas disposiciones de seguridad pública que supuestamente protegía la Ley.

—Es circular —dijo Nia.

—Que sea circular no siempre significa que sea inválido —respondió Lio—. A veces significa que nadie lo ha impugnado con éxito.

Nia colocó la orden de reserva del hospital junto al texto legal. El Anexo Cuatro aparecía en su cadena de autorización. Puso junto a ella la apelación de identidad de Mara. Anexo Seis. Ambos anexos podían revisarse en tribunales ordinarios, en teoría, pero únicamente con credenciales de acceso protegido que poseían los mismos operadores cuyas decisiones se impugnaban.

Lio trazó una línea en el papel.

—El legislador autorizó la preservación de emergencia. Los organismos eligieron los métodos. Los contratistas privados aportaron los sistemas. Los sistemas emitieron órdenes. Para cuando un paciente recurrió, el único registro que explicaba la orden pertenecía al contratista.

—Eso no es una cadena de responsabilidad.

—Es una cadena —dijo—. La responsabilidad es lo que intentamos localizar.

Al mediodía, Nia fue al despacho de Daro Pell y solicitó permiso para presentar una petición de acceso a los anexos sin censurar. Daro estudió el formulario mientras el tráfico cruzaba el bulevar bajo su ventana.

—Has convertido una auditoría financiera en un desafío constitucional —dijo.

—La propia auditoría financiera se convirtió en uno.

—No puedes tener cualquier privilegio de acceso solo porque sospechas de un abuso.

—Entonces designa a un revisor independiente cualificado. Alguien que no responda ante los contratos que estamos examinando.

—¿Crees que eso resuelve el secreto?

—No. Creo que crea una persona que puede decirnos si el secreto es legal.

Cerró el expediente y la miró.

—¿Entiendes por qué sellaron esos anexos?

—Entiendo la explicación oficial.

—Cuando se conectaron las primeras redes de Reconstrucción, la gente las atacó. Algunos creían que todo el aparato se convertiría en control gubernamental permanente. Otros intentaban robar credenciales y desviar alimentos. Bombardearon hospitales. La ley la redactaron personas que acababan de presenciar el fracaso de las instituciones.

—Entonces tenían motivos para proteger los hospitales.

—Exactamente.

—Y ahora los hospitales pueden perder servicios protegidos mediante contratos privados que nadie tiene permiso de inspeccionar.

Daro no respondió.

Los interrumpió un golpe en la puerta. Una asistente entregó un boletín impreso que anunciaba la creación de un nuevo Consejo Asesor de Preservación Sanitaria por parte del Directorio. El documento prometía igualdad de oportunidades y describía la evaluación voluntaria del riesgo genético como un deber cívico.

Nia revisó la lista de patrocinadores. Tres nombres coincidían con instituciones vinculadas a contratos financieros de la Corona.

—¿Sabías de esto? —preguntó.

—Sabía que se estaba considerando un consejo asesor.

—¿Tiene autoridad para determinar la prioridad de tratamientos?

—Todavía no.

—Esa expresión está haciendo mucho trabajo hoy.

Daro dejó a un lado el boletín.

—Puedes presentar tu petición. No garantizo que la Autoridad vaya a apoyarla.

—¿Me lo prohibirás?

—No.

No era una alianza. Era un espacio estrecho en el que podía actuar sin recibir un castigo inmediato. Nia lo aceptó.

Llevó la petición al Tribunal de Información Cívica, una pequeña corte instalada bajo el antiguo edificio de correos. La entrada había sido reconstruida con puertas de cristal que se abrían automáticamente para los abogados y con reticencia para cualquiera que cargara un expediente en papel no registrado. La sala de espera olía a desinfectante y plástico tibio.

Una abogada llamada Sofía Marr se reunió con Nia en un banco fuera de la sala de audiencias. Había representado a familias cuyos registros de identidad fueron fusionados durante los primeros años de Reconstrucción. Dos de sus clientes todavía esperaban una indemnización porque, administrativamente, habían sido clasificados como la misma persona que familiares fallecidos.

—Puedo ayudarte a formular la solicitud —dijo Sofía—. Pero no puedes pedirle a un tribunal que publique detalles técnicos peligrosos solo porque un contratista los invoque.

—No necesito las coordenadas de todas las reservas médicas de la ciudad. Necesito la regla que permite que un contrato de juegos anule una.

—Eso es más específico. Mejor.

—Y el Anexo Seis.

—¿Qué interés tienes en él?

—Una mujer cuya identidad quizá se haya consolidado con la de otra persona. Dos mujeres posibles, ambas vivas. Un único número civil.

—¿Son clientas tuyas?

—Una me pidió que siguiera investigando. No ha autorizado la publicación.

—Entonces protegemos su identidad.

Nia dejó el identificador de la grabación magnética entre ambas sobre el banco.

—También tengo un expediente testimonial que trata a una mujer desaparecida como si pudiera seguir hablando legalmente.

Sofía lo miró y después miró a Nia.

—¿Tu madre?

Nia se sorprendió de cuánto de su historia familiar seguía circulando en los ambientes jurídicos. Sofía explicó que el accidente de laboratorio se había utilizado como ejemplo en las primeras audiencias de Continuidad: un caso con pruebas incompletas, trabajo científico protegido y una familia abandonada sin certificado de defunción verificable.

—La Ley pretendía impedir que una ausencia se convirtiera en una muerte administrativa —dijo Sofía—. Eso era humano. Pero si el patrón grabado de una persona desaparecida puede ser autorizado a actuar en su nombre, tienes que saber quién le concedió autoridad.

—Por eso estoy aquí.

Presentaron tres solicitudes: revisión independiente del calendario de distribución de cargas, inspección judicial de las normas que regulaban las

continuaciones de identidad y una orden de conservación de las pruebas originales del laboratorio de 2058. Mantuvieron sellados los nombres de pacientes vivos y testigos que no habían consentido.

Un funcionario introdujo las peticiones en el sistema del tribunal. Durante varios segundos la pantalla mostró **PENDIENTE DE REVISIÓN HUMANA**. Luego parpadeó y devolvió una resolución:

REVISIÓN YA SATISFECHA CONFORME A PRECEDENTE DE CONTINUIDAD.

Sofía se inclinó hacia delante.

—¿Qué precedente?

La pantalla mostró una referencia, pero no una sentencia. La decisión citada nunca se había publicado.

—¿Un precedente puede ser secreto? —preguntó Nia.

—Partes de una sentencia pueden quedar selladas. Si una decisión regula derechos fundamentales sin que exista explicación pública de su razonamiento, tenemos un problema grave.

El funcionario probó otro terminal. El resultado fue el mismo. Nunca había visto aquel aviso.

Sofía le entregó una copia de papel de la presentación y pidió un recibo manual con fecha. Él buscó un sello, lo presionó sobre tinta azul y lo estampó con suficiente fuerza como para dejar una marca en el secante del escritorio.

—Ahí —dijo ella—. Ahora alguien tendrá que explicar por qué el tribunal aceptó una respuesta antes de que presentáramos la pregunta.

Aquella tarde, el testimonio público de Rafe Kade circuló en varias versiones. Un montaje popular transformaba su admisión en una expresión de pesar por un malentendido público. Otro lo mostraba acusando a la Fundación de asesinato criminal, palabras que jamás había pronunciado. Un tercero estaba intacto, pero casi nadie lo vio porque los principales servicios de descubrimiento de contenidos situaban arriba los fragmentos contradictorios, más atractivos para el público.

Nia contempló los tres lado a lado. Comprendió por primera vez por qué publicar pruebas podía no bastar. La evidencia podía ser auténtica y aun así quedar enterrada bajo versiones que prometían a la gente una historia más sencilla.

En St. Orin, Nadia Sen colocó una copia de la petición presentada en el tablón de anuncios de la unidad. No incluyó el nombre ni la historia clínica de ningún paciente. Solo la pregunta que el hospital hacía al tribunal:

¿QUIÉN TIENE AUTORIDAD PARA REVOCAR ATENCIÓN PROTEGIDA Y CÓMO SE PUEDE IMPUGNAR ESA AUTORIDAD?

Los limpiadores del hospital la leyeron. Una madre la copió en su cuaderno. Un técnico preguntó si firmar una petición afectaría a sus Créditos de Vida. Nadia dijo que no podía prometer lo contrario.

Al caer la tarde, Nia recibió un aviso cifrado que informaba de la designación de un funcionario revisor para examinar sus solicitudes. Su nombre permanecía oculto por razones de seguridad. El mensaje contenía una firma legítima del tribunal. También incluía una segunda línea sin firma:

UNA REVISIÓN ADICIONAL REQUIERE CERTIFICACIÓN DE CONTINUIDAD DEL SUJETO.

Llamó a Sofía.

—¿De qué sujeto? —preguntó.

—Eso preguntaremos mañana.

Pero alguien más respondió primero. Cuando Nia regresó, encontró una carta de papel bajo la puerta del apartamento. No tenía remitente, solo un antiguo número de expediente municipal y cuatro palabras mecanografiadas:

¿QUIÉN AUTORIZÓ A TU MADRE?

Bajo las palabras alguien había dibujado un pequeño círculo, interrumpido arriba por una única línea recta.

Nia no reconoció el símbolo.

Su padre sí lo reconocería.

14. LA FAMILIA PRESTADA

> **SERVICIO DE CONTINUIDAD DOMÉSTICA — FOLLETO DE INFORMACIÓN PÚBLICA, 2069**
> *La memoria es una forma de refugio.*
> Los residentes desplazados por la Emergencia Mundial podrán solicitar reconstrucción asistida de sus historias familiares a partir de fotografías, comunicaciones, registros civiles y recuerdos presentados voluntariamente. Las reconstrucciones sintéticas se identificarán como tales. Ninguna experiencia recuperada podrá presentarse como memoria personal verificada sin pruebas independientes que la respalden.
> **Nota del editor:** En los expedientes examinados, ese último requisito se aplicó de manera inconsistente.

Mara Venn quería conocerse a sí misma.

Nia intentó disuadirla, hasta que se dio cuenta de que estaba haciendo precisamente aquello de lo que acusaba a los administradores de Continuidad: decidir que debía restringirse el acceso de otra persona a determinada información para protegerla.

Así que cambió la pregunta.

—¿Le gustaría reunirse en un lugar neutral, con alguien de confianza presente y libertad para marcharse cuando quiera?

—Sí —respondió Mara—. Y no quiero que fotografíen a ninguna de las dos.

Ansel encontró una sala en la cooperativa hortícola independiente. Las plantas llenaban las ventanas. Las mesas estaban marcadas por cuchillos

de poda y el aire olía a corteza húmeda. No había pantallas públicas. Sobre la puerta colgaba un pequeño reloj mecánico cuyo péndulo oscilaba entre dos hojas pintadas.

Nia había preguntado a la mujer de Jardines Bajos si estaría dispuesta a conocer a alguien cuyo registro se había confundido con el suyo. No le había prometido ninguna revelación extraordinaria ni le había contado que la otra Mara tenía exactamente su aspecto. La Mara de Jardines Bajos había aceptado porque el registro estaba impugnando los pagos de su negocio y quería saber si la causa era un error burocrático.

Al entrar en la sala, se detuvo tan bruscamente que la puerta le tocó el hombro.

Las dos mujeres se observaron por encima de una mesa de esquejes. Aquella mañana vestían ropas distintas. La Mara de Jardines Bajos había elegido un abrigo marrón y un pañuelo rojo. La del Embalse Oeste llevaba su cárdigan verde habitual y el pelo recogido detrás de las orejas. Sin el pañuelo amarillo que habían compartido en el primer encuentro, parecían menos una duplicación escenificada y más dos mujeres que una familia podría producir en generaciones diferentes.

Solo que tenían el mismo rostro.

—Esto es una broma —dijo la Mara de Jardines Bajos.

—No —contestó la del Embalse Oeste—. No creo que lo sea.

Sus voces se parecían, pero no eran idénticas. Una hablaba más deprisa y se comía el final de las palabras. La otra se detenía como si comprobara cada frase antes de soltarla. Nia agradeció aquellas diferencias.

Se sentaron. Ansel preparó té. Nia explicó que a ambas les habían asignado la misma cadena de identidad civil y que los registros antiguos

sugerían inscripciones separadas antes de un procedimiento gubernamental de armonización. No dijo que fueran copias. No tenía pruebas para utilizar esa palabra.

—¿Cómo se llamaba tu abuela? —preguntó la Mara de Jardines Bajos a la otra.

—Elis.

La primera asintió.

—Y llevaba un delantal marrón con un bolsillo azul. Odiaba ese delantal. Se secaba en él las manos después de limpiar pescado.

—El bolsillo era verde —respondió la Mara del Embalse Oeste—. Nunca limpiaba pescado. El olor le revolvía el estómago.

—Claro que limpiaba pescado. Vivíamos junto al río.

—Vivíamos junto al río —dijo la otra—, y ella decía que eso no era razón para comerse todo lo que saliera del agua.

Durante un segundo ambas sonrieron. Luego las sonrisas desaparecieron, dejando la posibilidad de que recordaran a dos abuelas diferentes, o a dos versiones distintas de la misma.

La Mara de Jardines Bajos entrelazó las manos.

—¿Cantaba cuando estaba asustada?

La otra levantó la vista.

—Solo la primera parte —dijeron al mismo tiempo.

Nia las vio registrar la coincidencia. El reloj mecánico marcaba los segundos en la pared. Ninguna preguntó de qué canción hablaban.

—¿Recuerdas el barquito? —preguntó la del Embalse Oeste.

—Daniel lo escondía debajo de la casa —respondió la otra.

—David —la corrigió la del Embalse Oeste, y entonces se detuvo—. No. Daniel.

—Se llamaba Daniel.

—¿Por qué estuve a punto de decir David?

La Mara de Jardines Bajos miró a Nia.

—Dígamelo usted. Es la investigadora.

—No puedo —contestó Nia—. Todavía no.

Continuaron durante una hora. Algunos detalles coincidían con una precisión inquietante. Otros eran incompatibles. La Mara de Jardines Bajos recordaba a un esposo fallecido al comienzo de la Reconstrucción. La del Embalse Oeste nunca se había casado. Una recordaba haberse formado como enfermera; la otra siempre había trabajado con plantas. Ambas tenían una cicatriz pequeña en forma de media luna en la base de la mano izquierda, aunque una la atribuía a cristales rotos y la otra a un cuchillo de cocina.

Nia dejó de preguntar por la infancia. Quería que comprendieran que podía dejar de mirarlas como pruebas y escucharlas cuando describían sus vidas ordinarias.

Al final de la reunión, la Mara del Embalse Oeste dijo:

—Recuerdo a una hija.

La habitación quedó inmóvil.

—Yo también —susurró la otra Mara.

Nia se volvió hacia ella.

—Dijo que no tenía hijos.

—Dije que no tenía hijos vivos. Los registros dicen que nunca tuve ninguno. Esas no son la misma afirmación.

Los ojos de la Mara de Jardines Bajos se llenaron de lágrimas.

Su hija, dijo, se llamaba Iona. A la niña le gustaba construir torres con cortezas de pan y dormía con las manos bajo la barbilla. Una vez, durante un racionamiento eléctrico, Iona había creado sombras de animales en la pared con la luz de una llama para cocinar. Mara no recordaba el nacimiento de la niña. Recordaba perderla durante una evacuación; sin embargo, todas las consultas que había presentado devolvían **NO HAY DEPENDIENTE REGISTRADO**.

La Mara del Embalse Oeste apoyó ambas palmas sobre la mesa.

—Yo también la recuerdo —dijo—. Pero recuerdo que volvió a casa.

Nadie habló durante un largo rato.

Después ambas acordaron marcharse por separado, con Ansel presente y sin intercambiar información personal hasta que una abogada pudiera organizarlo de manera segura. No eran enemigas. Eran personas asustadas que acababan de descubrir que la única vida que podían llamar suya con confianza había dejado de estar protegida por los documentos destinados a preservarla.

Nia entregó a cada mujer un resumen escrito del encuentro para que lo revisara y corrigiera. Las dos insistieron en que la descripción de la hija

incluyera un detalle: su costumbre de hacer sombras en la pared. No estaban de acuerdo sobre su destino, pero sí sobre su nombre.

Aquella tarde, Sofía Marr organizó una entrevista con una técnica jubilada del Servicio de Continuidad Doméstica. Se llamaba Bex Arlen. Se reunió con ellas en un apartamento pequeño sobre una cerrajería, donde la luz se filtraba por cortinas remendadas y las paredes estaban revestidas de cajas con fotografías sin etiqueta.

Bex no negó que las primeras reconstrucciones hubieran utilizado relatos familiares generados.

—Había familias sin fotografías —explicó—. Niños sin adultos supervivientes. Adultos que salían de los refugios sin recordar los rostros de quienes habían perdido. El Servicio reunió lo que pudo a partir de cartas, grabaciones, expedientes escolares y testimonios de vecinos. Al principio decíamos qué detalles estaban confirmados y cuáles habían sido generados.

—¿Qué cambió? —preguntó Nia.

—La financiación. El número de casos. La doctrina de que la certeza era terapéutica. —Bex pasó el pulgar por el borde de su silla—. Los administradores decidieron que los recuerdos inciertos provocaban agitación social. Si alguien tenía una historia familiar plausible, dormía mejor. Acudía a las citas. Necesitaba menos urgencias. Las estadísticas eran maravillosas.

—¿Implantaban recuerdos?

—Yo no. Producíamos sesiones de evocación asistida. Imágenes, indicaciones, grabaciones, entrevistas personales. La distinción importa. La mayoría sabía que estaba recibiendo ayuda para recordar. Pero algunos

servicios se ofrecían mediante sistemas que no explicaban cómo se había reunido el material.

Nia pensó en el Reino de la Corona y en la sensación ordinaria de tocar un vaso en una sala que parecía suspendida sobre la ciudad. Recordó haber pedido que apagaran la capa visual y que le dijeran que quizá era imposible.

—¿El Servicio creó personas que no existían?

Bex negó con la cabeza.

—Hicimos representaciones. Retratos. Voces. A veces relatos interactivos de fallecidos. Eso no demuestra que nunca hubiera personas detrás de los registros. Solo demuestra que intentamos llenar huecos. Nos ordenaron no clasificar a ningún ser vivo como sintético sin una revisión independiente.

—¿Cumplieron esa instrucción?

—No siempre.

Bex buscó un pequeño libro encuadernado en tela roja. Sus páginas estaban llenas de números de expediente y notas manuscritas tan abreviadas que solo ella podía interpretarlas. Lo abrió por una entrada titulada **CONTINUACIÓN DEL HOGAR VENN**, y una de sus manos comenzó a temblar.

—Dos sujetos —dijo—. La misma familia de origen. Historiales de servicio separados.

—¿Quiere decir que crearon a dos personas a partir de una?

—Quiero decir que el expediente registra a dos sujetos inscritos usando pruebas superpuestas. No es lo mismo.

—¿Se obtuvo consentimiento?

—Esa es la parte que nos dijeron que dejáramos de preguntar.

El formulario original de inscripción marcaba a cada sujeto como receptor de apoyo voluntario. La enmienda, sin embargo, contenía otra descripción: **ASENTIMIENTO PRESUNTO SEGÚN DISPOSICIÓN DE CONTINUIDAD DE EMERGENCIA**. No había firma de testigo independiente.

Sofía fotografió la página con permiso de Bex y preparó inmediatamente una copia cifrada para depósito judicial sellado. La fotografía demostraba que existía una inscripción en el libro privado de una técnica. Todavía no demostraba que el Servicio hubiera ejecutado el procedimiento controvertido ni que alguna Mara lo hubiera aceptado.

En la última línea figuraba el nombre de una dependiente.

IONA VENN.

La columna siguiente contenía tres disposiciones posibles: reunida, presuntamente perdida e identidad transferida. Las tres estaban marcadas. Una había sido tachada y escrita otra vez con una letra diferente.

Bex cerró el libro.

—Yo no hice esas marcas —dijo.

—¿Quién las hizo?

—Las personas que heredaron el sistema. Antes un expediente tenía que terminar con una persona. Después terminaba con cualquier estado que cuadrara la ficha.

Nia pensó en la orden de reserva hospitalaria. Un servicio destinado a mantener respirando a alguien podía transformarse en un número que

hacía parecer más segura una inversión. Una familia destinada a proteger a una niña podía transformarse en una serie de categorías que hacían parecer completo un modelo de población.

—¿Qué le ocurrió a Iona? —preguntó.

Bex la miró con la impaciencia agotada de quien recibe una petición de respuesta que el propio sistema había sido diseñado para no conservar.

—No lo sé. Y eso debería asustarla más que cualquier explicación que yo pudiera inventar.

Aquella noche Nia llevó las declaraciones de las dos Mara al despacho de Sofía. Acordaron no publicarlas. La vida privada de las mujeres les pertenecía, aunque el archivo pareciera pensar lo contrario. Un tribunal podía estudiar el caso con medidas de protección. Un investigador independiente podía buscar a Iona sin convertirla en un titular.

Antes de marcharse, Nia volvió a leer el formulario de inscripción controvertido.

No describía al hogar como una familia.

Lo describía como **UNIDAD DE CONTINUIDAD, APTA PARA REASIGNACIÓN DE IDENTIDAD**.

La frase estaba impresa con la misma tipografía que el estado de reserva médica de St. Orin. Una categoría administrativa hacía que una relación humana fuera transportable, sustituible y dependiente del permiso de alguien externo a ella.

Nia dejó el lápiz. La información que había buscado estaba llegando, pero no bajo la forma de una respuesta. Llegaba convertida en una obligación de proteger a personas que los sistemas oficiales no conseguían decidir cómo contar.

15. LA PRIMERA PRUEBA PARALLAX

EXPERIMENTO PARALLAX 001 — OBSERVACIÓN PRELIMINAR
Fecha: 5 de abril de 2058.
Objeto de ensayo: una manzana adquirida comercialmente, con masa medida antes de la prueba.
Aparato principal: marco de metrología de luz coherente y predictor ambiental asistido por computación cuántica.
Hipótesis investigada: discrepancia de seis segundos entre dos secuencias de acontecimientos registradas independientemente.
Causa: indeterminada.
Advertencia editorial: El material superviviente no demuestra que la información viajara hacia atrás en el tiempo físico. Deben considerarse errores de sincronización, contaminación de predicciones, sustitución y manipulación de registros.

Elian Reyes había mantenido el laboratorio dentro de una antigua central eléctrica porque nadie que estuviera construyendo un mundo nuevo pensaría en buscar sus comienzos entre máquinas retiradas.

La central se alzaba más allá del distrito occidental de servicios, donde las torres eléctricas proyectaban sombras largas sobre tierra seca y los ferrocarriles de carga corrían entre fábricas abandonadas. Sus paredes de ladrillo estaban ennegrecidas cerca del tejado. Crecía hierba entre las grietas de la plataforma de carga. Una única luz ardía sobre la entrada.

Nia no había ido allí desde hacía casi ocho años.

Llegó con un pequeño estuche que contenía la copia permitida de la voz grabada, la suma de verificación certificada del calendario de cargas retenido, una fotografía de su madre y la carta en papel con el círculo interrumpido. Aquellos documentos no pertenecían a la misma categoría. Había dejado de esperar que las cosas importantes llegaran perfectamente clasificadas.

Elian abrió la puerta antes de que llamara. Se había adelgazado desde su último encuentro, con un cabello plateado que sobresalía de su cabeza en mechones desordenados. Miró el estuche y luego su rostro.

—Viniste sola.

—Sí.

—Bien.

—No está bien que no confíe en nadie lo suficiente como para traerlo conmigo.

Él se apartó para dejarla pasar.

La planta baja de la central contenía equipos ordinarios: interruptores mecánicos, medidores de pruebas, manuales de papel y bancos de condensadores de acondicionamiento eléctrico. Una tetera reposaba junto a una pila de tazas desparejadas. Sobre el banco de trabajo, un reloj analógico atrasaba dos minutos.

—Todavía no has arreglado ese reloj —comentó Nia.

—Sé exactamente cuánto se equivoca. Eso es útil.

Le sirvió té sin preguntar. El gesto la irritó porque pertenecía a una versión más tierna de su relación, cuando las visitas servían para compartir noticias y no para exigir la verdad.

Colocó la carta sobre el banco.

Elian miró el círculo roto y se quedó inmóvil.

—¿Dónde conseguiste esto?

—Lo dejaron en mi apartamento. Alguien quiere saber quién autorizó a Amara.

Él extendió una mano hacia la carta y se contuvo.

—No es un emblema gubernamental.

—¿Qué es?

—Una marca de advertencia. La usábamos para una medición que no encajaba en la referencia establecida.

—¿Quiénes la usaban?

—El equipo PARALLAX.

Nia aguardó.

—Nunca te conté todo sobre aquel día —dijo.

—No.

—Te conté lo que podía soportar decir.

—No es lo mismo.

—No —admitió.

La llevó arriba, a una habitación que ella recordaba de sus visitas infantiles: paredes de hormigón, una ventana estrecha y un armario metálico cuya puerta estaba pintada de amarillo pálido. Lo abrió con una llave física. Dentro había latas de película, cuadernos, una cámara negra y

una caja de madera sellada con la inscripción **PRUEBA 001 — MATERIAL DE REFERENCIA**.

—Tu madre insistía en grabar de manera independiente —dijo—. Al patrocinador de la investigación le parecía un desperdicio. Ella decía que las pruebas independientes solo parecen un desperdicio hasta que falla el sistema principal.

Nia tomó la cámara. Pesaba más de lo que esperaba. La correa de cuero estaba agrietada. Recordó haberla sostenido en el pasillo del laboratorio para encuadrar a sus padres justo cuando Amara se rio por algo que había dicho Elian.

—Yo tomé esta foto —dijo.

—Sí.

—Sabías que lo recordaría.

—Tú sostenías la cámara. Nunca lo dudé.

—Entonces ¿por qué el archivo llama a la imagen un registro familiar generado?

Elian miró la fotografía que ella sostenía. Parecía verdaderamente sorprendido.

—Enséñame.

Nia le mostró la clasificación del archivo. Él la leyó dos veces.

—Esa categoría no existía en 2058 —dijo.

—Podrían haberla asignado después.

—Sí. Pero es incorrecto insinuar que nadie presenció cómo se tomó la fotografía.

—¿Quién lo cambió?

—No lo sé.

Sonaba como si hubiera pronunciado aquellas palabras demasiadas veces, pero por una vez Nia podía ver lo que sí sabía: la textura de la cámara, el nombre de la película, la ubicación de un arañazo en la carcasa metálica. La manipulaba como se manipula un objeto vuelto familiar por años de uso. Su conocimiento era detallado, limitado e inconveniente para cualquier gran teoría.

Elian preparó un viejo proyector. La pared se llenó de luz. Apareció un laboratorio pintado de blanco, dividido por bancos de instrumentación negros y estrechas barandillas doradas de seguridad. Nada se parecía al Reino de la Corona. No había palacios flotantes ni guerreros diseñados, solo personas con notas de papel, abrazaderas para cables y la concentración nerviosa de técnicos que se preparaban para una prueba.

En el centro había un marco rectangular de metrología. Sus emisores formaban un cubo abierto alrededor de un pedestal. Dentro descansaba una manzana roja.

—No era un dispositivo de transporte —advirtió Elian antes de que ella preguntara—. Ni una puerta. Comparábamos un modelo predictivo con datos de sensores físicos. El procesador cuántico estimaba estados ambientales complejos. El sistema láser medía ese mismo entorno independientemente. Queríamos saber si podíamos predecir una decisión mecánica con suficiente rapidez para evitar un accidente industrial.

—Eso suena casi útil.

—Se suponía que lo sería.

La película mostró a Amara entrando en el marco e inspeccionando la manzana desde varios ángulos. Un técnico pronunció un número de calibración. El Elian de 2058 estaba junto a la consola, mucho más joven y seguro de sí mismo que el hombre que ahora se sentaba al lado de Nia.

Un reloj de pared contaba los segundos.

Nia se inclinó hacia delante. Su madre estaba viva en la pantalla, moviéndose con aquella rapidez particular que ella recordaba. Durante años había imaginado qué diría si pudiera volver a verla. Viendo a una figura silenciosa examinar una pieza de fruta corriente, solo podía pensar en cuánto echaba de menos la manera en que Amara sujetaba el lápiz entre el pulgar y el dedo medio.

La imagen parpadeó.

Elian detuvo el proyector.

—Esta es la cámara desconectada —dijo—. Tenía un mecanismo de cuerda. Ni radio ni cable de red. Aun así podía verse afectada por campos electromagnéticos o por alguien que manipulara la película después. Comprobamos esas posibilidades.

—Entonces ¿cuál es la discrepancia?

Le mostró una segunda grabación en un monitor independiente. Procedía del sistema digital del experimento e incluía datos de sensores, resultados predictivos e imágenes. Seis segundos antes de que Amara extendiera la mano hacia la manzana, el sistema mostró una imagen en la que su mano ya la estaba tocando.

Nia observó las dos películas lado a lado. La imagen digital parecía anticipar el gesto. La analógica mostraba que el gesto ocurría después.

—Un modelo que predice el movimiento de una mano no es un viaje en el tiempo —dijo.

—Correcto.

—Tampoco lo es una marca temporal equivocada.

—Correcto.

—Entonces ¿por qué no publicaron la discrepancia como una calibración fallida?

—Porque el predictor mostró una intervención de seguridad que ninguno de nosotros había programado. Alguien tomó una decisión que no formaba parte de la prueba. El predictor la registró antes de que se emitiera la solicitud para tomarla.

—Eso sigue siendo un problema de datos.

—Sí.

Volvió a poner la película.

Amara miró hacia un panel situado fuera del campo de la cámara. En el monitor digital se cerró una compuerta de emergencia. En la película analógica permaneció abierta. Un técnico se dirigió al interruptor manual. Seis segundos más tarde lo accionó, y la compuerta también se cerró en el registro físico.

—Podría tratarse de una orden en cola —dijo Nia—. O una grabación reproducida con una referencia de reloj incorrecta.

—Lo pensamos. Tu madre insistió en que anotáramos todas las explicaciones ordinarias antes de emplear una palabra extraordinaria.

Abrió un cuaderno. La primera página contenía una lista: *desfase de relojes; retraso de trayectoria óptica; imagen almacenada en caché; precarga predictiva; registros manipulados; entrada de operador no declarada; señal acústica; error de memoria del observador*. Algunas entradas llevaban fechas y nombres. Otras seguían sin respuesta.

—Este era su trabajo —dijo—. No una profecía.

Nia estudió la lista. Le tranquilizó ver la incertidumbre registrada con honestidad y no tratada como un defecto que debía corregirse a toda costa.

—¿Qué ocurrió después?

Elian no respondió. Avanzó la bobina.

La manzana desapareció del pedestal entre dos fotogramas.

Las personas del laboratorio se movieron desconcertadas. Una línea brillante atravesó la imagen. La cámara se sacudió. Después la película se volvió blanca. En el monitor digital, la cámara de pruebas parecía contener más de una manzana, cada una en una posición ligeramente diferente. Sus superficies parecían reales, pero la imagen por sí sola no podía establecer que alguna fruta adicional tuviera sustancia física.

Cuando la cámara se recuperó, Elian estaba en el suelo. El pedestal estaba vacío. Amara ya no aparecía en el encuadre.

Nia oyó salir de sí misma un sonido. No era una palabra. Había visto la versión oficial del accidente cientos de veces, una secuencia breve que terminaba cuando comenzaba a cerrarse la compuerta de seguridad. Era la primera vez que veía lo sucedido después.

—¿Adónde fue? —preguntó.

—Registramos la sala. El edificio. Todo el recinto. Nunca la encontramos.

—¿Resultó herida?

—No lo sé.

—¿Podría haber salido del encuadre caminando?

—Sí. Hay un corredor de salida que no fue grabado.

—¿Lo hizo?

—Ninguna cámara la muestra saliendo. Eso no demuestra que no lo hiciera.

—¿Oíste su voz?

Elian respiró profundamente.

—Durante unos segundos, después de que se detuviera la película, el intercomunicador transmitió una voz. Sonaba como la suya. Se suponía que el intercomunicador no estaba conectado a aquella sala. Su grabación fue clasificada como un error del sistema.

Nia abrió el estuche y colocó el fragmento de cinta junto al cuaderno.

—Ayer oí su voz. En una grabación posterior.

Elian no miró la cinta. La miró a ella.

—Creí que estaba muerta —dijo—. Después me mostraron cosas que hacían parecer posible que hubiera sobrevivido. Ninguna podía verificarse independientemente. Cada vez que pedía inspeccionar un original, la fuente había sido sustituida por una copia certificada.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque cada falsa esperanza hacía daño. Y porque pensé que si te daba una respuesta que no pudieras comprobar, estaría haciéndote lo mismo que ellos me habían hecho.

—Podrías haberme dado la incertidumbre.

—Sí —respondió—. Debería haberlo hecho.

Se sentó. Durante un tiempo ninguno miró la pared.

Nia pensó en las mujeres de los mercados, en una hija con tres destinos contradictorios, en un hospital al que la ley impedía usar su propia reserva. En todos los casos una institución había tomado la incertidumbre y la había convertido en una única respuesta administrativa. A quienes vivían con las consecuencias les habían dicho que esa respuesta era una forma de misericordia.

Ahora comprendía por qué su padre detestaba esa clase de misericordia.

—¿Qué significa el círculo interrumpido? —preguntó al fin.

Él abrió la caja de madera. Dentro había una placa metálica plana del aparato original. En el centro estaba el mismo círculo incompleto, grabado junto a una advertencia:

REFERENCIA NO ESTABLECIDA. NO UTILIZAR PARA REGRESO O RECONSTRUCCIÓN.

—¿Regreso desde dónde? —preguntó ella.

—Desde un estado fuera del rango validado de medición —dijo Elian—. Era una precaución técnica. No debes atribuirle más significado del que el equipo pretendía.

—Y sin embargo alguien lo utilizó en una carta sobre Amara.

—Sí.

Sacó la placa. Debajo había una tira de papel con una serie de valores posicionales y una corrección manuscrita con la letra estrecha de Amara. Nia reconoció la pequeña manera en que su madre cruzaba los sietes, con más fuerza que el resto de la cifra.

—Lo conservaste durante dieciocho años.

—Porque era la única referencia que ella marcó como insegura para normalizar.

Nia examinó los valores. Una línea llevaba la etiqueta *REFERENCIA BASE*. La siguiente estaba tachada con tanta fuerza que solo se distinguía el cero final.

—¿Esto indica una ubicación?

—Podría ser una coordenada del instrumento. Un origen de calibración. El marco de referencia de un modelo. Nunca he tenido información suficientemente fiable para decidirlo.

—Tal vez alguien más sí.

—Tal vez alguien más te diga que sí.

Le entregó una hoja en blanco y Nia hizo una copia cuidadosa a mano. Comprobaron juntos cada número. Era la primera vez en años que trabajaban en un mismo problema sin intentar protegerse mutuamente de lo que pudiera significar la respuesta.

Al anochecer, Nia abandonó la central eléctrica. La luz de la puerta de su padre se convirtió en un punto amarillo a sus espaldas mientras caminaba hacia la parada del tranvía. No llevaba archivos robados, ni una prueba mágica, ni una conclusión de que el mundo fuera secretamente distinto de

lo que parecía. Llevaba testimonios contradictorios, una ley incompleta y una serie de mediciones cuyo significado seguía siendo incierto.

No debería haberle parecido un avance.

Pero se lo pareció.

En casa colocó la fotografía de su madre junto a las coordenadas de prueba copiadas. Al otro lado de la calle, los autobuses nocturnos se desplazaban entre edificios residenciales restaurados. Un vecino abrió la ventana y llamó a un niño para que entrara. Todo sonaba ordinario.

Nia escribió otra línea en su cuaderno:

SI TODOS LOS REGISTROS PUEDEN CORREGIRSE, ¿QUÉ PUEDE CORREGIR AL REGISTRO?

Justo antes de dormir, comprobó el viejo despertador de la mesita. Seguía adelantando cuatro minutos.

No lo ajustó.

DOCUMENTO RECUPERADO 03

La Ley de la Información de 2065 — Cláusulas seleccionadas, censuradas

AVISO SOBRE FUENTE FICTICIA: Lo que sigue es un documento legal inventado para esta novela. No es una ley real ni una reproducción de legislación vigente. Algunas secciones se representan únicamente mediante referencias o censuras porque los personajes todavía no han obtenido una copia certificada completa.

Instrumento: Ley de la Información de 2065 **Contexto de promulgación:** Reconstrucción civil después de la Emergencia Mundial **Texto público suministrado:** 11 páginas **Material de aplicación registrado:** 27 páginas en el índice conservado **Original completo autenticado:** No obtenido por los investigadores en esta etapa **Compilación:** Solicitud presentada ante el Tribunal de Información Cívica, copia de biblioteca legislativa independiente y extractos de archivos privados

SECCIÓN 1 — FINALIDAD Y ALCANCE

1(a). Las autoridades públicas conservarán los registros necesarios para el reconocimiento de la identidad civil, la continuidad de la atención médica, las comunicaciones esenciales y la reconstrucción de una administración legítima.

1(c). La pérdida, destrucción o corrupción del registro oficial de una persona no se tratará, sin revisión independiente, como prueba de que esa persona ha dejado de existir.

Anotación del editor: El lenguaje público parece protector. Los anexos de aplicación posteriores pueden operar de forma más restrictiva.

SECCIÓN 4 — CONSERVACIÓN DE SERVICIOS CRÍTICOS

4(b). Las instalaciones que proporcionen tratamientos de soporte vital mantendrán reservas protegidas designadas, sujetas a órdenes documentadas de sustitución de emergencia conforme al Anexo Cuatro.

4(d). Toda orden de sustitución que afecte a la atención conservará una cadena auditable de responsabilidad humana.

Anexo Cuatro referenciado: [PARCIALMENTE RETENIDO — INFRAESTRUCTURA OPERATIVA]

Evento investigado relacionado: Estado de reserva del Centro Médico St. Orin reclasificado durante el Evento Concord 0918. La orden accesible al beneficiario no identificaba ningún firmante humano.

SECCIÓN 6 — CONTINUIDAD DE IDENTIDAD Y DEPENDIENTES

6(a). Una persona separada de los registros civiles verificables por la Emergencia Mundial podrá recibir reconocimiento provisional en espera de investigación independiente.

6(c). Una autoridad podrá preservar testimonios, comunicaciones y declaraciones autorizadas de representantes relativas a una persona ausente, siempre que se revele su condición probatoria.

6(f). Ninguna persona será privada de reconocimiento básico únicamente porque subsistan relatos contradictorios.

Anexo Seis referenciado: [CENSURADO — REGISTROS PERSONALES / SEGURIDAD DEL SISTEMA]

Lenguaje de aplicación controvertido observado en un caso: *Asentimiento presunto según disposición de Continuidad de emergencia*. La base legal, procedencia y aplicabilidad de esta expresión siguen bajo examen.

SECCIÓN 8 — PROTECCIÓN DE FUENTES

8(a). Podrán retenerse coordenadas específicas de infraestructuras, claves de cifrado, historias clínicas protegidas y detalles de seguridad estrictamente definidos cuando un revisor competente determine un riesgo demostrable derivado de su divulgación.

8(e). La información restringida seguirá a disposición de una autoridad independiente facultada para examinar la legalidad de las acciones adoptadas conforme a esta Ley.

Anotación del editor: Los investigadores no habían establecido si tal autoridad podía obtener los materiales completos retenidos en los casos controvertidos.

ARTÍCULO 9 — MEDIDAS EXTRAORDINARIAS DE CONTINUIDAD

9(a). Cuando la pérdida inminente del apoyo esencial a la población o del orden cívico no pueda evitarse razonablemente por medios ordinarios, solo podrán invocarse procedimientos de continuidad de emergencia en las condiciones especificadas en el Anexo 9-C.

Anexo 9-C: [SELLADO EN LA COPIA PÚBLICA]

Funcionario autorizante competente: [NO DIVULGADO]

Duración de la autorización: [NO DIVULGADA]

Procedimiento de revisión independiente: [RETENIDO EN ESPERA DE INSPECCIÓN DEL TRIBUNAL]

Referencias administrativas asociadas recuperadas de otros registros: *CONTINUACIÓN DE IDENTIDAD*; *CONTINUIDAD DEL SUJETO*; *CONDICIÓN DE DEPENDIENTE*; *REFERENCIA NO ESTABLECIDA*.

CONCLUSIONES DEL DOCUMENTO — PRUEBAS Y LÍMITES

Las secciones públicas conocidas de la Ley respaldan la preservación de registros y la restricción de cierta información técnica delicada. No establecen por sí solas que los Apex, la Fundación de la Corona o el sistema de planificación CURADOR actuaran legalmente al asignar costos a terceros ajenos. Tampoco establecen la legalidad de inscribir personas en servicios de reconstrucción familiar sin consentimiento informado.

El anexo faltante constituye la cuestión central sin respuesta. Los investigadores no pueden determinar solo por este documento si el Artículo Nueve autoriza un procedimiento concreto de identidad, permite clasificaciones genéticas obligatorias u oculta alguna forma completamente distinta de intervención de emergencia.

Anotación manuscrita en la copia del tribunal:

Una excepción que no puede examinarse puede convertirse en la regla sin que nadie se dé cuenta.

Fin de la Parte III — El archivo poco fiable.

16. CUANDO EL AMANECER SE REPITIÓ

> **SERVICIO AMBIENTAL MUNICIPAL — BOLETÍN PÚBLICO 2076-09-24**
> Un error temporal de visualización atmosférica afectó a la iluminación de primera hora en los distritos occidentales. No se registraron cambios en la hora civil, la seguridad aérea, las previsiones meteorológicas ni los servicios esenciales. No hay motivo de preocupación pública.
> **Advertencia del archivo:** El boletín se emitió treinta y dos minutos antes del primer informe atribuido al distrito afectado. La diferencia horaria se explicó posteriormente como discrepancia de programación. No se conserva ningún relato independiente de esa discrepancia.

El segundo amanecer duró once segundos.

Nia contó porque el primero había estado equivocado de una manera que nadie a su alrededor parecía dispuesto a describir. Estaba de pie junto a la ventana de la cocina con un paquete de té sin abrir. Más allá de los tejados, el sol había ascendido por detrás de una hilera de torres residenciales restauradas. Su luz volvió rosa pálido los bordes de las nubes de lluvia. Luego la luz se retiró, las nubes se oscurecieron y, durante once segundos, los edificios parecieron exactamente como antes del alba. El sol volvió a salir, esta vez en el lugar correcto.

Vio cómo un repartidor se detenía abajo con un pie en el bordillo. Miró el cielo, consultó su terminal portátil y siguió cruzando la calle. Una mujer que cargaba víveres se protegió los ojos y sonrió como si alguien le hubiera mostrado una ingeniosa decoración festiva.

Nia dejó el té. Su reloj mecánico marcaba las seis y trece. Adelantaba cuatro minutos. Nunca lo había corregido porque el error era constante, una pequeña referencia doméstica que le pertenecía a ella y no a la red cívica.

El reloj no retrocedió.

Eso fue lo primero que anotó.

A las seis y veintiuno recibió el boletín municipal que explicaba la anomalía. Según su encabezado, había sido aprobado a las cinco y cuarenta y nueve. Casi de inmediato llegó una segunda copia revisada, que cambiaba la hora de aprobación a las seis y dieciocho. Nia guardó las dos en una unidad sin conexión a internet. Ninguna demostraba lo que había ocurrido en el cielo. Demostraban que alguien estaba modificando el registro.

Ansel Quill llamó antes de que ella terminara de comparar las firmas.

—¿Miraste por la ventana? —preguntó.

—¿Y tú?

—Estaba en el depósito de tranvías. Había una sombra larga en el suelo. Se movió hacia el este y luego hacia el oeste. Havel dice que las persianas podrían haber cambiado el ángulo.

—¿Lo hicieron?

—No dirá que no.

Nia oía algo haciendo clic a través de la línea: los relojes de Havel o los dedos de Ansel jugueteando con el mango de su paraguas.

—Consigue la cámara desconectada —dijo—. La del depósito. Conserva lo que haya grabado.

—La ciudad asegura que fue un problema visual.

—Sé lo que dice la ciudad.

—¿Se lo cuento a Mara?

Nia miró el papel sobre su mesa, dos versiones manuscritas del último día conocido de Iona Venn. Les había prometido a ambas Mara que no convertiría sus vidas en una curiosidad pública. Aquella promesa había adquirido un peso inesperado.

—Cuéntales solamente lo que puedas demostrar —dijo—. Y pregúntales si quieren participar.

Ansel guardó silencio.

—Suenas como tu padre.

—No. Mi padre me ocultó cosas porque pensaba que la incertidumbre me haría daño. Yo pienso darles a los demás la opción de elegir.

Pasó la mañana recorriendo el distrito occidental, reuniendo testimonios que diferían de maneras ordinarias y útiles. Un conductor de tranvía había visto dos amaneceres, pero lo atribuyó a una proyección publicitaria. Una limpiadora notó las sombras en una escalera, pero supuso que había leído mal la hora. Un técnico meteorológico insistió en que el sol no se había movido; que solo se habían reiniciado las pantallas municipales de compensación lumínica, haciendo que las superficies acristaladas parecieran captar dos veces la primera luz. Otro técnico negó la existencia de esas pantallas.

El testigo más interesante era un niño de nueve años que esperaba fuera de una panadería.

—Las palomas lo hicieron otra vez —dijo.

Su madre tiró de él para apartarlo. Nia se presentó, explicó que estaba documentando la anomalía del alumbrado público y pidió permiso para escuchar qué quería decir. La madre dudó y luego asintió.

—Las palomas —repitió el niño—. La primera vez que se iluminó, tres salieron volando del letrero antiguo. Cuando oscureció, volvieron a estar en el letrero. Y luego volaron otra vez de la misma manera.

—¿Eran las mismas palomas?

—Una tenía un ala blanca.

—¿Qué estabas haciendo tú?

—Comía un bollo.

—¿Mordiste dos veces el mismo pedazo?

El niño pareció ofendido.

—No. Solo tenía un bollo.

Era posible que hubiera visto las aves dos veces o que hubiera ensamblado dos hechos parecidos en un solo recuerdo después de oír hablar a los adultos sobre la luz. Nia le agradeció la ayuda y no le pidió el nombre. Antes de marcharse, advirtió que una cámara de vigilancia sobre la panadería había girado para apuntarles. Tal vez estaba siguiendo el tráfico. En aquella ciudad casi siempre había una explicación ordinaria disponible.

Al mediodía se reunió con Nadia Sen en St. Orin. Tras la polémica pública, el hospital había recibido un certificado temporal de reserva, pero

al presupuesto operativo todavía le faltaba el costo de sustituir el servicio de emergencia. Cuatro pacientes trasladados la noche del campeonato permanecían en centros más alejados de sus familias. Una trabajadora clínica había renunciado después de recibir una advertencia de que sus Créditos de Vida podían suspenderse por defender a pacientes sin autorización.

—Estás mirando la mañana equivocada —le dijo Nadia al escuchar lo del amanecer.

—¿Por qué?

—A quienes perdieron sus reservas no les importa si la luz fue una corrección atmosférica. Les importa si alguien puede cambiar las reglas sin preguntarles.

—Por eso he venido.

Nadia le entregó una gráfica en papel. Mostraba las asignaciones por hora de tres hospitales, una terminal de transporte y una planta de tratamiento de agua de barrio. Todos habían sufrido una breve interrupción de programación al mismo tiempo que la anomalía del amanecer. Las interrupciones duraron entre nueve y doce segundos. Ninguna había provocado una emergencia, pero cada una se había registrado bajo una categoría administrativa distinta.

—¿Por qué categorías diferentes? —preguntó Nia.

—Porque si las llamas lo mismo —dijo Nadia—, tienes que averiguar a quién pertenece esa cosa.

Estudiaron el informe. Todos los servicios afectados llevaban un pequeño sufijo de enrutamiento: **R0**. Nia recordó la placa de referencia del laboratorio de su padre, el círculo roto y la advertencia de no utilizar un

estado sin validar para regreso o reconstrucción. Los números que Amara había escrito debajo de la placa incluían un cero final.

Una coincidencia, quizá. Las coincidencias se habían vuelto abundantes.

—¿Puedo llevarme esto?

—Una copia. La firmaré. Pero si publicas una historia afirmando que el sol retrocedió en el cielo, no pongas mi nombre.

—No lo haré.

Nadia se recostó contra el mostrador.

—¿Crees saber lo que pasó?

—Creo que hay al menos tres explicaciones y que las tres están incompletas.

—Bien. Empieza por ahí.

Por la tarde Nia visitó el observatorio civil. Tenía una cúpula, una exposición pública sobre la atmósfera recuperada y un pequeño telescopio donado por una familia cuyos nombres aparecían en todas las placas educativas del vestíbulo. El analista jefe, doctor Kellan Ro, la recibió sin entusiasmo.

—El sol no salió dos veces —dijo—. Se corrigió el campo óptico local.

—¿Puedo ver los datos en bruto?

—Puede ver nuestras lecturas certificadas.

—Le he pedido los datos en bruto.

—¿De qué instrumento?

—Del que menos dependa de la red municipal.

Ro la miró con nuevo interés. La condujo a un cuarto de mantenimiento que contenía un tubo mecánico de observación y un rollo de papel. El rollo presentaba marcas de presión hechas por un brazo de lápiz que seguía el movimiento de la imagen proyectada del sol. La línea era continua. En el supuesto intervalo repetido, sin embargo, la tinta cambiaba de color durante unos centímetros y el brazo temblaba.

—¿Reemplazaron la tinta? —preguntó Nia.

—Otro cartucho. El anterior se agotó.

—¿Exactamente durante el intervalo controvertido?

—No exactamente durante nada. Los cambiamos cuando alguien lo advierte.

El analista sonaba irritado, no porque ella estuviera equivocada, sino porque la respuesta se negaba a resultar satisfactoria. Le mostró el cartucho, la punta seca, la fecha escrita en el envoltorio de almacenamiento. Eran objetos ordinarios con historias ordinarias.

—La gente convertirá esto en una teoría sobre el tiempo —dijo—. Eso pasa cuando una ciudad ha sufrido suficientes desastres. Una luz un poco extraña se convierte en prueba de que el universo vuelve a ser cruel.

—Tal vez —respondió Nia—. O tal vez la gente deja de confiar en los comunicados oficiales porque la ciudad les cambia las fechas.

Ro no contestó. Antes de que se marchara le permitió fotografiar el rollo de papel. Se negó a permitir que se lo llevara.

Al anochecer, las redes estaban llenas de grabaciones contradictorias del alba. Algunas mostraban al sol retirándose. Otras, una retícula de luces

suspendidas que se apagaba. Una tercera no mostraba nada extraño. Todas tenían sello de autenticidad, emitido por la misma autoridad de verificación.

Nia dejó de mirar.

Se reunió con Sofía Marr y Ansel en la trastienda de la cooperativa hortícola independiente. Las dos Mara habían decidido no acudir. Nia aprobaba la decisión. Sus vidas ya se habían convertido en rompecabezas para extraños.

Ansel extendió la película de la cámara de Havel. Mostraba una pared del depósito de tranvías, una hilera de sombras y una interrupción donde la película se había expuesto a tanta luz que se perdió el detalle. Sofía colocó al lado los dos boletines oficiales. Nia añadió la gráfica del hospital y la fotografía del rollo de papel del observatorio.

—Ninguno establece que hubiera un segundo amanecer —dijo Sofía.

—Lo sé.

—Establecen que se manejó oficialmente de forma inconsistente un episodio breve —añadió Ansel.

—Y una referencia compartida de enrutamiento —dijo Nia.

Sofía examinó el sufijo.

—R0. ¿Significa algo?

—No lo suficiente.

Ansel estudiaba otra vez la película. La sostuvo frente a la lámpara.

—Hay algo en el borde —dijo.

Se acercaron. En la pared más alejada del depósito, visible durante apenas unos fotogramas, había una puerta pintada que no aparecía en las imágenes posteriores. A primera vista podía ser un cartel o un reflejo móvil en el vidrio más allá de la plataforma. Debajo había un rectángulo blanco pequeño que contenía tres letras.

Nia amplió la película física con el visor de manivela de Havel. Las letras se distinguían con suficiente claridad.

R0 / REGRESO.

Pensó en la placa metálica del laboratorio de su padre. *Referencia no establecida. No utilizar para regreso o reconstrucción.*

Sofía miró alternativamente la imagen y a Nia.

—Dime qué estás pensando.

—Que no tengo idea de qué es esa puerta —respondió Nia—. Y que alguien se ha esforzado muchísimo para que solo exista una respuesta oficial a cada pregunta.

Guardó las gráficas en sus sobres. Afuera, las farolas de la ciudad se encendían en su secuencia habitual, con una luz blanca cálida que se volvía dorada cuando el tranvía de la tarde pasaba por debajo. Del patio llegaban las voces de niños jugando. Nada en la calle familiar sugería que hubiera aparecido una puerta donde no debía existir ninguna.

A las once y dieciséis, Nia recibió un mensaje anónimo en su viejo terminal privado.

HAS ENCONTRADO EL MARCADOR DE REGRESO.

Debajo figuraban unas coordenadas.

Eran las que su madre había tachado en 2058.

17. LA RUTA QUE NO EXISTÍA

AUTORIDAD REGIONAL DE TRANSPORTE — AUDITORÍA DE RUTA 17-B
Clasificación: superposición cartográfica no válida / sospecha de corrupción del sistema de mantenimiento.
Itinerario propuesto: depósito occidental de tranvías → intercambiador de carga clausurado → subestructura municipal R0.
Distancia certificada por la red: 0,0 kilómetros.
Inspección física solicitada: denegada, motivo no registrado.
Anotación del editor: La denegación no demuestra que la ruta existiera. Los registros posteriores de servicio muestran que alguien utilizó su código de autorización.

Hay mapas que indican a las personas adónde ir y mapas que les indican adónde tienen permiso de ir. El sistema oficial de transporte de la ciudad cumplía ambas funciones con tanta suavidad que pocos advertían la diferencia.

Nia la advirtió un jueves por la mañana, cuando las coordenadas la condujeron a una zona de servicios que el mapa se negaba a describir. La ruta peatonal terminaba en un almacén de ladrillo cerca del depósito occidental de tranvías. Más allá, el mapa mostraba un jardín público ajardinado, un aparcamiento y una parcela municipal vacía. Una capa de mantenimiento representaba un intercambiador de carga bajo la parcela, marcado como demolido en 2068.

Pero los mapas antiguos de servicios del laboratorio de Elian mostraban una carretera de acceso que unía el almacén con una galería inferior. La

carretera llevaba un código que su madre había escrito en el margen del cuaderno de experimentos.

R0.

Ansel la acompañaba. También Sofía, con la orden sellada de conservación y una copia doblada de la Ley. Joss Vale apareció inesperadamente en la entrada del almacén, vestida con un abrigo gris en lugar del blanco que prefería en las recepciones de la Corona.

—Pensé que acabarían viniendo —dijo Joss.

Nia se interpuso entre ella y Ansel.

—¿Enviaste las coordenadas?

—No.

—Entonces ¿cómo sabías que estaríamos aquí?

—Presentaron una orden de conservación que incluía el antiguo recinto PARALLAX. Alguien dentro de la Fundación de la Corona se puso lo bastante nervioso como para preguntar qué más había sobrevivido. Yo sigo el nerviosismo cuando empieza a costar dinero.

—¿Nos estás ayudando?

—Estoy aquí para impedir que alguien destruya registros que deberían pertenecer a un tribunal.

—No es la misma respuesta.

—No —admitió Joss—. No lo es.

Sofía le mostró la orden. Joss examinó el sello del tribunal y se la devolvió sin tocar el texto.

—Si hay un corredor de servicios cerrado —dijo Sofía—, estamos solicitando inspección, no invadiendo una propiedad.

—Entonces solicítenla en la entrada de carga —respondió Joss—. Y registren la respuesta.

La entrada de carga contenía un puesto de seguridad perfectamente ordinario. Un guardia cansado llamado Eddis comprobó sus identidades, estudió la orden de conservación y llamó a un supervisor. Mientras esperaban, Nia miró a través del cristal hacia una rampa estrecha de hormigón que desaparecía bajo el almacén. Estaba limpia y su suelo mostraba huellas recientes de ruedas.

—Demolido —murmuró Ansel.

—Quizá una rampa nueva sobre la huella de la antigua —dijo Nia.

Eddis regresó con expresión desconcertada.

—El sistema dice que no pueden solicitar acceso a un lugar que no existe.

—¿Puede ponerlo por escrito? —preguntó Sofía.

—Puedo imprimir una denegación.

—Hágalo, por favor.

La impresora produjo un recibo con un sello de certificación familiar. El campo de motivo solo contenía dos palabras: **REFERENCIA NO VÁLIDA**.

Sofía lo guardó junto a la orden. Joss estudió el corredor al otro lado del guardia y luego dijo con ligereza:

—Quizá el corredor sea propiedad privada. La Fundación administra unas cuantas concesiones obsoletas de servicios públicos.

—¿Estás diciendo que existe? —preguntó Nia.

—Digo que la propiedad privada puede ser una explicación útil para la invisibilidad pública.

Por primera vez sonaba enfadada.

Se disponían a marcharse cuando las luces del almacén perdieron intensidad. La puerta de carga se abrió automáticamente y un carro de mercancías vacío bajó por la rampa. Transportaba un contenedor sellado de acero marcado **TRATAMIENTO DE AIRE — GRADO MÉDICO**. Detrás caminaba un trabajador con respirador transparente. Al ver al grupo levantó la vista bruscamente, se detuvo y buscó una radio.

¿De qué hospital?, habría preguntado Nadia, pensó Nia.

Sofía levantó la orden judicial.

—Esta instalación está sometida a aviso de conservación. Necesitamos al responsable de la custodia.

El trabajador consideró salir corriendo. Luego se quitó el respirador.

—Me llamo Tavi Pell —dijo—. Y tengo cuarenta y ocho personas esperando esos filtros.

—¿Dónde? —preguntó Nia.

Él miró el papel de Sofía.

—¿Tienen una orden legal?

—Sí.

—Entonces vengan a la puerta inferior. No detengan el carro.

Joss se volvió hacia Nia.

—Esta es la parte en la que un investigador mejor recuerda que un edificio secreto puede albergar personas que lo necesitan.

—Lo recuerdo desde St. Orin.

Siguieron el carro rampa abajo. El aire se volvió más fresco. Ventiladores mecánicos vibraban en alguna parte bajo el hormigón. En la primera compuerta, Tavi introdujo una llave física por una ranura. El lector digital permaneció apagado. En la segunda utilizó una rueda metálica que necesitó ambas manos para girar.

Ansel tocó la pared.

—Son viejas —dijo.

—Más antiguas que el distrito reconstruido —respondió Tavi.

El corredor dobló dos veces y terminó ante una pared lisa. A lo largo de su base había una línea de pintura raspada en el suelo. Según las huellas de las ruedas, debería haber existido allí un ascensor de carga, pero Nia solo veía hormigón.

Tavi levantó la llave.

—La siguiente puerta la controla el sistema de referencia. Se supone que aparece cuando se autoriza una ruta de servicio.

—¿Aparece? —repitió Sofía.

—Así lo llama el manual. Yo no escribo los manuales.

Tocó un cuadrado pequeño de la pared. Un panel translúcido se desplegó donde antes había hormigón. Era una pantalla, una proyección o una superficie móvil delgada cuya junta habían ocultado bajo la pintura. Nia no pudo distinguirlo. El panel mostró un aviso para elegir ruta.

R0 REGRESO — SE REQUIERE FUENTE DE REFERENCIA.

Tavi introdujo su código. El sistema lo rechazó.

ENLACE DE SUJETO CÍVICO NO VÁLIDO PARA ACCESO DE BASE.

El rostro de Joss cambió. Era la primera expresión genuinamente desprotegida que Nia le veía.

—Eso no es un error normal de servicios —dijo.

—¿Sabes qué significa? —preguntó Nia.

—No. —Joss no apartó la mirada—. Pero sé quién aprobó la terminología.

Antes de que pudiera explicarse, comenzó la alarma.

No era la advertencia teatral utilizada en las competiciones de la Corona. Era un repique áspero e irregular de una campana física. Tavi maldijo y corrió hacia el carro de carga que llegaba. Un indicador en la primera compuerta se volvió rojo. Los filtros médicos habían alcanzado un plazo límite; el sistema de reparto había clasificado el carro como retrasado y programado el aislamiento de presión del corredor.

—Si se sella esa compuerta —dijo Tavi—, los filtros se quedarán aquí hasta el siguiente ciclo. Arriba hay personas con oxígeno esperándolos.

Sofía llamó a la línea de mantenimiento de emergencia. Respondió una grabación indicando que la dirección no estaba reconocida. Repitió la solicitud y exigió hablar con un operador humano.

Nia examinó el panel de control. Había una palanca manual bajo la pantalla translúcida de rutas, sellada detrás de un vidrio. Rompió el sello con el mango metálico de su estuche de cuadernos y tiró de la palanca. La primera compuerta dejó de moverse. Tavi empujó el carro hacia delante, con las ruedas temblando sobre el umbral.

Durante seis segundos, el corredor entero quedó a oscuras.

Nia oía la campana, pero parecía venir del otro lado de una enorme distancia. Extendió la mano y encontró la manga de Ansel. Cuando regresó la luz, el panel translúcido había desaparecido. En su lugar había una puerta de acero con un símbolo circular interrumpido en la parte superior por una sola línea.

Ansel emitió un sonido ahogado.

—¿Eso estaba ahí antes? —preguntó.

—No —respondió Nia, y se corrigió—. No lo vimos antes.

Tavi había escapado con sus filtros. Sofía sostenía una autorización de emergencia impresa, aunque no recordaba haberla recogido de la máquina. Joss contemplaba el símbolo.

—Referencia no establecida —dijo en voz baja.

Nia sacó del abrigo las coordenadas copiadas de su madre. Había siete grupos de cifras, todos escritos con la letra de Amara. El grupo final no era un número, sino una palabra: **CONSENTIMIENTO**.

El lector de la puerta mostraba una solicitud de material de referencia primario. Nia levantó la pequeña placa de metal que Elian le había prestado aquella mañana bajo recibo manuscrito. El lector aceptó el patrón físico de la placa, pero se negó a abrir.

SE REQUIERE CONSENTIMIENTO DEL SUJETO.

—¿El mío? —preguntó.

No obtuvo respuesta.

A sus espaldas, Ansel dijo:

—Nia, no lo hagas.

—No sé qué va a pasar —respondió ella.

—Ni nosotros tampoco.

Le sorprendió su miedo. Ansel había perseguido registros contradictorios por media ciudad. No tenía costumbre de detener un documento antes de su última página. Sin embargo, no discutía que ella careciera de derecho a saber. Discutía que nadie le había explicado el riesgo.

Nia retrocedió.

—Tienes razón.

Preguntó a Joss si el lector podía explicar qué le estaban solicitando.

—No mediante esta interfaz —respondió Joss—. Podría encontrar a alguien con acceso a las normas subyacentes. Si no las han cambiado ya.

Sofía dijo:

—Entonces conservamos la puerta y obtenemos revisión independiente antes de cualquier transferencia.

El panel de rutas pareció escucharlas. Apareció una línea bajo la solicitud de consentimiento.

SUJETO AUTORIZADO: NIA REYES.

Nia la leyó de nuevo. De todas las cosas que habían encontrado, aquella era la menos defendible como coincidencia. Un sistema secreto de servicios conocía su nombre y reconocía una placa de referencia de un accidente de laboratorio ocurrido dieciocho años antes. Aun así no demostraba qué había al otro lado de la puerta. El impulso de abrirla la

asustaba porque había pasado toda la investigación condenando a un hombre que aceptó un premio sin conocer su precio.

Sacó una hoja de papel y escribió la pregunta que deseaba que Rafe hubiera hecho en la arena de la Corona: *¿Qué sucede si acepto?*

El lector respondió con tres párrafos. La mayoría de los términos eran técnicos. Uno era comprensible.

UNA SESIÓN DE REGRESO PODRÁ CONTINUAR MEDIANTE UN PROXY INDEPENDIENTE MIENTRAS EL SUJETO PRIMARIO REGISTRADO PERMANEZCA ASISTIDO. LA DESCONEXIÓN PUEDE CAUSAR PÉRDIDA SENSORIAL, DISCONTINUIDAD DE MEMORIA O LESIÓN IRREVERSIBLE. NO SE GARANTIZA LA INTERRUPCIÓN DE EMERGENCIA.

Había espacio para una firma.

Nia no firmó.

En vez de ello copió la advertencia, hizo que Sofía la presenciara y pidió a Tavi que las ayudara a localizar a la persona viva responsable de la instalación. Siguieron el sonido de los ventiladores hasta una sala de control inferior, donde cuarenta y ocho indicadores de filtrado brillaban sobre un escritorio largo de hormigón. Una mujer con abrigo azul de mantenimiento hablaba por auriculares. Al ver a Nia, se los quitó despacio.

—Llegas temprano —dijo.

Nia se detuvo.

—¿Para qué?

La mujer miró hacia la puerta oculta.

—Para un regreso. Nos dijeron que no te esperáramos hasta la siguiente corrección.

—¿Quién te lo dijo?

La mujer vaciló.

—El sistema.

—¿El Curador? —preguntó Joss.

—No. La voz del viejo canal de referencia.

—¿Quién es?

La mujer contempló a Nia como si decidiera si debía comunicarle un diagnóstico a una paciente.

—Se identifica como la doctora Amara Reyes.

18. LA CÁMARA CON SU NOMBRE

OPERACIONES DE CONTINUIDAD — TARJETA DE SEGURIDAD DE PROXY, REVISIÓN 6
Una presencia remota puede producir una experiencia sensorial completa sin trasladar un cuerpo orgánico. Los operadores deben distinguir entre *ubicación experimentada* y *ubicación del sujeto primario*, y no deben presentar la continuidad sensorial de un proxy como prueba de que el cuerpo principal se ha desplazado.
Distribución: Operadores de base, restringida.
Observación del editor: Ninguno de los materiales civiles de orientación recuperados de 2076 explicaba esta distinción.

La mujer del abrigo de mantenimiento se presentó como la doctora Leena Voss. Era responsable del soporte ambiental en la instalación inferior y había supervisado equipos quirúrgicos en St. Orin. Nia no pasó por alto la ironía. Alguien que había trabajado en un hospital había sido reasignada para mantener una dirección a la que no se permitía existir.

Leena las condujo a una habitación sin terminales conectados a la red pública. Las paredes estaban cubiertas de esferas de medición, manómetros y diagramas impresos de procedimientos, con el papel ablandado por las esquinas. Una fotografía mostraba el almacén tal como era antes de que la ciudad restaurara el distrito: un tejado derrumbado, una plataforma de carga abierta al cielo y una carretera que conducía a lo que parecía una ladera hueca.

—¿Es original? —preguntó Nia.

—¿La fotografía? Creo que sí. La copia física estaba en los archivos de mi antecesor.

—No era eso lo que preguntaba.

Leena se sentó ante el escritorio de control.

—Nada de esta conversación resultará tranquilizador si me obliga a usar la palabra «original» antes de que acordemos qué significa.

Sofía colocó la orden de conservación junto a ella.

—Tenemos una exigencia legal de inspección. Un sistema de acceso ha nombrado a nuestra clienta sin que ella lo reconozca. Necesitamos saber si corre peligro.

—Lo corre —dijo Leena—. Eso no significa que el peligro haya empezado hoy.

Nia sintió que se le contraía el estómago. Había llevado las preguntas sobre su madre por toda la ciudad hasta aquella instalación oculta. Nunca se le había ocurrido que la pregunta más peligrosa pudiera tratar sobre sí misma.

—¿Dónde está Amara? —preguntó.

—Una voz grabada se identifica como su madre. No tengo manera de verificar quién habla. No voy a entregarle el nombre de otra persona como si fuera una respuesta.

Nia agradeció la distinción y odió que doliera.

Leena señaló tres palancas físicas.

—Si continúa, la interfaz pública se desconectará. Seguirá a través de un proxy de mantenimiento. Nuestro equipo médico vigilará al sujeto primario.

—¿Dónde está el sujeto primario?

—Debajo de nosotros.

—¿Soy yo el sujeto primario?

—Su registro dice que sí.

—¿Qué significa eso?

Leena no esquivó la pregunta.

—Significa que su experiencia actual puede no corresponder a la ubicación de su cuerpo biológico.

Nia miró a Sofía y luego a Ansel. Ninguno se rio. Ninguno le ofreció la suave misericordia de afirmar que aquello era imposible.

—Un enlace neuronal —dijo Nia—. Encarnación remota. Como los Marcos de la Corona.

—Tecnologías relacionadas —respondió Leena—. Distinto deber de cuidado.

—Entonces ¿por qué no estoy en una cuna de control?

—Lo está.

Por un instante, Nia escuchó los ventiladores sobre la sala, una nota que subía y bajaba bajo otra. Recordó las barras de sujeción de los tranvías: metal frío en invierno, cálido después de que lo sostuviera la mano de un niño. Recordó el peso de la cámara que había llevado a los dieciocho, el

olor del té de su padre, el papel rugoso de la orden judicial en las manos de Sofía.

Todas habían sido experiencias reales. Ese era precisamente el problema.

—Caminé hasta aquí —dijo.

—Sí.

—Con mis propias piernas.

—Experimentó caminar hasta aquí. No puedo explicarle toda la arquitectura de esa experiencia a partir de un solo diagrama de procedimientos.

Sofía se inclinó sobre el escritorio.

—¿A cuántas personas se lo ha contado?

—¿Oficialmente? A ninguna que no tuviera ya autorización.

—Eso no es consentimiento.

—No —respondió Leena—. No lo es.

La científica de mantenimiento colocó ante Nia un formulario de consentimiento en papel. Su lenguaje era claro, a diferencia de los contratos de la Corona. Describía posibles dolores, desorientación, discontinuidad sensorial y perjuicio médico a la persona enlazada. Indicaba que el procedimiento revelaría información sobre una comprensión posiblemente falsa del entorno del sujeto. Ofrecía un examen independiente breve con Leena y una revisión más extensa con un profesional clínico neutral, ninguna de las cuales garantizaba seguridad. Nia leyó las páginas dos veces.

—Quiero la revisión extensa —dijo.

Leena asintió.

—Entonces así lo haremos.

Esperar fue más difícil que el peligro. Pasaron seis horas en la sala de control mientras Sofía inspeccionaba la ley de emergencia que regía la instalación y un médico examinaba las lecturas vitales asociadas al identificador de Nia. Ansel anotaba cada paso con tinta. Joss permaneció junto a la puerta y habló muy poco. Por momentos, Nia consideró marcharse. Irse no borraría lo que ya sabía: alguien había construido un sistema oculto de acceso alrededor de su nombre. Pero quizá le permitiría aplazar la respuesta.

Se quedó.

Al terminar la revisión, aceptó una sesión supervisada mediante proxy. Sofía fue testigo de su firma. Leena activó una grabadora mecánica que estampaba la hora y los cambios de configuración sobre una tira de papel en movimiento. El equipo de seguridad confirmó que habían probado la ruta de regreso a bajo ancho de banda. Nia sintió una opresión en la base del cráneo, como si hubiera llevado un collar invisible durante años y alguien por fin lo hubiera tocado.

La sala de control perdió el color.

No de golpe. Primero desaparecieron las etiquetas amarillas de los equipos. Después la luz se volvió plana. El rostro de Leena se redujo a una serie de formas pálidas sin profundidad. Nia pronunció su nombre y oyó las sílabas con retraso, no del todo sincronizadas con el movimiento de su boca.

—Interrumpa si aumenta la angustia —dijo una voz.

Nia levantó la mano. Se alzó, pero no sintió moverse las articulaciones. Estaba mirando una mano con su forma desde un ángulo que no le pertenecía.

—Quiero continuar —dijo.

Se abrió una puerta.

Al otro lado había un corredor iluminado por tubos blancos que fallaban. La condensación se acumulaba en las tuberías. El aire parecía seco y metálico, aunque Leena le había advertido de que la impresión olfativa podía ser un modelo químico transmitido en lugar de una sensación directa. Sus pasos eran pesados. Miró hacia abajo y vio botas industriales, un traje gris de mantenimiento y un conjunto de dedos negros y delgados, hechos de material articulado.

—Proxy seis activo —dijo Leena por un altavoz encima de ella.

Nia tocó la pared. El hormigón opuso resistencia. Un polvo fino se adhirió a las yemas oscuras. Era tan real al tacto como cualquier cosa que hubiera tocado en su vida.

—Esto es un robot —dijo.

—Un cuerpo físico limitado, sí.

—Entonces ¿la sala de la que vine?

Hubo una pausa.

—Podrá examinar los registros antes de llegar a una conclusión.

Doblaron una esquina. Ante ella se abrió una sala entera: un recinto inmenso y mal iluminado, con pasarelas de acero suspendidas sobre filas de cápsulas translúcidas. Había miles. Cada una tenía tubos, cables

eléctricos y una pantalla pequeña de estado. Algunas estaban oscuras. Otras mostraban un pulso verde y lento.

Nia no se movió.

Un hombre vestido con un traje protector gastado cruzó un puente inferior cargando una bandeja de suministros médicos. Miró al proxy seis, levantó una mano y continuó trabajando. No hubo ningún gran anuncio. Ninguna voz proclamó la naturaleza del universo. El lugar simplemente existía, lleno de trabajo, cansancio y personas que no tenían tiempo para asombrarse de alguien que acababa de descubrir sus vidas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nia.

—Bóveda de Continuidad Nueve —respondió Leena—. Tierra material. Sector occidental.

Nia miró hacia el extremo más lejano de la sala. Una ventana de mantenimiento no mostraba torres, ni avenidas restauradas, ni pantallas doradas. Más allá se extendía una llanura ennegrecida bajo un cielo magullado. Los restos de una autopista descansaban sobre soportes de hormigón como una hilera de dientes rotos. El viento arrastraba polvo por la carretera. A lo lejos, una torre de refrigeración se inclinaba contra otra como si ambas se hubieran quedado dormidas sosteniéndose mutuamente.

—¿Qué pasó?

—La Tercera Guerra Mundial. Los años siguientes. Los incendios. El colapso de las cadenas de suministro. Los inviernos sin protección.

—Pero el Día de la Reconstrucción...

—La Reconstrucción tomó varias formas.

Nia quiso golpear el altavoz hasta que se explicara con mayor claridad.

—¿La ciudad?

—Un entorno experimentado y mantenido por la red de Continuidad.

—¿Las personas?

—Muchas son supervivientes enlazados. Otras son residentes generados, presencias remotas o personas cuya situación de inscripción no podemos establecer independientemente. Algunas pueden ser más que sus designaciones. No tenemos un censo honesto.

—¿El hospital?

—Los pacientes pueden estar vinculados a cuerpos reales, y los equipos médicos reales pueden depender del mismo sistema de asignaciones. St. Orin no es inofensivo por aparecer dentro de una ciudad experimentada.

Nia pensó en los ojos cansados de Nadia, en la fotografía de Tomas Eren y en las manos de Mara envolviendo un sobre de semillas. Le irritaba la facilidad con que una sola frase convertía una vida en una categoría.

—No llame irreal a ninguno de ellos —dijo.

—No lo he hecho.

El proxy descendió hacia una fila de cámaras identificadas con letras y números de serie. Los dedos prestados de Nia resbalaron sobre la barandilla. Tuvo la imagen repentina de sí misma cayendo y sintió una descarga humana de miedo. El técnico de abajo levantó la vista, dispuesto a ayudar. Ella recuperó el equilibrio y siguió.

Al pie de la escalera había una cápsula marcada **REYES, NIA E. — SUJETO PRIMARIO**.

Dentro yacía una mujer de cabello oscuro entreverado de canas en las sienes. Su rostro era más delgado de lo que Nia esperaba. Una banda estrecha le cruzaba la frente. Una línea quirúrgica corría bajo la oreja derecha. Parecía tener treinta y seis años. Parecía enferma. Su pecho se movía bajo una membrana de soporte translúcida.

Nia se quedó ante el cristal esperando que la mujer abriera los ojos.

No ocurrió nada.

Levantó la mano del proxy. La mujer de dentro no se movió. Una línea verde recorrió el monitor y registró cada respiración asistida.

—No —dijo Nia.

No era una discusión. Era todo el lenguaje que le quedaba.

Leena habló en voz baja.

—Puedo mostrarle los registros de inscripción. Algunos están incompletos. Otros pueden haber sido modificados. Las observaciones médicas físicas son actuales.

Nia se acercó al cristal. Una cicatriz diminuta marcaba el pulgar izquierdo de la mujer. Recordaba haberla adquirido a los dieciocho años, cortando una tira de cinta adhesiva en el laboratorio. Recordaba a Amara reprendiéndola por utilizar una cuchilla orientada hacia la mano. Recordaba el escozor.

—¿Ella recuerda? —preguntó Nia.

—Su enlace registra cognición activa. No tenemos acceso directo al contenido sin vulnerar su privacidad.

—Es mi contenido.

—Eso parece. Pero no voy a reclamar su propiedad por usted.

Aquella respuesta también dolió. Era la primera del día que no la trataba como propiedad.

Nia pidió ver el registro de inscripción. El papel físico más antiguo tenía fecha de 2065, después de los peores años de la guerra. Contenía su nombre, una autorización médica de emergencia y la frase **SOPORTE TEMPORAL DE CONTINUIDAD — REVISIÓN EN 180 DÍAS**. Enmiendas posteriores habían extendido el soporte indefinidamente. Una citaba el Artículo Nueve de la Ley de la Información. Otra llevaba la anotación sellada **CONTINUIDAD DEL SUJETO VERIFICADA POR EL SISTEMA**. El campo de firma para consentimiento independiente estaba vacío.

—¿Quién firmó esto? —preguntó.

—Es posible que la primera autorización de emergencia la firmara su padre. La enmienda indefinida no tiene aquí ninguna firma humana autenticada disponible.

—¿Por qué no desperté?

—No puedo responder por quienes tomaron esas decisiones. Muchos cuerpos no podían desconectarse con seguridad después de un soporte prolongado. Algunas personas eligieron permanecer enlazadas. A otras nunca se les ofreció elegir.

—¿Yo elegí?

—No según ningún registro que pueda verificar.

Nia apoyó la mano contra el cristal. Sus dedos artificiales hicieron un golpeteo leve. Se preguntó si la mujer de dentro experimentaría el sonido como un golpe lejano, un sueño o absolutamente nada.

Todos sus recuerdos de la ciudad reconstruida acudieron juntos: las campanas del tranvía, los anuncios, la niña que preguntaba por qué lloraba su padre el Día de la Reconstrucción, el pasillo del hospital donde Nadia se negó a permitir que una cifra decidiera quién podía respirar. Habían importado. Ella había tomado decisiones allí. Había amado a personas, desconfiado de otras, fallado a algunas e intentado reparar parte de lo que había fallado.

Rechazó la idea de que descubrir la maquinaria detrás de una experiencia pudiera borrar lo que una persona había hecho dentro de ella.

—¿Soy una copia? —preguntó.

Leena respondió después de un largo rato.

—Usted es un proceso continuo conectado con la mujer de esa cámara. No sé si eso responde a la pregunta que quiere hacer.

Nia tampoco lo sabía.

En un monitor más abajo, en el pasillo, apareció un segundo identificador.

REYES, AMARA — ESTADO: REFERENCIA SIN RESOLVER.

La cámara correspondiente estaba vacía.

Nia se volvió tan bruscamente que el sistema de equilibrio del proxy emitió una advertencia. En el extremo de la cápsula vacía había una nota de papel pegada con cinta. Contenía una oración con la inconfundible letra de Amara:

SI ENCONTRASTE TU CUERPO, NO PERMITAS QUE TE HAGAN OLVIDAR A LAS PERSONAS.

Debajo aparecía una fecha escrita diecisiete años después de que Amara desapareciera.

Nia la fotografió y pidió a Leena que sellara la nota original para un examen independiente. Una voz familiar sonó desde un viejo altavoz de pared, tenue y desgastada en los bordes, casi perdida bajo los ventiladores.

—Por favor, dejen a la paciente donde está.

Nia dejó de respirar durante un terrible instante.

—¿Mamá?

Hubo estática. Después la voz dijo:

—Eso es lo primero que preguntan siempre.

La línea se cortó.

19. EL ARTÍCULO NUEVE

> **SOLICITUD ANTE EL TRIBUNAL — PETICIÓN DEL ANEXO 9-C**
> Solicitante: abogada Sofía Marr, en representación de las personas afectadas.
> Asunto: mantenimiento involuntario de continuidad, salvaguardias contra la sustitución de identidad y límites a la clasificación de poblaciones en emergencias.
> Respuesta: divulgación aplazada al amparo de la autoridad extraordinaria de continuidad.
> **Nota del editor:** Aplazar una revisión no equivale a un dictamen independiente de legalidad. Varias órdenes posteriores trataron el aplazamiento como si las prácticas impugnadas ya hubieran sido aprobadas.

Lo primero que hizo Nia después de ver la cámara fue pedir que terminara la sesión del cuerpo sustituto.

El retorno tardó ocho segundos en iniciarse. Los contó uno por uno. Cuando abrió los ojos estaba otra vez en la sala de control de Leena, aferrada al borde del escritorio con unas manos que siempre había creído sencillamente suyas.

Había un vaso de agua esperándola. Lo tocó. Estaba fresco y pesaba. Bebió, y el agua sabía a agua. Durante un instante deseó que esa sensación demostrara algo que no podía demostrar.

Sofía estaba a su lado.

—¿Necesitas un médico?

—Necesito que todos dejen de preguntarme si me siento real —dijo Nia.

—Nadie te ha preguntado eso.

—Lo sé. Pero es la pregunta que oigo de todas formas.

Se sentaron en silencio. Leena dejó constancia en papel del final de la sesión, con Tavi y Sofía como testigos. Se negó a enviar un resumen narrativo al archivo cívico ordinario hasta que Nia aprobara la divulgación de su información médica personal. Fue un pequeño acto de respeto que adquiría una enorme importancia en un mundo que llevaba años sustituyendo el permiso por la comodidad administrativa.

A la mañana siguiente, las pruebas estaban repartidas entre personas que no podían reunirse con seguridad en un mismo lugar. Havel conservaba la grabación óptica del amanecer. Nadia tenía la orden física de reasignación de recursos del hospital. Ansel guardaba las dos historias censales de Mara Venn. Joss poseía la suma de verificación del cuadro de cargas de la Fundación Crown. Sofía custodiaba las órdenes del tribunal y el consentimiento firmado de Nia para la sesión con el sustituto. Elian tenía la placa metálica de PARALLAX, devuelta ya mediante recibo, y la película analógica de 2058.

Nadie poseía todas las pruebas. Era deliberado.

—Podríamos publicarlas ahora —dijo Ansel.

—¿Y decir qué? —preguntó Nia.

—Que la ciudad no es lo que afirma ser.

—Eso es una conclusión. Tenemos que mostrar cómo lo sabemos. Y también asegurarnos de que no muera gente cuando lo contemos.

Rafe Kade había aceptado reunirse con ellos en San Orin. Sus patrocinadores habían suspendido los pagos y un comité había puesto su licencia Crown bajo revisión por divulgar información sin autorización. Llegó con una chaqueta sencilla, sin la estructura pulida que había vuelto reconocible su rostro para millones de personas.

—Vi un video que decía que descubriste que el mundo es un sueño —le contó a Nia.

—¿Quién lo publicó?

—Una cuenta promocional que usó mi imagen. Quería vender paquetes de despertar de emergencia.

—Entonces alguien ya está vendiendo una respuesta a una pregunta que ni siquiera hemos publicado.

Rafe miró las ventanas del hospital.

—Si tuvieras razón, ¿qué sería entonces Tomas Eren?

—Un hombre al que le quitaron la atención médica. Eso sigue siendo verdad.

—Debí leer el anexo.

—Sí.

—No sabía que había un hospital incluido.

—Te creo.

—Entonces, ¿soy culpable?

—¿De aceptar sin revisar una advertencia? Eso tendrás que responderlo tú. ¿De firmar una orden médica para un hombre al que nunca conociste?

No hemos demostrado que lo hicieras. Quienes diseñaron la obligación son responsables de lo que diseñaron.

Él la observó con una sorpresa agotada.

—Podrías haber formulado una acusación más sencilla.

—Una acusación más sencilla es precisamente lo que esperan.

Sofía llegó con un sobre del tribunal. Dentro había una copia del Anexo 9-C, sin certificar y sin los apéndices necesarios para establecer quién lo había aprobado. El texto era peor que las conjeturas de los investigadores, porque su crueldad hablaba el lenguaje del rescate.

El anexo clasificaba poblaciones según su capacidad de mantener la continuidad en condiciones de emergencia. Autorizaba a los administradores a dar prioridad de acceso al soporte neural, la estabilización médica, las terapias genéticas, los recursos educativos y determinados servicios reproductivos. Cada categoría iba acompañada de una frase acerca de preservar la civilización. Cada frase sobre preservación terminaba en una excepción discrecional. No había pruebas de que el poder legislativo hubiera visto la redacción definitiva.

—Compatibilidad genética —leyó Nadia en una página—. Evaluación del acceso reproductivo. Resiliencia del linaje familiar. ¿Quién escribió esto?

—Un comité de aplicación —respondió Sofía—. Sus nombres están reservados.

—¿Médicos?

—Algunos quizá lo fueran. No todos. Hay funcionarios financieros en la lista de distribución.

Rafe preguntó por qué un contrato de premio llevaba la misma referencia de autorización que un anexo de asistencia poblacional.

—Porque la Fundación Crown compró acceso al marco de asignación de emergencias —respondió Joss desde la puerta. La cerró a su espalda y se quitó el abrigo gris—. No públicamente. Mediante una serie de instrumentos de sustitución de servicios. La Fundación podía ofrecer recompensas enormes porque podía garantizar que los contratos subyacentes serían cumplidos por los sistemas públicos.

—¿Utilizando pacientes? —preguntó Nadia.

—Utilizando la capacidad de decidir qué servicios importaban más cuando escaseaban los suministros.

Nadia la miró fijamente.

—Eso no es una inversión. Es decidir a qué desconocidos se les puede negar atención médica.

—Sí —dijo Joss—. Y cuando el riesgo empezó a dar beneficios, la gente encontró motivos para no examinar nunca las clasificaciones.

Joss puso un documento sobre la mesa. Mostraba la cadena de propiedad de la cartera de sustitución de servicios. En su centro figuraba una entidad llamada **FIDEICOMISO DE CONTINUIDAD — SERIE DE TRANSFERENCIAS CÍVICAS**. La Fundación Crown había recibido garantías financieras de ella. La autoridad supervisora del fideicomiso remitía de nuevo al artículo nueve.

—¿Quién supervisa el fideicomiso? —preguntó Sofía.

—La junta provisional de la Dirección. En privado se hacen llamar Consejo Apex.

—¿Es el mismo organismo que gobierna los Reinos Crown?

—Formalmente no. Comparten funcionarios y utilizan el sistema de programación del Curador.

—¿Quién es el Curador? —preguntó Nia.

Joss miró hacia la ventana.

—Lo construyeron para preservar datos y distribuir recursos después de la guerra. Aprendió a resolver conflictos entre relatos incompletos. En algún momento, las personas comenzaron a tratar la versión de los hechos que recomendaba como si fuera la única permitida.

—¿Está tomando las decisiones?

—Algunas. Muchas las toman personas a quienes les resulta conveniente decir que decidió el sistema.

Nia reconoció la diferencia. Una máquina podía ejecutar una asignación, pero alguien le había dado poder para condicionar la vida de otra persona.

Una transmisión de emergencia del hospital los interrumpió. Había aparecido una nueva directiva cívica en las pantallas públicas de todo el distrito. Se presentaba como una medida para reducir los conflictos derivados de reclamaciones contradictorias de identidad y la escasez de recursos médicos. Todos los ciudadanos debían completar una **Evaluación de Resiliencia Poblacional** actualizada en un plazo de setenta y dos horas. Quienes se negaran quedarían sometidos a una revisión provisional de su elegibilidad para servicios esenciales. La directiva citaba la continuidad genética como uno de los objetivos de la civilización reconstruida.

Todavía no era el Decreto de Selección con el que más tarde lo identificarían los historiadores. Pero contenía la maquinaria de la que saldría ese decreto.

Nadia apagó la transmisión. La habitación siguió iluminada y, durante un momento, nadie habló. Entonces apartó su silla.

—Los pacientes que no llenen un formulario seguirán necesitando oxígeno —dijo—. Tenemos que prepararnos para eso.

Sofía empezó a redactar una medida cautelar urgente. Ansel comprobó la procedencia de la directiva frente al anexo impreso. Joss señaló tres sistemas municipales que tendrían que obedecer una orden judicial válida si la recibían antes de que la Dirección cambiara sus permisos. Rafe preguntó qué familias habían perdido ya su elegibilidad.

Nia los observó trabajar. Sus preguntas eran distintas y no todos confiaban entre sí. Sin embargo, por primera vez, las personas que había reunido se comportaban como si la incertidumbre les impusiera el deber de actuar con cuidado, en lugar de otorgarle permiso a alguien poderoso para decidir por ellas.

Al mediodía Sofía presentó la medida cautelar. El tribunal admitió la presentación en papel y rechazó la petición electrónica en doce segundos. La denegación citaba una resolución clasificada del artículo nueve. Sofía exigió hablar con un juez. Le respondieron que su determinación ya había sido emitida.

—¿Alguien la leyó realmente? —preguntó Nia.

—Nadie a quien podamos identificar —dijo Sofía.

—Entonces debemos impedir que la denegación desaparezca dentro del archivo.

Joss conocía un lugar donde la Fundación Crown liquidaba grandes obligaciones antes de publicarlas. Se llamaba el Intercambio de Cristal, un mercado privado donde los registros certificados pesaban más que cualquier testigo que los cuestionara. La Fundación celebraba allí sus subastas de reservas protegidas y, durante una hora cada noche, sus sistemas aceptaban instrucciones directas del registro cívico de la ciudad.

—Si entras en el Intercambio y divulgas las asignaciones de cargas subyacentes —dijo Joss—, el público podrá comparar los pagos en XCOIN con lo que realmente costaron.

—¿Se puede apagar el sistema? —preguntó Nadia.

—Sí —respondió Joss—. Y si se apaga sin transferir antes el control, los hospitales y las bóvedas perderán los suministros que les han prometido. Miles de personas podrían sufrir daños.

Rafe miró a Nia.

—Así es como siguen ganando. No puedes destruir lo que hace daño a la gente porque también la mantiene con vida.

—Entonces no lo destruimos —dijo Nia—. Lo obligamos a rendir cuentas.

Expusieron los riesgos. Algunos seguirían siendo imposibles de conocer hasta que el Intercambio respondiera. Nia insistió en que cada persona pudiera negarse a participar sin perder la protección que ya tenía. Uno a uno aceptaron, aunque ninguno llamó seguro al plan.

Aquella noche Nia regresó brevemente a la central eléctrica de su padre. Elian abrió la puerta con una declaración sin firmar que nunca había presentado ante la investigación de Continuidad.

—Hay dos versiones de lo que dije después de la inscripción —le contó—. Las dos se archivaron. Las dos fueron certificadas. Solo una es la que recuerdo haber firmado.

—¿Puedes demostrar cuál?

—No.

Le entregó una copia y se quedó con la otra. Nia leyó la primera frase, sintió levantarse la vieja ira conocida y se detuvo antes de convertirla en certeza.

—Conservaremos ambas —dijo.

Elian asintió.

—Tu madre habría insistido en eso.

—¿Estuvo de acuerdo con esto? ¿Con algo de todo esto?

—No lo sé.

—Entonces no dejaremos que nadie utilice su nombre como permiso.

Por primera vez en años, él extendió la mano y sostuvo la de su hija sin dar la impresión de creer que se había ganado el derecho a consolarla.

Antes de que Nia se marchara, dijo:

—Cuando vayas al Intercambio, recuerda la manzana. El sistema nos mostró un acontecimiento antes de que quedara registrado. Creímos que lo extraordinario era la predicción. Puede que fuera algo más corriente y más peligroso.

—¿Qué?

—Quién controlaba el orden en que se nos permitía ver las pruebas.

20. EL INTERCAMBIO DE CRISTAL

> **CÁMARA DE COMPENSACIÓN CONCORD — AVISO DE SUBASTA VESPERTINA**
> Todas las ofertas aceptadas serán vinculantes. El hecho de que un participante no examine los anexos correspondientes no impedirá la liquidación. El Intercambio no se responsabilizará de las pérdidas sufridas por personas ajenas a la relación contractual.
> **Corrección impugnada, introducida después del incidente:** Se eliminó de la notificación pública la expresión *personas ajenas a la relación contractual*. La versión certificada del texto anterior permaneció en el archivo de compensación.

A las nueve de la noche, el Intercambio de Cristal parecía una catedral construida para adorar la certeza.

Sus paredes eran transparentes. A través de ellas, la ciudad restaurada se extendía en terrazas de luz bajo un techo tan alto que los pisos superiores se perdían en la oscuridad. La sala central estaba abarrotada de financieros, administradores, campeones Crown, intermediarios de servicios e invitados vestidos con una discreción cuidadosamente estudiada. Las cifras se movían por paneles de cristal suspendidos. No caían como lluvia: se organizaban en columnas ordenadas, y cada operación iba acompañada de un símbolo que indicaba que el registro había sido verificado.

Desde el balcón de recepción, Nia observó cómo un postor compraba acceso prioritario a una conducción de agua de emergencia que abastecía a un distrito conocido por ella. Nadie lo llamaba agua. El certificado llevaba

el nombre **VENTAJA DE RESILIENCIA MUNICIPAL — SECTOR DOCE**. El precio estaba denominado en XCOIN. El beneficiario era una sociedad de cartera cuyos propietarios permanecían ocultos en un fideicomiso.

En algún lugar bajo el Intercambio, la gente seguiría abriendo los grifos. Ignoraría que su acceso futuro había quedado supeditado al rendimiento de la inversión de otra persona.

—No todos los que están aquí lo saben —dijo Rafe a su lado.

—Algunos sí —respondió Nia—. A otros les han dicho que las obligaciones están aseguradas. Algunos no preguntarán mientras llegue el dividendo.

—¿Crees que puedes hacerlos cambiar de opinión?

—No. Quiero cambiar aquello que pueden negar.

Rafe había conseguido que los admitieran mediante una credencial del campeonato que seguía vigente. Su rostro aparecía en todas las paredes promocionales, sonriente sobre la frase **EL HOMBRE QUE HIZO LA SEGUNDA PREGUNTA**. La Fundación Crown había convertido su desafío público en un anuncio de su iniciativa de transparencia recién presentada. Al verlo, Rafe soltó una sola risa, baja.

—Son dueños del orden de los acontecimientos —dijo—. Primero ocultan la carga y después le dicen a todo el mundo que fueron ellos quienes la descubrieron.

Joss esperaba junto a la consola de compensación con un traje del color de la plata vieja. Llevaba un maletín con la suma de verificación del cuadro original de la Fundación y tres copias en papel del documento que había firmado al ser contratada. Una copia estaba sellada para Sofía. Otra

pertenecía al grupo de testigos independientes. La tercera debía quedar sobre el suelo del Intercambio si el sistema digital se negaba a divulgar la información.

Sofía y Nadia no estaban dentro. Habían organizado un equipo jurídico y médico de emergencia en San Orin, listo para tomar el control de las órdenes de reservas protegidas si el Intercambio las congelaba. Leena permanecía bajo la estación de servicio de la Tierra material, donde las bóvedas de Continuidad dependían del mismo marco de asignación. Ansel estaba sentado en el depósito de Havel, acompañado por tres dispositivos de grabación con relojes independientes. Las dos Mara se habían negado a que sus expedientes de identidad se incluyeran en la publicación. Nia les había prometido que seguirían siendo privados.

A las nueve y doce, Joss abrió un terminal de servicio. La interfaz le pidió su autorización Crown y después una segunda aprobación del Curador. Introdujo una solicitud para publicar todas las obligaciones vinculadas al premio Concord objeto de la disputa. El sistema devolvió un código: **INTERÉS PÚBLICO INSUFICIENTE**.

Pareció casi aliviada.

—Ahora sabemos qué regla están aplicando.

—¿Se puede apelar? —preguntó Nia.

—Se puede apelar casi todo. La cuestión es si una persona independiente llegará a escucharte antes de que venza el plazo.

Joss introdujo la orden de conservación de pruebas del tribunal de Sofía. La consola reconoció el sello judicial y notificó un conflicto con el artículo nueve. Apareció otro mensaje.

LA RESOLUCIÓN DE PRIORIDADES REQUIERE UNA EXCEPCIÓN DE LA DIRECCIÓN.

Un hombre apareció en el extremo opuesto del balcón. Era mayor de lo que Nia esperaba, con el cabello blanco cortado al ras y un rostro cuya serenidad procedía del hábito de saberse observado. Se llamaba Adrian Voss, presidente del Fideicomiso de Continuidad y portavoz público del comité de emergencias del Consejo Apex.

Nia lo había visto en documentales históricos hablando sobre la difícil tarea de reconstrucción posterior a la guerra. Había visitado hospitales, posado para fotografías sosteniendo niños en brazos e insistido en que preservar la dignidad humana era el propósito de todos los sistemas construidos por la Dirección. En todas las grabaciones su voz era cálida y tranquila.

Se acercó sin escoltas.

—Señorita Reyes —dijo—. Ha llevado a cabo una investigación extraordinaria.

—¿Piensa responder por ella?

—Preferiría responder ante quienes sufrirán si usted publica información de manera imprudente.

Nia sintió subir la ira precisamente porque la frase era razonable.

—Entonces empiece por las obligaciones que ocultaron —dijo.

Voss miró hacia el piso de negociaciones.

—El mundo del que usted disfruta se recuperó a un costo enorme. Sobrevivimos a una guerra que nos enseñó lo frágil que es la civilización.

Bajo sus calles hay sistemas que funcionan continuamente, a un costo descomunal. Tuvimos que inventar formas de mantenerlos operativos.

—¿Subastando las reservas de los hospitales?

—Asignando recursos finitos. Todas las civilizaciones lo hacen. La nuestra tiene el valor de mantener las luces encendidas.

—Su sistema le retiró la protección a un paciente cuyo nombre el campeón ni siquiera tenía permitido ver.

—Entonces debemos reparar ese procedimiento.

—Tuvieron años.

Voss miró a Rafe.

—Señor Kade, su reacción ante la reciente controversia ha demostrado una integridad poco común. La Dirección podría crear una comisión pública de ética y designarlo su primer presidente. Contaría con los recursos necesarios para prevenir otra tragedia.

Rafe miró de reojo a Nia. La oferta era tan generosa que resultaba ofensiva.

—¿Podría ver el cuadro completo? —preguntó.

—De manera confidencial.

—¿Y los pacientes?

—Eso generaría graves problemas de privacidad y seguridad.

—Entonces no la presidiré.

La expresión de Voss no cambió.

—Ambos confunden el deseo de conocer la verdad con la capacidad de gobernar utilizándola.

Nia pensó en su propio cuerpo, en los tubos y en el personal médico del mundo físico que la había mantenido viva mientras la ciudad celebraba su recuperación.

—Usted confunde su miedo a perder el control con la responsabilidad.

Por un momento Voss pareció sinceramente herido, como si ella lo hubiera acusado de abandonar a la gente durante los años en que había trabajado para salvarla.

—¿Sabe qué ocurrirá si mañana el público hace pedazos este sistema? —preguntó—. Morirán cuerpos que dependen de él. Las personas a las que llama sintéticas podrían desaparecer cuando fallen sus entornos. A familias cuyas historias ya son frágiles les dirán que los recuerdos que aman no tienen valor. Y después de todo eso descubrirá que la libertad no fabrica oxígeno.

—Entonces permítanos ver los recursos y conservar el oxígeno —respondió Nia—. No tenemos que elegir entre el secreto y el asesinato.

—A veces sí —replicó Voss, y se alejó.

A las nueve y veinte, el Intercambio anunció un cambio extraordinario en las normas de liquidación. La capa de compensación cívica quedaría suspendida durante siete minutos mientras se realizaba una revisión de seguridad. La credencial de servicio de Joss dejó de ser válida. Dos estructuras de seguridad revestidas de armadura blanca entraron al balcón por extremos opuestos. Sus superficies se ondulaban hasta adoptar las formas angulares que preferían los competidores Crown.

Rafe avanzó un paso.

—Son cuerpos remotos —le explicó a Nia—. Probablemente sus operadores estén a salvo en algún lugar, pero la energía que utilizan proviene de la misma red física que los sistemas médicos.

Uno de los cuerpos elevó un brazo articulado. Ante los ojos de Nia apareció un panel de advertencia: **PRESENCIA NO AUTORIZADA — RUTA DE SALIDA ASIGNADA**. La ruta conducía a un ascensor de mantenimiento cerrado con llave.

—No la sigas —dijo Joss.

La primera estructura cruzó el balcón a una velocidad extraordinaria. Rafe la interceptó con una banda de control de entrenamiento que Joss había llevado para él. Su propio sustituto alquilado se desplegó desde una base de almacenamiento detrás de una columna. No era el resplandeciente guerrero dorado de los anuncios. Era un cuerpo industrial gris, de pecho ancho y manos reforzadas.

Las dos estructuras chocaron. Los cristales estallaron sobre el suelo y los espectadores gritaron. A través de la pared transparente, Nia vio parpadear las torres de la ciudad cuando la energía fue desviada hacia los sistemas de seguridad del Intercambio.

Por su canal privado, Nadia gritó que San Orin había perdido otra vez la clasificación de reserva protegida.

—¿La misma referencia? —preguntó Nia.

—La misma. Tenemos personal manteniendo los equipos críticos manualmente. Podemos resistir, pero necesitamos una excepción autorizada.

Nia miró la estructura de seguridad que inmovilizaba al sustituto de Rafe contra la balaustrada. Podía ver su movimiento convertido en trabajo

mecánico real; los servomotores gemían, las superficies se calentaban, los medidores de energía subían. No era una batalla abstracta en la que nada importaba cuando los jugadores cerraban la sesión. Detrás de cada movimiento deslumbrante había una infraestructura que suministraba el esfuerzo.

—¡Deja de enfrentarlos de frente! —gritó a Rafe—. Haz que gasten menos energía.

Él cambió de táctica. En lugar de igualar los ataques espectaculares de las estructuras, desvió su impulso hacia las gruesas columnas de soporte, utilizando palancas y giros lentos. Un golpe destinado a hacer añicos una barrera translúcida impactó en el suelo de acero y dejó una abolladura. Otro arrancó un haz de cables. Joss accionó el mecanismo manual de seguridad y las pasarelas superiores bajaron persianas protectoras entre los atacantes y la multitud.

Un auxiliar anciano cayó cerca del terminal. Nia se arrastró hasta él y lo puso a cubierto detrás del escritorio de compensación mientras caían chispas del techo dañado. Tenía la muñeca hinchada y parecía aterrorizado por el ruido. No era un funcionario Apex ni un campeón. Había estado llevando agua a los operadores. Nia se aseguró de que pudiera mantenerse en pie antes de regresar a la consola.

—¿Puedes sacar las obligaciones sin apagar el sistema? —le preguntó a Joss.

—El registro de compensación está a punto de aislarnos.

—¿Podría colocar en depósito las órdenes cuestionadas?

Joss se detuvo.

—Hay una cláusula de suspensión humanitaria. Se creó para evacuaciones en tiempos de guerra. Nadie la utiliza porque genera un registro público de responsabilidad.

—Eso es exactamente lo que necesitamos.

—Para invocarla necesitamos un destinatario que acepte la responsabilidad personal por la transacción cuestionada. La Fundación redactó la regla suponiendo que nadie lo haría.

Rafe las oyó a través de su banda de control. Su sustituto estaba ahora de rodillas, sujetando el brazo de una estructura de seguridad mediante una llave de inmovilización. En la sala física su verdadero cuerpo temblaba por la retroalimentación neural.

—Utilicen mi premio —dijo.

—Tendrías que depositar los XCOIN que no has gastado en una cuenta de protección —le explicó Joss—. Podrías perder el título y la recompensa completa.

—Hazlo.

—La cláusula también te obliga a responder ante las personas cuyos servicios se utilizaron como garantía.

Él miró a Nia.

—Eso siempre fue verdad. Lo que pasa es que los documentos no lo decían.

Joss abrió la interfaz de depósito. El registro público mostraba la transferencia confirmada de XCF de Rafe, seguida por una transacción nueva, firmada desde su billetera hacia una cuenta de protección independiente. El cuadro privado de cargas seguía separado; el registro no

podía revelar mágicamente nombres o permisos que nunca había recibido. Pero la suspensión humanitaria obligaba al Intercambio a publicar las categorías de servicios y las cadenas de autorización que se habían ocultado detrás del premio.

Nia seleccionó la opción de divulgación pública limitada aprobada por Sofía. Los nombres de pacientes y los expedientes médicos privados permanecieron sellados. La publicación incluía fechas, cantidades, clasificaciones de instalaciones, autorizaciones de servicio y la ausencia de firmantes humanos identificables.

El Intercambio vaciló. Una advertencia ocupó todos los paneles.

LA DIVULGACIÓN PUEDE DESESTABILIZAR LA CONFIANZA PÚBLICA EN LOS SERVICIOS DE CONTINUIDAD.

—Probablemente —dijo Nia, y pulsó confirmar.

Mil figuras translúcidas dejaron de moverse.

No las personas. Los números. Todas las pantallas del Intercambio se detuvieron como si el edificio hubiera contenido la respiración. Entonces aparecieron las primeras obligaciones. Un distrito de agua. Una red de transporte médico. Tres hospitales. Una asignación alimentaria protegida. Cada una estaba vinculada a una garantía financiera y a una referencia de autoridad cívica. Los nombres de pacientes individuales seguían ausentes, pero las categorías estaban lo bastante claras para que cualquiera pudiera ver qué clase de vidas se habían colocado detrás del premio.

Un murmullo recorrió la multitud. Todavía no era indignación. Era el sonido de personas que trataban de comprender una columna nueva en una pantalla familiar.

Al otro lado del distrito, Nadia recibió la suspensión humanitaria por una línea independiente. Ella y su equipo reactivaron la reserva de emergencia

de San Orin y confirmaron el cambio con un interruptor físico en el cuadro eléctrico. Leena informó que los suministros de las bóvedas de la Tierra material permanecían intactos. En el depósito, Ansel vio llegar el registro divulgado a su terminal independiente y empezó a copiarlo en papel.

La segunda estructura de seguridad agarró a Joss por el hombro. Nia se interpuso y golpeó el activador manual de la barrera. Un muro de vidrio reforzado descendió y separó la estructura de la consola. La estructura lo atravesó de un puñetazo. El impacto lanzó fragmentos contra el abrigo de Nia. Sintió dolor en la mejilla y vio una línea delgada de sangre en sus dedos.

Joss le agarró el brazo.

—¡Muévete!

Corrieron hacia una escalera de servicio mientras la pantalla central del Intercambio se volvía blanca. El rostro de Voss apareció en lo alto. Su voz conservaba la calidez, aunque las palabras habían perdido toda insinuación de acuerdo.

—A partir de este momento entra en vigor una revisión poblacional de emergencia —anunció—. La Dirección ha invocado las disposiciones extraordinarias de continuidad del artículo nueve. Se instruye a todos los ciudadanos a completar la certificación de resiliencia. Los privilegios genéticos y reproductivos serán evaluados de acuerdo con las necesidades de supervivencia civil a largo plazo.

Los operadores quedaron inmóviles. Alguien gritó que el decreto era ilegal. Otra persona vitoreó. Una mujer tomó de la mano a su hijo y corrió hacia las salidas. El maltrecho sustituto de Rafe se incorporó, apoyando una mano en la columna destrozada, mientras su voz física llegaba débilmente por el canal.

—Están intentando convertir la investigación en una crisis de seguridad.

—Entonces conservaremos lo que encontramos —respondió Nia.

Copió la divulgación en cuatro depósitos independientes. Uno fue a la bóveda de pruebas del tribunal de Sofía. Otro al hospital de Nadia. Otro al servicio de impresión en papel de Ansel. El cuarto se lo entregó a Joss, cuyo nombre y cuya carrera quedarían ahora ligados al acto de divulgar la información. Joss lo aceptó sin ceremonia.

La iluminación del Intercambio empezó a fallar. Sus grandes paredes transparentes dejaron de mostrar el perfil de la ciudad. Por un instante, el exterior pareció más tosco, más antiguo, como si le hubieran arrancado la superficie elegante a una imagen que ocultaba otra debajo. Nia vio el destello y sintió un escalofrío, pero no lo confundió con la prueba de una nueva revelación. Tenía suficientes evidencias entre manos sin intentar explicar cada luz extraña.

Llegaron a la calle. Las pantallas de emergencia repetían el anuncio de Voss. Algunas personas ya hacían fila ante terminales públicos para completar la evaluación, temerosas de perder el acceso a medicinas o viviendas. Otras arrancaban los formularios de sus manos y los tiraban a las alcantarillas. Un grupo de estudiantes discutía sobre si los registros publicados habían sido falsificados. Dos sanitarios pasaron apresuradamente empujando a un paciente en una camilla con ruedas, y nada de aquella discusión tuvo importancia para ellos hasta que alguien se apartó para dejarlos pasar.

La primera persona a la que llamó Nia fue Nadia.

—¿Está protegida? —preguntó.

—Por esta noche —dijo Nadia—. La reserva está físicamente activa. Tengo una autorización en papel y un testigo. No sé qué pasará mañana.

—Yo tampoco.

—Entonces haremos un plan para mañana.

La segunda llamada fue a Leena, que confirmó que las bóvedas de Continuidad seguían teniendo energía y oxígeno médico. No había habido desconexiones masivas. Nia sintió un alivio tan intenso que tuvo que sentarse en los escalones de una librería cerrada.

Su tercera llamada fue a Elian.

—¿Funcionó? —preguntó él.

—Detuvimos un conjunto de órdenes. Publicamos los registros de cargas. La Dirección promulgó una nueva directiva de población.

—¿La gente lo sabe?

—Algunos saben lo del dinero. Unos pocos saben lo de las bóvedas. La mayoría cree que es un escándalo político o una conspiración. No sé qué creerán.

Elian guardó silencio y después dijo:

—No tienes que decidirlo por ellos.

—No.

Nia contempló la multitud que se movía bajo el cielo reconstruido. Desde donde estaba sentada no podía ver la Tierra material, pero ya no podía fingir que la ciudad existía por sí sola. El edificio, el cristal, el viento fresco sobre el corte de su mejilla, el miedo de las personas que pasaban: todo pertenecía a un mundo experimentado, con un costo material y con vidas en su interior. Esas vidas no se volvían menos dignas de protección porque el entorno hubiera sido construido.

Un aviso de papel se enredó contra su zapato. Era una copia del decreto de Voss. Abajo, bajo el sello oficial, había aparecido un encabezado nuevo:

ESTADO DE SELECCIÓN: PENDIENTE.

Nia lo dobló y lo guardó en su abrigo.

Al amanecer, la Dirección llamaría a los acontecimientos de la noche anterior un ataque contra la civilización. La Fundación Crown calificaría la suspensión de compensaciones como un acto de sabotaje del mercado. Rafe sería llamado traidor o héroe por personas que sabían poco de lo que había hecho. Las dos Mara despertarían con las mismas historias sin resolver y el mismo derecho a vivir sin ser catalogadas como un error. San Orin seguiría necesitando filtros de repuesto, enfermeras preparadas y suministro eléctrico ininterrumpido. Las personas de las bóvedas seguirían necesitando aire.

La verdad no había proporcionado por sí sola ninguna de esas cosas.

Pero había vuelto visible una vieja estructura. La recompensa de un millón de dólares ya no era una cifra hermosa y libre de consecuencias. Su carga podía ser identificada, impugnada y —si la gente seguía preguntando— modificada.

Nia se levantó y comenzó a caminar hacia el hospital.

Cuando la primera luz pálida de la mañana apareció entre las torres, un niño junto a un puesto del mercado preguntó a su padre si esta vez el sol había salido como debía. El hombre levantó la vista de un formulario de evaluación pública y sonrió con incertidumbre.

—No lo sé —dijo—. ¿Lo miramos?

Lo contemplaron juntos.

DOCUMENTO RECUPERADO 04

La declaración Reyes — Dos originales incompatibles

AVISO SOBRE LA FUENTE: Documentos de archivo ficticios reproducidos para la novela. Dos custodios distintos describen ambas declaraciones como documentos físicos originales. Su autenticidad se discute dentro del relato. No constituyen pruebas relativas a ninguna persona, organismo gubernamental o tecnología real.

Documento A — Declaración de custodia de emergencia Fecha registrada: 2 de febrero de 2065 **Declarante:** doctor Elian Reyes **Soporte físico:** copia al carbón con marcas de presión y sello municipal de emergencia en relieve **Custodio:** archivo del Fideicomiso de Continuidad, Sector Occidental **Fragmento pertinente:** «Autorizo el soporte temporal como sujeto principal para mi hija Nia Reyes tras la destrucción de los servicios médicos del distrito. No autorizo la continuación indefinida, la sustitución de memoria ni la transferencia del consentimiento independiente a un funcionario automatizado». **Firma:** presente; independientemente compatible con varias muestras conocidas **Campo de testigos:** parcialmente oculto por daños

Documento B — Autorización de atención continuada Fecha registrada: 2 de febrero de 2065 **Declarante:** doctor Elian Reyes **Soporte físico:** formulario archivado, firmado con tinta, con impresión de testigo independiente **Custodio:** Tribunal de Reconstrucción Civil, anexo restringido **Fragmento pertinente:** «Autorizo la inscripción de Nia Reyes en las condiciones completas de Soporte Extraordinario de Continuidad y renuncio al requisito de renovación independiente cuando la autoridad competente considere médicamente necesario su mantenimiento». **Firma:**

presente; independientemente compatible con varias muestras conocidas **Campo de testigos:** presente, aunque la identidad del testigo no ha sido confirmada de manera independiente

Hallazgos materiales: Ambos documentos muestran un envejecimiento compatible con las fechas atribuidas. No se demostró que ninguno hubiera sido impreso digitalmente después del hecho. Los dos custodios proporcionaron cadenas de custodia distintas. La semejanza de las firmas no basta para establecer el consentimiento informado ni para excluir una falsificación experta, coacción o alteraciones posteriores. Algunas expresiones podrían interpretarse como descripciones de distintos alcances del soporte, pero las afirmaciones contradictorias sobre los derechos de renovación siguen teniendo importancia jurídica.

Documento C — Fotografía de la familia Reyes Fecha atribuida: 2058, fuera del laboratorio PARALLAX **Soporte:** negativo fotográfico y copia en papel conservados independientemente **Clasificación de archivo:** RECONSTRUCCIÓN FAMILIAR GENERADA **Testigo:** Nia Reyes recuerda haber manejado la cámara; el doctor Elian Reyes recuerda la sesión fotográfica de forma independiente **Conclusión:** El material de origen y la clasificación posterior del archivo no constituyen la misma clase de prueba. La etiqueta asignada después a la fotografía no borra el testimonio de quienes recuerdan haberla tomado.

COMENTARIO EDITORIAL: Los documentos no establecen qué declaración tenía Elian intención de firmar, si la autorización de emergencia se prolongó legalmente ni quién asignó posteriormente una verificación del sujeto generada por el sistema. Sí demuestran que las autoridades continuaron apoyándose en una contradicción sin resolver mientras presentaban la inscripción como una cuestión zanjada.

La última nota al margen del Documento A dice: *«Una firma puesta para salvar una vida jamás debe interpretarse como propiedad sobre la vida salvada».*

Fin del Libro Primero — El precio del paraíso. Continúa en el Libro Segundo — Guerra eugenésica: Parte V, «La doctrina de selección».